

Guillermo García Pérez

## EL GAROE, ÁRBOL DEL AGUA DE LA ISLA DE EL HIERRO (CANARIAS)



MADRID, 2016. UNIVERSIDAD POLITÉCNICA

Dibujo de la portada: *Ocotea foetens* [Til]. Mary Anne KUNKEL. En KUNKEL, G.: *Árboles y arbustos de las Islas Canarias*, Las Palmas, 1981, p. 85.

## EL GAROE<sup>1</sup>, ÁRBOL DEL AGUA DE LA ISLA DE EL HIERRO (CANARIAS)

Guillermo GARCÍA PÉREZ

El significado de este Árbol es un tanto confuso. Comenzó siendo un árbol singular en cuanto a tamaño, ubicación e incluso especie. Como consecuencia de tales atributos materiales fue calificado de santo por los religiosos cronistas, españoles y portugueses, del siglo XVI. En latín, algunos llegaron incluso a llamarle *sacrum*: sagrado. Poco después empezaron a colgarle una leyenda de orientación antiespañola que, en nuestros tiempos, sigue circulando con éxito. Porque, como bien sabe el lector, los absurdos mágico-religiosos o políticos, cuanto más imposibles sean más creídos son por los “fieles” o parroquianos de las distintas ideologías.

### De la confusa noticia milenaria a la experiencia visual.

Las noticias marineras y literarias, más o menos vagas, sobre el “clima atlántico” de las islas Afortunadas, donde, según los poetas, estaban los Campos Elíseos occidentales, se remontan a Homero (s. VIII a.e.c.)<sup>2</sup>. La escasez de fuentes y cursos de agua en la isla de El Hierro (nombre actual), la más suroccidental de todas ellas, en “el borde del Océano”, se decía entonces, es, así mismo, conocida desde la Antigüedad.

La descripción del problema del agua en la Isla de El Hierro en la voluminosa *Historia Natural* (libro VI, cap. XXXII, 202) de Cayo Plinio Segundo el Viejo (c. 77 e.c.)<sup>3</sup> es, no obstante, bastante confusa. Mezcla sin duda dos o tres textos de orígenes y tradiciones distintas. Pero en ella aparecen ya los ingredientes originarios del mito que nos interesa: no hay más agua potable que la de la lluvia, la obtienen a partir de los árboles y tienen un gran lago o estanque (“charcos” los llamarían después) en los montes para conservarla.

---

<sup>1</sup> ÁLVAREZ DELGADO, J. (1944): “Las palabras til y garoé”, *Revista de Historia*, La Laguna, 67 (1944), p. 245: “Muy probablemente, pues, *Garoe* es una falsificación más que seguramente habrá que restablecer en un primitivo *garoe*”.

<sup>2</sup> REBUFFAT, René (1976): “*Arva beata petamus arva divites insulas*”, [Vayamos a los felices campos, a los ricos campos y a las islas], en *Mélanges offerts à Jacques Heurgon. L'Italie Préromaine et la Rome Républicaine, II*, Rome, 1976, pp. 887-902.

<sup>3</sup> PLINIO EL VIEJO (c. 77 e.c.): *Historia natural. Libros III al VI. Trad. y notas de Antonio FONTÁN et alii*, libro VI, 32, 202, Madrid, 1998, Ed. Gredos, pp. 410-411.

Plinio dice primero que “en *Pluvialia* [El Hierro, obsérvese la alusión latina a la lluvia]<sup>4</sup>, *no hay agua si no es de lluvia*”, y, en el párrafo siguiente, añade que, según escribió Juba II (-50 a 23 e.c.), rey de Libia y Mauritania, en “*Ombrios* [nombre griego que según los expertos equivale al latino *Pluvialia*] tienen una laguna [balsa, estanque, charco, etc., dependiendo de los traductores] entre montañas y unos *árboles* semejantes a la *cañaheja*<sup>5</sup>, *de los que se extrae agua*; la de los árboles negros [¿brezo, encina, etc.?<sup>6</sup>] es amarga y la de los más claros [¿tiles, álamos?] agradable de beber”<sup>7</sup>.

En suma, tanto las noticias como las confusiones respecto a la forma de obtener el agua en la isla de El Hierro son anteriores a la era cristiana. Y cabe incluso que procedan de los relatos, varios siglos anteriores, sobre cosas maravillosas, extrañas, sorprendentes o chocantes, no necesariamente falsas. En particular de los relativos a aguas y fuentes. Tales relatos, divulgados a lo largo y ancho de todo el mundo conocido entonces, constituyen un género literario, verbal o escrito, y han gozado en todos los tiempos de la atención de estudiosos, lectores y espectadores:

*De mirabilibus auscultationibus: De las maravillas escuchadas* se debe, según unos, a Aristóteles (384 a 322 a.e.c.) y, según los más, a pseudoaristóteles posteriores<sup>8</sup>. La alusión a los árboles negros, que dan aguas amargas, y a los claros o blancos, que la

---

<sup>4</sup> Algunos autores entendieron que se llamaba *Pluvialia* u *Ombrios* por antífrasis, es decir, porque no llovía nunca. Y otros, por el contrario, que el nombre se debía a que estaba constantemente lloviendo. Pero esto último, aparentemente absurdo, podría ser cierto si se entiende que la niebla llorona que sube a diario desde el mar a la parte alta de la montaña deja en ella, por condensación, gran cantidad de agua. Últimamente, diversos escritores han dado en llamarlo “lluvia horizontal”. Así se entiende, además, otra contradicción aparente: que no haya “más agua que la de lluvia” y que obtengan el agua de los árboles, es decir, de la que deja dicha niebla en los árboles. La realidad era, como se verá más adelante, que la obtenían por ambos medios: directamente, de la lluvia; e indirectamente, de la que destilaban los árboles, que atraían y condensaban la que contenía la niebla. Las escasas fuentes eran, y siguen siendo, completamente insuficientes.

<sup>5</sup> La alusión a la “férula” o cañaheja dio lugar a otra *leyenda* largamente mantenida: El Árbol que nos interesa ahora era como una *caña*, hueco por dentro, con médula gruesa y esponjosa, plantado sobre una fuente. Y esa esponja absorbía el agua que luego destilaban sus hojas.

<sup>6</sup> Tanto hace dos mil años como hoy, está al alcance de cualquiera comprobarlo, sea en El Hierro o en cualquier otro lugar. Pero, como ya advirtió ABREU GALINDO (c. 1592), a los escritores mágico-religiosos les resulta mucho más rentable, económica y psicológicamente, seguir explotando la “bobería” (terminología canaria) popular.

<sup>7</sup> En cuanto a que el agua destilada por los tiles u otros árboles en ese entorno pueda ser agradable, parece, en efecto, muy creíble. Véase más adelante. El agua amarga condensada y deslizada de otros árboles o arbustos pudiera ser consecuencia de los taninos que arrastrase.

<sup>8</sup> BECKMANN, Ioanne (1786) *et alii: Aristotelis liber de mirabilibus avscultationibus explicatus a Ioanne BECKMANN*. Gotinga. M D CCLXXXVI. Ed. bilingüe: griego y latín, donde, como podrá verse, se alude con docenas de referencias de autores clásicos que han tratado sobre los mismos asuntos, a aguas bituminosas y petrificadoras, nitrosas, tobosas o venenosas, y a fuentes ardientes, fétidas, mortíferas, periódicas, de aguas rojas, cicatrizantes, eyaculantes, que sofocan a los animales, etc.

dan buena, recuerda mucho los contrastes de este mismo tenor<sup>9</sup> que aparecen en el capítulo CIII, “De las cosas admirables de aguas, fuentes y ríos”, de la misma *Historia natural* de Plinio, donde, por cierto, no se acuerda del caso de El Hierro.

A mediados del siglo IV, Cayo Julio Solino, gramático y refundidor latino de obras anteriores, repite el pasaje de Plinio sobre El Hierro (ahora con el nombre de *Ombrio*, etc.), aunque algo adulterado, en *Mirabilibus mundi* [Las maravillas del mundo], más conocido como *Colección de hechos memorables*. Pero este libro, en razón de su título, reducida extensión y contenido, fue mucho más conocido que la voluminosa *Historia natural* mencionada<sup>10</sup>.

Hacia el año 634, Isidoro de Sevilla, buen conocedor de la cultura bizantina por razones de familia, volvió sobre esto mismo con una versión más completa, en el libro XIII, cap. 13, “Sobre la diversidad de las aguas”, de sus conocidas *Etimologías*<sup>11</sup>. Pero tampoco menciona maravilla alguna en las Islas Canarias.

Según el etnohistoriador Antonio Tejera (2008),

De la primera arribada de los europeos a las Islas Canarias, destaca sobre todas la del genovés Lancelotto Malocello en Lanzarote, hasta ahora considerada la más antigua, que debió de acontecer en una fecha anterior a 1339; más tarde tendría lugar la expedición italo-portuguesa, de 1341 a otras islas del Archipiélago, y seguidamente la de los mallorquines a Gran Canaria, adonde llegaron en 1342, que tendría su continuidad a partir de 1368, con la presencia en ella de trece personas de aquella procedencia<sup>12</sup>.

Pero, dejando ahora a un lado las incursiones de la Edad Antigua y las razias medievales de reyes o piratas musulmanes y cristianos<sup>13</sup>, la conquista y cristianización

---

<sup>9</sup> “En Falisco, torna el agua blancos todos los bueyes que la beven y en Beotia, el río *Melas* [negro] todas las abejas, negras, y Céphiro, que corre del mismo lago, blancas y, al contrario, negras Poenio, y roxas, acerca de Troya, el Xantho, de donde tomó el nombre. En Pontoi riega los campos el río Astaces, en los cuales las yeguas que se apacientan sustentan la gente con su leche negra [...]”. Etc., etc.

<sup>10</sup> SOLINO, Cayo Julio: *Colección de hechos memorables o El erudito*, Madrid, 2001, pp. 567-569. Para que el lector pueda hacerse una idea de la difusión de estas noticias en los siglos XV, XVI y XVII, consignaré aquí las ediciones conservadas en la BNE: Mss (1401); ediciones: 1473, 1480, 1491, 1503, 1518, 1520, 1533, 1536, 1538, 1539, 1543, 1558, 1559, 1573, 1577, más 1605, 1609, etc.

<sup>11</sup> SAN ISIDORO DE SEVILLA: *Etimologías, II. Ed. bilingüe*, Madrid, 1983, pp. 141-144. He leído, al menos en tres autores (ABREU, NIEREMBERG, TRAPERO), que también se ocupó de este asunto Ambrosio de MILÁN (c. 340-497), pero, como no daban referencias, no me compensaba buscar por mí mismo el texto correspondiente. Sí he dado, en efecto, con un párrafo en el que niega la existencia del Fénix.

<sup>12</sup> TEJERA GASPAR, Antonio (2008): “Primer encuentro de los europeos con los insulares de Canarias y El Caribe”, *Anuario de Estudios Atlánticos*, nº 54 – II (2008), p. 142.

<sup>13</sup> Hacia 1396, el canciller don Pero LÓPEZ DE AYALA, en su *Crónica de Enrique III*, cap. XX, escribe lo siguiente: “En este año [de 1393], estando el rey [Enrique III] en Madrid, ovo nuevas cómo algunas gentes de Sevilla e de la costa de Vizcaya e de Guipúzcoa armaron algunos navíos en Sevilla, e levaron caballos en ellos, e pasaron a las islas que son llamadas Canarias, como quier que ayan otros nombres, e

inicial de las Islas Canarias tuvo lugar en los años 1402 a 1404. Fue dirigida por los capitanes normandos Jean de Béthencourt y Gadifer de La Salle, que actuaban como vasallos del rey Enrique III de Castilla, y en connivencia con el papa Inocencio VII. Llevaban consigo dos capellanes letrados (Pedro Bontier, franciscano; y Jean Le Berrier, presbítero) para que, entre otros menesteres, escribieran la crónica de sus hazañas a medida que se fuesen produciendo los hechos. Y así lo hicieron. Pero sólo hasta 1404, en que, según escribieron, su texto pasó a otras manos.

Las desavenencias entre dichos caudillos dieron lugar a que, después, cada uno de ellos manipulara el texto original para dar su propia versión de los hechos, sea directa (Gadifer) o indirectamente (Béthancourt), con el fin de enaltecer sus méritos y de ocultar sus errores o deslealtades. El resultado fue que ya desde la primera mitad del siglo XV (1420) circularon tres versiones manuscritas, además de las copias de las mismas. En su forma actual, el manuscrito conservado por la familia Béthencourt fue reescrito y copiado por Jean IV de Béthencourt, sobrino y heredero único de Jean I, en 1490.

El párrafo que nos interesa aquí figura en esta versión, aunque no en la de Gadifer de La Salle. Al parecer esta ausencia se debe a una casualidad: estaba en el mismo folio que el relato del viaje desde Canarias a Castilla de Béthencourt, y este folio fue arrancado o suprimido por los partidarios de la versión Gadifer porque perjudicaba a sus intereses. Dice así:

[En la Isla de El Hierro] Las aguas son buenas y hay abundancia de ganado, como cerdos, cabras y ovejas [...]. Los habitantes de este lugar, tanto los hombres como las mujeres, son gentes muy hermosas [...]. Y en las tierras *más altas* hay *unos árboles* [en plural] que gotean continuamente agua buena y clara, que cae a unas fosas junto a ellos, la mejor agua para beber que se podría encontrar; y tiene tal propiedad que cuando se ha consumido hasta la saciedad y se bebe de esa agua, antes de transcurrir una hora todos los alimentos han sido digeridos<sup>14</sup> y se tiene tanto apetito como antes de haber bebido [comido]<sup>15</sup>.

---

anduvieron en la mar fasta que las bien sopieron [...]. E a diez leguas de la Gomera ay dos islas, la una dicen del Fierro, e la otra de la Palma. E los marineros salieron *en la isla de Lançarote*, e tomaron el rey e la reyna de la isla, con ciento e sesenta personas, en un logar, e trajeron otros muchos de los moradores de la dicha isla, e muchos cueros de cabrones, e cera, e ovieron muy grand pro los que allá fueron. E enviaron a decir al rey lo que allí fallaron, e cómo eran aquellas islas ligeras de conquistar, si la su merced fuese, e a pequeña costa” (*Crónicas de los Reyes de Castilla*, v. II., p. 214). BNE:BDH.

<sup>14</sup> Entre “las diez aguas más recomendables” hoy en día figura en primer lugar la Finé (Fuji, Japón), que “es agua de lluvia filtrada a través de roca volcánica, ...con una alta concentración en silicio”. En cuarto lugar figura la Fiji (Melanesia), que “está considerada como el agua más pura del planeta: lluvia estival que se filtra a través de roca volcánica. Tiene un singular enriquecimiento en sílice”. *ABC*. “Gastronomía” (2011, octubre, 6, martes). Cabe pues, que ocurra algo parecido en este volcán apagado canario.

Hay al menos dos análisis químico-farmacéuticos sobre el agua de la fuente *Sabinosa*, en El Golfo, en la parte opuesta de la Isla, que se explota y se vende como medicinal desde finales del siglo XIX. No contiene silicio. No he topado, sin embargo, con ningún estudio paralelo sobre la composición de estas aguas, aunque podría hacerse fácilmente tomando una muestra en un estanque, mejor que bajo el

Obsérvese, primero, que, en esta versión, los cronistas de los primeros conquistadores europeos que pisaron El Hierro no atribuyen el agua a un árbol particular o a una especie de ellos, sino “a unos árboles que están en las tierras más altas”. Segundo, que no se dice expresamente que sea el único modo de obtener el agua. Tercero, que las afirmaciones de que en esta Isla, “las aguas son buenas y hay abundancia de ganado” y la de que “hay unos árboles que gotean continuamente está separadas por un párrafo intermedio. Y, cuarto, que aquí, contra lo que se leía en Plinio, Solino, etc. todas las aguas “goteadas” por los árboles son buenas, incluso digestivas.

Los manuscritos de estas crónicas circularon mucho tiempo bajo el título *Historia del primer descubrimiento y conquista de las Canarias* [...] u otros similares. Al parecer los editores franceses empezaron a anteponer el título *Le Canarien* a la versión de Béthencourt en 1625.

La recepción de *Le Canarien* [El Canario] en España, y en particular en Canarias, “constituye todavía un capítulo pendiente en el análisis de este texto”. No obstante, se sabe ya que, “en Canarias, las referencias parten del *extracto en latín* de la crónica que fue remitido a la rama canaria de los Béthencourt en 1501 (Sierra-Cioranescu, 1959; I, 489-494), así como de la documentación conservada en algunos archivos de la época (como el archivo señorial de Lanzarote)”<sup>16</sup>.

Esta versión francesa conoció los beneficios difusores de la imprenta en 1630. La segunda edición es de 1855 y la tercera de 1872. Se tradujo al español, aunque en forma manuscrita, en 1639. Se conserva un ejemplar de esta traducción en la Universidad de Oviedo y otro en la de La Laguna. Y hay ediciones en castellano fechadas en 1847, 1959, 1980, 1986, 2003, 2007 y 2009. Todo lo cual se indica aquí para que el lector pueda hacerse una idea de la posibilidad de conocimiento de este primer texto básico sobre el problema del agua en la Isla de El Hierro por parte de los eruditos y escritores que publicaron versiones muy diferentes a partir de finales del siglo XV.

Algunos autores escriben que Cristóbal Colón aludió al problema del agua en El Hierro en su *Diario de a bordo* (1492). Pero, por mi parte, lo único que he visto en este texto es que toma esta isla como punto de referencia para medir las distancias navegadas<sup>17</sup>, lo que fue muy común entre los marinos, al menos desde la época de

---

Nuevo Garoe. Está en la falda volcánica del Ventejís, sobre roca basáltica, según he leído. Véanse referencias fotográficas más adelante.

<sup>15</sup> AZNAR, Eduardo (2007) *et alii: Le Canarien. Retrato de dos mundos. I. Textos*, cap. LXV, 2ª ed., p. 226.

<sup>16</sup> *Ibid*, p. 24.

<sup>17</sup> *Diario de Colón. Facs. y transcripción del manuscrito original por Fray Bartolomé DE LAS CASAS*, Madrid, 2005, fol. 6 v. y otros. Puede verse también con más comodidad en *Internet: Diario de a bordo*

Ptolomeo (s. II e.c.), aunque, naturalmente, sólo para las navegaciones al Este de esta posición, considerada como el meridiano cero grados.

## **El agua en la Isla de El Hierro: realidades**

En 1960, el bibliotecario e investigador Miguel Santiago Gutiérrez (1905-1972), oriundo de Canarias, en su edición crítica de la *Descripción histórica y geográfica de las Islas Canarias* de Don Pedro Agustín del Castillo (1737)<sup>18</sup>, nos ofreció ya, en forma de detalladas notas a pie de página, un estudio crítico documentadísimo, de unas 65 páginas de extensión en letra menuda, de todo o casi todo lo que se había publicado de interés hasta esa fecha, en la medida en que era posible hacer tal cosa, sobre los asuntos de que estamos ocupándonos en estas modestas páginas. Era el fruto de más de veinte años de amoroso y paciente trabajo bibliográfico sobre su tierra natal. Su estudio señala ya obras, autores, fechas de elaboración de manuscritos y publicación de artículos o libros, en sus diferentes ediciones o reimpressiones, páginas dónde se encuentran sus citas, algunas indicaciones sobre la procedencia o filiación de los textos correspondientes, etc.

Cuarenta y seis años más tarde, en 2006, el profesor Carlos S. Martín Fernández publicó un librito titulado *Visiones del agua* [en la Isla de El Hierro]. *Fuentes documentales*, que prolonga en nueve años más, hasta 1969, las noticias sobre este punto. En este apartado me serviré sobre todo de estas últimas referencias, ya que sobre actualizar hasta dicha fecha sus informaciones, Carlos S. Martín reproduce a menudo con mayor extensión los textos básicos que nos interesan. Pero no sin declarar antes, como acabo de hacer, mi rendido tributo de admiración y agradecimiento al trabajo previo, pionero y exhaustivo de Miguel Santiago, pues, en mi opinión, que, al parecer, no es compartida por otros autores actuales que escriben sobre estas cosas, bien merece tales reconocimientos.

La primera información solvente que conozco sobre este asunto se la debemos al tinerfeño Juan Antonio de Urtusástegui, miembro fundador de la Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife, que, en su condición de Gobernador de Armas de la Isla de Hierro, la visitó en 1779, redactando con esta misma fecha el *Diario de viaje* [...] correspondiente, publicado en 1983. Pero parece más oportuno comenzar

---

*de Cristóbal Colón*, texto digitalizado por el Prof. Felipe PIGNA, s.v. Hierro. Fechas: 9 de agosto; jueves; 6 de sept., jueves; 1 de oct., lunes; 13 de oct., sábado; 2 de nov., viernes; 11 de febr., domingo.

<sup>18</sup> CASTILLO, Don Pedro Agustín del (1686-1737): Alférez Mayor de Gran Canaria: *Descripción histórica y geográfica de las Islas Canarias. Acabada en 1737. Ed. crítica, estudio bio-bibliográfico y notas*. Por Miguel SANTIAGO, 5 volúmenes, Madrid 1948-1960, t. I., fasc. 5, volumen 4, pp. 2411-2475, y otras.



insertando aquí lo que dice al respecto el *Diccionario geográfico y estadístico de España* de Pascual Madoz (1847), en la voz “Hierro, Isla de”, que, sobre ser un resumen, ofrece la ventaja de estar en una fuente informativa muy accesible al gran público. Cosa distinta es que a un número bastante elevado de autores posteriores les haya dado y les siga dando por fabular sobre el caso sin tomarse la molestia de mirarlo (disponible en *Internet*).

Cuando se llega á la isla se ve desarrollar, en un espacio de cerca de 4 leg. un cúmulo de rocas de aspecto imponente, cubierta de laureles, mocaneras, pinos, brezos, hayas; sabinas y aceviños, que guarnecen los barrancos y cortaduras; sin embargo, en diferentes puntos se encuentran pequeñas llanuras en forma de bancos, que dividen los cerros y presentan un suelo más accesible al caminante, y muy a propósito para la agricultura. No impide la estructura orográfica de la isla, la fertilidad del suelo, favorecida grandemente por la industria de los herreños; y si bien la naturaleza ha negado al suelo las corrientes de agua, agente tan poderoso de la vegetación, ha suplido por otros medios no menos convenientes a esta necesidad. Pocos ignoran la Historia del Árbol Santo de la Isla de Hierro, que según las *tradiciones que todavía se conservan*, proveía abundantemente de agua á las necesidades de los habitantes. *No nos detendremos en averiguar la verdad de este fenómeno, porque la física nos explica el modo con que aquel árbol sin apelar á prodigios, podía dar agua, aunque no en tanta cantidad como quiere suponerse.* Dos solos riach. brotan en las montañas, á saber: el de los Llanillos y el de Sabinosa; el primero la proporciona potable, siempre clara y fresca; la del segundo sale caliente, exhala un odor sulfuroso, y tiene un sabor picante; es la fuente medicinal de los herreños, que la usan contra las obstrucciones, pero ninguno de estos 2 ríos proporciona cantidad suficiente de agua, ni para el abasto de los habitantes, ni para abrevadero de las bestias y menos para el riego: á estas necesidades acorren las mismas *montañas, que cubiertas como hemos dicho de bosques de árboles*, atraen sobre la isla gran masa de vapores que humedecen y fertilizan el suelo; para atender á las necesidades domésticas y á los ganados, *tienen gran cuidado los habitantes de recoger las aguas pluviales en cisternas*: en el centro del valle de Tegirafe á ¼ leg. de la v. de Valverde, se ven unos 40 depósitos de agua, abiertos en el mismo espesor de la Toba, cubiertos con bóvedas sostenidas de las pilastras; otros semejantes se encuentran en diferentes valles, y cada pueblo paga los guardias que custodian estos preciosos depósitos. En los contratos matrimoniales y en los legados testamentarios se prefiere una cisterna á la donación de un campo. En los lugares apartados de los expresados depósitos, se proporcionan el *agua potable colocando al pie de los árboles cubos de mocan*, llamados en el país guácimos, *que tardan poco en llenarse con la humedad que en las hojas depositan el rocío de la mañana y las nieblas.* Lo escabroso de la costa no ha permitido á sus habitantes establecerse en el litoral, si bien la mayor parte de las aldeas ocupan las laderas marítimas, más próximas á la ribera [...]. El número de habitantes, según la matrícula catastral de 1842 es de 1.152 vec., que forman 4.580 almas.

Por lo demás, los autores (viajeros literatos, poetas, eruditos, geógrafos, etc.) que han escrito comentarios sobre el problema del agua en El Hierro son muy numerosos. Pocos contaban con conocimiento global y directo del mismo, incluso los que llegaron a estar de verdad en la Isla. Bastará con leer cualquiera de las antologías citadas para percatarse de las insuficiencias, errores y contradicciones que aparecen en los diferentes relatos. Seleccione, pues, los autores y párrafos que me parecen más adecuados para seguir informando con cierta brevedad lo mejor posible al lector.

El político catalanista Joan Maluguer i Viladot, fiscal del Tribunal Supremo, que visitó la isla a comienzos del siglo XX acompañado de un cicerone local, nos advierte ya de que se trata del tema más socorrido para conversar con los turistas curiosos:

No es posible pisar los acantilados del Hierro y correr por aquellos campos que sólo conocen el agua de lluvia, sin que en una forma u otra se le ocurra a alguno de los herreños recordar el Árbol del Agua [...] <sup>19</sup>.

El geólogo madrileño Lucas Fernández Navarro (1925), que investigó sobre las aguas subterráneas en las Islas Canarias, nos advierte en su libro *Problemas de Canarias* de la gravedad que puede alcanzar el del agua:

Toda la Isla del Hierro (más de 300 km<sup>2</sup>) no tiene más que una fuente, la de Azofa, que merezca tal nombre [...]. En El Hierro [...] es a veces pavoroso el problema del agua hasta para la bebida [...]. Con agua, desembarcaderos y caminos, la pequeña Isla de Hierro sería una joya y traería innumerables turistas <sup>20</sup>.

De gran importancia para nuestro mencionado propósito me parece la aportación a este punto de los conocidos botánicos madrileños Luis Ceballos y Francisco Ortuño (1951), ingenieros de montes, en su *Estudio sobre la vegetación y la flora forestal de las Canarias Occidentales*, ya que, en razón de este acreditado trabajo tuvieron que patear a menudo la Isla:

Debido a la permeabilidad de estos terrenos y al profundo dislocamiento del substrato rocoso, no ha sido posible encontrar hasta ahora lugares naturales de acumulación de aguas que permitieran con éxito la excavación de galerías. Salvo algunos ensayos de riegos por pozos, efectuados en la zona baja de El Golfo, todos los cultivos existentes son de secano que junto con la ganadería constituyen la principal riqueza de la isla. *El agua necesaria para los habitantes la obtienen por medio de aljibes en los que almacenan las procedentes de las lluvias invernales*. En año de gran sequía, por haberse agotado estas reservas, ha habido que enviar agua potable de las restantes islas, noticia que al ser conocida ha servido para crear una fama de Isla semidesértica en la que las precipitaciones son poco menos que desconocidas. Esto no es cierto, hasta el punto de que [...] toda la actual economía de la isla gravita sobre cultivos de secano y zonas forrajeras, únicamente mantenidas por las aguas atmosféricas <sup>21</sup>.

Entre quienes han abordado este problema en términos globales hay que citar aquí, en primer lugar, a Simón Benítez Padilla (1940), redactor del Plan de Obras Hidráulicas Isla de Hierro, del que, como de costumbre, entresacamos los párrafos que más convienen a nuestro propósito:

<sup>19</sup> MALUQUER I VILADOT, Juan (1906): *Recuerdos de un viaje a Canarias*, Barcelona, 1906, p. 71.

<sup>20</sup> FERNÁNDEZ NAVARRO, Lucas (1925): *Problemas de Canarias*, Madrid, 1925, p. 190. En efecto, superadas esas y otras dificultades desde hace ya muchos años, la pequeña Isla de El Hierro recibe actualmente (2015) unos 20 mil turistas anuales. *Vid.*, en *Internet*, >hierro turistas anuales<. Lo que viene a suponer 2 por habitante.

<sup>21</sup> CEBALLOS FERNÁNDEZ, Luis (1951) y FRANCISCO ORTUÑO: *Estudio sobre la vegetación y la flora forestal de las Canarias Occidentales*, Madrid, 1976, p. 65.

La misma pequeñez de la isla, y la poca variedad de sus rocas constituyentes, que no presentan favorables alternancias de terrenos permeables e impermeables, hace que también carezca de manantiales, secándose frecuentemente los pozos que existen, por su escasa cuenca de filtración de aguas meteóricas.

Pero no puede decirse que éstas sean insuficientes, como en Lanzarote y Fuerteventura, a consecuencia del aplanado relieve de la isla; al contrario, la del Hierro se eleva bruscamente del Océano, *ofreciendo al alisio una barrera, relativamente elevada, de más de mil metros de altitud, que ataja sus nubes y las hace condensarse* en las medianías de sus laderas, *durante el invierno [...]*.

Las cabidas de *charcos* [estanques en roca de toba], naturales o artificialmente logradas, serán de moderado volumen, impuesto, además, por la limitación de las cuencas de recogida de aguas pluviales, pero dada la facilidad de su excavación, que se realiza a pico, combinada alguna vez, con revestimientos, en la roca basáltica, si esta ofrece vaguadas aprovechables, debe incluirse tal sistema, en este Plan de Obras hidráulicas, para que la isla del Hierro tenga su beneficio, procurando fomentar su agricultura con recursos hidráulicos, que consientan, cuanto menos, ciertas zonas con un cierto riego oportuno, las cosechas de secano.

Su problema no queda reducido a este aspecto de la cuestión. Tiene otro angustioso, que demanda aún más urgente solución. Trátase del abastecimiento de agua potable, a sus núcleos poblados, que al igual que los de Lanzarote y Fuerteventura, han de surtirse, transportándola en vapores, desde las otras islas, cuando una prolongada sequía, agota los caudales acopiados en *aljibes o albercas, que cada casa-habitación ha de poseer, en su patio*, para recoger las aguas caídas en las cubiertas de las viviendas<sup>22</sup>.

Por otra parte, aunque en el mismo sentido, en el Plan de ordenación económica social de la Isla de El Hierro de 1951, se lee lo siguiente:

Las nubes, que constantemente se producen sobre el Océano Atlántico debidas a la evaporación del agua del mar por el sol que brilla constantemente en estas latitudes, *se forman entre los 600 y 1.000 metros de altura*, y son arrastradas por la corriente de los alisios, que soplan con bastante regularidad en el archipiélago. Estas nubes, al chocar con las partes más altas de las islas, *quedan detenidas, formando nieblas muy espesas, que, al ceder su humedad por simple contacto, impregnan de agua los terrenos de estas partes elevadas*, produciendo la fertilidad de las mismas. En esta isla es donde este fenómeno se manifiesta con más evidencia [...].

Los industriosos habitantes de Tenerife han logrado, a fuerza de toda clase de sacrificios, obtener el agua necesaria para los regadíos perforando largas *galerías de mina en las faldas del Teide y en las cotas superiores* del prodigioso valle.

Esto es precisamente lo que se trata de hacer en Hierro como obra primordial de este Plan [...].

Y más adelante, en el mismo texto:

---

<sup>22</sup> BENÍTEZ PADILLA, Simón (1940): *Plan de Obras Hidráulicas. Provincia de Tenerife. Isla de Hierro*, Gran Canaria, pp. 2-3 y 6-8.

En resumen: La Isla de Hierro, con sus 277,75 km<sup>2</sup> y 9.285 habitantes, depende de un factor determinante, el clima, y, más concretamente, de la cantidad de lluvia que cae mensualmente, puesto que no contando la Isla con corrientes ni manantiales importantes, las necesidades elementales de agua de sus habitantes *han de cubrirse con las precipitaciones atmosféricas recogidas en los aljibes de que están dotadas las viviendas y edificaciones cubiertas de la Isla [...]*.

*La media anual de lluvia recogida es de 130 mm [...]*. El único recurso por el presente de la Isla del Hierro es el agua de condensación. No existen tampoco corrientes superficiales continuas ni afloran nacies de agua que puedan ser objeto de transformación y de aprovechamiento agrícola de merecida importancia, y sólo hay una instalación elevadora en Frontera. *La zona de máxima condensación coincide con la de máxima lluvia, y está comprendida entre los 500 y 1.000 m. La condensación de agua en las zonas superiores es mucho mayor cuando están cubiertas de arbolado;* por tanto, el agua subterránea habrá de captarse por debajo de las cotas de esas masas arbóreas [...].

Las soluciones propuestas, en experimentación desde poco después, contienen información útil para enjuiciar los textos sobre el agua en El Hierro producidos entre 1500 y 1950, e incluso los que siguen divulgándose sin crítica alguna en nuestros días, ya que si, por una parte, se remontan en el Norte de África a la época romana, por lo que pudieron ser conocidas por los humanistas, nos llevan, por otra, a lo que se está haciendo en la actualidad:

Convendría un estudio o ensayo sistemático de experimentación para aprovechar mediante condensación la humedad atmosférica que rodea la Isla, casi constantemente cubierta de nubes, por medio de pozos atmosféricos, sistema Knapen, y de *los túneles que los Romanos empleaban en el Desierto Líbico*, o por hidrogenadores modernos, verdaderas turbinas aéreas que se sirven exclusivamente de energía eólica, procedimiento del ingeniero francés Andreau, que aprovecha la corriente que arrastra de abajo a arriba el aire cargado de humedad, la cual se condensa al pasar por una torre enfriada [...]<sup>23</sup>.

En cuanto a la cantidad de agua que puede obtenerse de un solo árbol por condensación del agua atmosférica, al alcanzar la temperatura descendente el llamado punto de rocío, en este caso una gran sabina, disponemos también de una versión bastante actual (1995) que, en mi modesta opinión, convendría precisar y comprobar:

El [ejemplo] más asombroso, quizá, sería la *Sabina de la Cruz de los Reyes*. Hoy ya no existe; como al viejo Garoé, un desgraciado accidente natural, en este caso un gigantesco y terrible incendio declarado en el verano de 1990, que a punto estuvo de convertir en cenizas el monte entero de El Hierro, se la llevó. Pero todos los herreños y todos los que visitaron la isla antes de ese fatídico año pudieron verla; una sabina vieja, muchas veces centenaria, quizá milenaria, con el tronco retorcido y seco, de unos 4 metros de alto, y con una copa relativamente pequeña, con muy poca fronda, pero cubierta, eso sí, de musgos y líquenes que le bajaban hasta medio tronco. Con eso bastaba. Bastaba que la bruma hiciera su aparición, mucho más cuando venía con viento fuerte, para que a los pocos minutos la sabina empezara a descargar verdaderos chorros de agua. Aquel prodigio, en una isla tan necesitada de agua como siempre lo ha estado El

---

<sup>23</sup> *Planes de Obras en las islas de Fuerteventura y Hierro*, Madrid, 1960. Cfr. : MARTÍN FERNÁNDEZ, Carlos S. (2006): *Visiones del agua*, Tenerife, 2006, pp. 116, 123 y 124.

Hierro, merecía que se registrara. Y don Sósimo, guardamontes de la isla por ese entonces, ideó construir *un pequeño aljibe* en el que recogerla. Al poco, el aljibe se hizo pequeño; se habilitaron entonces grifos y fuentes de las que el público pudiera beber a voluntad y con comodidad. Cuentan que con el agua almacenada hubieran podido beber los varios miles de asistentes de una Bajada de la Virgen, que justamente hacen alto en la Cruz de los Reyes para descansar y reparar fuerzas. Y el agua que iba almacenándose seguía rebosando la capacidad del aljibe; se construyeron entonces varios aljibes más y mayores, en la pendiente del pequeño barranco, comunicados entre sí, de tal forma que cuando rebosara el de arriba empezara a caer en el de abajo. Y todo eso de una sola sabina<sup>24</sup>.

Pero, sea como fuere, el caso de la Sabina de los Reyes pulveriza y dejan sin sentido, de una vez por todas, el mito del Garoe o Garoé. Porque, según esta versión y todas las anteriores concomitantes, en la Isla de El Hierro ya no se obtiene históricamente el agua para todas las personas y animales de la misma de un árbol mágico o “milagroso”, único en especie, tamaño, situación y procedimiento de obtención, sino por varias vías distintas (lluvia directa conservada en depósitos, condensación en rocas y suelos, fuentes y pozos, por muy escasos que sean) y, en general, aunque en distinta medida y proporción, de todos o casi todos los árboles y arbustos de esa Isla situados a más de 500 o 600 m de altitud.

Por otro lado, el *bulo literario* que mantiene que el Árbol Garoe producía “milagrosamente” agua para todas las personas y animales de *toda* la Isla (véase aquí el apartado siguiente), entra en contradicción con la conocida devoción herreña, en las edades Moderna y Contemporánea, a la Virgen de los Reyes, (al parecer importada de Sevilla) y a otros *santos del agua*:

La principal protectora de la lluvia en El Hierro [escriben Maximiano Trapero y otros en 2003] era la Virgen de los Reyes, pero también San Andrés tiene poderes remedidores contra la sequía, según una tradición folklórica *universal* [?].

Según el celebrado notario herreño Bartolomé García del Castillo (c. 1700), los vecinos del pago de Asofa, en el centro de la Isla, dedicado a este santo, “cuando el cielo les negaba a su tiempo las lluvias”, cogían la imagen de su patrono y la llevaban en procesión hacia un pozo muy profundo, a una milla de su ermita, donde le colgaban de una soga, y le amenazaban con tirarle al fondo si no les concedía la lluvia. “Alguien salía fiador del santo y pactaba el plazo en que debía cumplirse” la petición, “y gozosos y contentos devolvían el santo a su ermita. “Tal era [dice el notario] la fe de aquellos necios devotos.... Siempre lograba [el santo] en el pactado plazo *grandes lluvias*”<sup>25</sup>.

<sup>24</sup> TRAPERO, Maximiano (1995): “La isla mítica del mítico Garoé”, *Espejo de Paciencia* (Las Palmas), nº 0 (1995), p. 93.

<sup>25</sup> GARCÍA DEL CASTILLO, Bartolomé (c. 1700): *Antigüedades y Ordenanzas de la Isla de El Hierro*. Ed. y est. de M. TRAPERO, A. ANAYA HERNÁNDEZ y R. BLANCO GUZMÁN, Madrid, 2003, p. 54.

Más aún, aprovechando el fenómeno físico mencionado y las condiciones orográficas y meteorológicas del entorno donde estaba el “Árbol Santo”, se han instalado incluso, “garoes artificiales”; por así decirlo:

Avanzando sin apenas desniveles [escribió en 2011 la arquitecta navarra Itziar Lazurtegui, montañera que tuvo el buen gusto de subir a ver el nuevo Garoe y poner su ruta en *Internet* para que otros puedan hacer lo mismo] llegamos enseguida al captanieblas (o captabrumas) del Ventejís [la montaña de origen volcánico donde está el nuevo Garoe], un curioso artilugio experimental que imita el modo en que los árboles atrapan la humedad con sus hojas. El invento consiste en extender unas redes, sujetas a unos bastidores verticales, en las cuales se condensan las gotas de las frecuentes nieblas del lugar. El agua así capturada satura las redes y escurre por gravedad hasta una canaleta situada en la base que se comunica con un depósito de almacenamiento<sup>26</sup>.

Cabe añadir, y por si algún lector tuviese aún dudas sobre los “*milagros*” que produce por sí misma la naturaleza, que, en los últimos años del siglo XX, el Cabildo de El Hierro se propuso aprovechar los vientos y las brumas de su isla, “con el apoyo de la empresa eléctrica Endesa, del Instituto Tecnológico de Canarias (ITC) y de la Comisión Europea”. Y, así, en Valverde, capital de la isla, existen ya, desde 2011, tras treinta años de experimentos, las instalaciones de la Central Hidroeléctrica Gorona del Viento<sup>27</sup>.

Finalmente, los medios informáticos actuales le permiten hacer al lector una *visita virtual* al entorno donde está el Nuevo Garoe, o Garoé, siguiendo la siguiente secuencia:

1. Entrar en la aplicación *Google Earth*.
2. Poner Tiñor (municipio correspondiente) en el buscador.
3. Poner el cursor en el cuadrado-foto más grande que se ve al noroeste de Tiñor. Sale “Bosques alrededor del Garoé”.
4. Pinchar en la señal de la foto. Sale una foto que pone Yraya. Y, en el margen inferior, una colección de 32 fotos pequeñas: (si no aparecen, pinchar en la foto Iraya y esperar un poco, para que pueda cargar las 32 imágenes el ordenador).
5. Pinchar, en particular, sucesivamente, en las fotos que hacen los números 2, 4, 7, 12 y 29, sobre 32.
6. En posición similar respecto a Tiñor, pero al noreste, puede verse, en otro cuadrado-foto, el “Depósito Superior de la Central Hidroeléctrica de El Hierro”.

<sup>26</sup> LAZURTEGI MATEOS, Itziar (2011): “Mendikat. Ventejís (1.139 m)”. En *Internet*, p. 2. En Alto Patache, Desierto de Atacama (Chile), y en otros lugares, tienen instalada una malla y artilugio similar, de unos 40 m<sup>2</sup>, sobre todo con fines pedagógicos, para atrapar el agua que llevan a ciertas horas las nieblas que suben del Pacífico. Y con esa agua riegan un huertecito anejo.

<sup>27</sup> SÁNCHEZ, Isidoro (2015): “El Garoé, proyecto internacional de El Hierro”. En *Internet*, p. 1.

7. Pinchar, en particular, en la foto 2/2.
8. Llevando la imagen de la pantalla hacia la derecha y pinchando en los cuadrados-foto puede verse otra vez el Nuevo Garoe, sobre su pequeño charco: foto 1/12.
9. Según podrá apreciar el lector en la imagen del relieve de ese entorno, observando los caminos, al día de hoy no hay dificultad caminera alguna para visitar el Nuevo Garoe, o Garoé. ¡Qué así sea!<sup>28</sup>.

Una foto complementaria de este nicho, más ilustrativa aún de esa realidad histórica, fechada a 2 jun 2010, puede verse poniendo >guiadelplantabosques til garoe< en el buscador informático. Anteriormente (desde 1929), los autores críticos pudieron ver también ver la foto y un croquis del “Lugar donde hoy subsisten las *charcas* del *Árbol Santo*” en un libro de historia local<sup>29</sup>.

### **El agua en la Isla de El Hierro, mitos**

“Lo único que permanece constante es que todo cambia”: En el mundo real, sea en la naturaleza o en la sociedad, las cosas están cambiando constantemente. Las condiciones climáticas de los distintos lugares del planeta no son, desde luego, una excepción a esta regla. Cualquier persona bien informada sabe, así, que el cambio climático actual, el calentamiento de la Tierra, es el problema biológico, y en consecuencia económico a medio y largo plazo, más preocupante de nuestros días. Como ya hemos visto, e la Isla de el Hierro, en cuanto al fenómeno que nos ocupa, la cantidad de agua atraída por los árboles, y en consecuencia la que “destilaban” ha dependido también, como en cualquier otra parte del Mundo, y entre otros factores, de la masa forestal existente en cada momento histórico. Hasta tal punto ha sido así que, ya en la Edad Moderna, las autoridades tuvieron que prohibir la corta indiscriminada de árboles cuando vieron como su falta mermaba la cantidad de agua que obtenían por lluvia directa y por condensación. No obstante, estas variaciones climáticas no parecen haber afectado gran cosa a la mítica historia moderna del “Árbol Santo”. Porque, si bien es cierto que esta leyenda tiene su base material en el problema real que supone la grave escasez de agua en la Isla, en términos globales, no lo es menos que no se atiene, en términos empíricos, a la realidad conocida del mismo.

---

<sup>28</sup> Otras entradas en *Internet*: “Hierro. Visita al Garoé. *Árbol Sagrado*”, “El Hierro. La bruma *sagrada* del Garoé” (21-02-11).

<sup>29</sup> DARIAS PADRÓN, Dacio Victoriano (1929): *Noticias generales históricas sobre la Isla del Hierro*, Tenerife, ed. de 1980, pp. 48-49.

Veamos ahora como fue elaborándose el mito, así como sus principales manifestaciones.

La primera versión que conozco, bastante completa, está en las *Memorias del reinado de los Reyes Católicos que escribía el Bachiller Andrés Bernáldez* (1510-1513), cura de Los Palacios, localidad cercana a Sevilla<sup>30</sup>. El autor murió en 1513, y en este libro se relatan sucesos ocurridos en 1509.

En lo que ahora nos concierne, su versión dice así (pongo en cursiva, como de costumbre, lo que más nos interesa destacar aquí):

El Hierro es la cabeza [meridiano cero grados de Ptolomeo] de todas [las Canarias] e más lejos [de la Península]. Es tierra áspera de lugares, tiene muchos puercos e de todos ganados. No tiene ningunas aguas dulces, salvo de *cisternas e maretas del agua* [de] *lluvia, que beben los ganados*.

En esta isla *ay una gran maravilla de las del mundo, que es que el pueblo bebe de la agua que un árbol suda por las ojas*. Ay un árbol de manera de *un álamo*, e es verde toda vía, que nunca pierde la oja, y su fruto que da es unas *bellotitas que amargan como hiel, e si las comen son medicinales* e no hacen daño al cuerpo; es de *altura de una lanza mediana*, e tiene *grandes ramas e copa*; es de *gordor* cuanto pueden abarcar *dos hombres*; el pie de él suda maravillosamente gotas de agua continuamente, que *caen en una alberca que está debaxo dél*, de tal manera, que una gota de agua no se puede perder. De allí han abastado de *agua toda la que pueden beber todos los de la isla, que solían ser ochenta vecinos, e todos e sus casas son hartos e abastados de aquél árbol*. Son las hojas y color como de *laurel*, sino que son un poco mayores. *No ay en todas siete islas árbol de aquella natura, ni en toda España, ni ay hombre que otro tal aya visto en parte ninguna*<sup>31</sup>. E por esto parece bien que *es misterio de Dios*, e que quiso dar allí aquella agua de tal manera, por dar consolación a las gentes que en otro tiempo allí fueron echadas, donde *otro poço ni fuente dulce no se falló jamás, ni se falla*<sup>32</sup>.

Obsérvese que, según esta versión sevillana había dos medios de obtener el agua *dulce*: la de lluvia, para los ganados, que se conservaba en “*cisternas o maretas*” (charcos, dirían después) y la que “suda maravillosamente” (no destila o condensa) un

<sup>30</sup> “Tras la misa del alba, el bachiller Andrés Bernáldez, cura de Los Palacios, anota los sucesos que de España y del Mundo –casi ya no era posible hacer esta distinción– llegan a su conocimiento [...]. Su obra contrasta vivamente con la de los historiadores oficiales y al mismo tiempo le sirve de valioso complemento”. Luciano de la CALZADA (1946), en el “Prólogo” a BERNÁLDEZ, Andrés: *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel* (selección de párrafos del original), Madrid, 1946. Ed. M. Aguilar.

<sup>31</sup> Se trata, desde luego, de un *lapsus* o de una forma de hablar, porque, según me informan personas que lo han vivido, cuando hasta hace unas décadas se recogía la aceituna por métodos tradicionales, los jornaleros, al menos en Andalucía y Extremadura, acudían al tajo con botas de agua y con gorros y capotes de plástico (o equivalentes) para protegerse de “la rociada”, es decir, del agua condensada en sus hojas durante la noche que se desprende de los olivos.

<sup>32</sup> BERNÁLDEZ, Andrés (c. 1510). Cura de Los Palacios: *Memorias del reinado de los Reyes Católicos que escribía el Bachiller* [...]. Ed. y est. por M. GÓMEZ MORENO y J. M. CARIÁZO, Madrid, 1962, pp. 136-137.



gran árbol, que no tiene aún nombre propio; y que no existía fuente alguna. *El árbol* (desaparecen los *árboles*, en plural, de los relatos anteriores a él) pertenece, además, a una *especie única*, que no se ha visto “en parte alguna”. Se parece al álamo y al *laurel*. Y es sin duda un gran árbol (ramas, hojas, copa), aunque no tanto como se diría después: “altura de una lanza *mediana*” (¿2 m?) y grosor de dos brazadas de perímetro, lo que viene a suponer 1 m de diámetro. Achaparrado, por tanto. Por otro lado, según las fotos que aparecen en *Internet* del recodo volcánico basáltico donde ha sido repuesto, no podía ser de gran envergadura (secuencia indicada al final del apartado anterior).

Se trataba de “una gran maravilla del mundo”, lo que permite sospechar que figuraba ya en los relatos contados o escritos de tal género literario, que tanto gustan al público, y en, todo caso, que se comparaba con los otros casos maravillosos que aparecían en los mismos.

Que un árbol como el que queda pergeñado pudiera dar agua “sudada” (no condensada o destilada) para abastecer a 80 vecinos y sus casas hasta hartarse, no podía ser sino (con dichos condicionamientos y en la mente de un sacerdote de la época), “*un misterio* de Dios”. Pero tómese nota de que, si bien lo califica de “maravilla” y “misterio”, no emplea la palabra *milagro*, que, en tal caso, sería un milagro diario.

Nada indica que este cronista por libre visitase Valverde (villa-capital de El Hierro) para contemplar en directo el fenómeno del agua que nos cuenta. Por tanto, su noticia al respecto sugiere que existían relatos escritos sobre el mismo desde, al menos, los primeros años del siglo XVI. En todo caso, dado el tema y la popularidad posterior de esta sencilla crónica, su versión del problema del agua en El Hierro debió ser, después de su muerte, bastante conocida en las tertulias o círculos de eruditos de la época, en particular en las de Canarias y Sevilla.

No he topado con ningún estudio detallado sobre la difusión de esta “Crónica” o *Memorias* en el siglo XVI. Si sabemos, al menos, que circularon diez manuscritos de la misma<sup>33</sup>. La BNE conserva seis, la R.A. de la Historia tres y la B. Colombina de Sevilla otros dos. El arqueólogo e historiador sevillano Argote de Molina hizo una copia del original hacia 1595-1601, y el libro ha sido editado después en 1856, 1869, 1878, reimpresso en 1931, 1946, 1959 y 1962.

Fray Bartolomé de las Casas (1527-1556) nos presenta ya un relato bastante extenso y detallado, en su *Historia de las Indias*, cap. 20, sobre el mito del Árbol de El Hierro (las cursivas son mías):

Y la séptima y más occidental es la isla del Hierro. Esta *no tiene agua de río ni fuente ni [de] pozos ni llovediza de que la gente ni ganados se sustenten, sino [que] por un admirable*

---

<sup>33</sup> *Íb.* “Introducción”, p. V-XII, y catálogo de la BNE.

*secreto* de la naturaleza –y aun por mejor decir *es un milagro patente*, porque *causa natural no parece* que se pueda asignar desto– está siempre todo el año proveída *divinalmente* de agua muy buena que sustenta en abundancia [a] los hombres y [a] las bestias. (*Está una nubecita siempre encima y sobre un árbol*. Cuando está junto con el árbol, parece estar algo alta del árbol; cuando se desvía, parece que está junto dél y cuasi todo lleno de niebla. El árbol tiene de *grosso más de tres cuerpos* de hombres; tiene muchos [*sic*] brazos y ramas gruesas extendidas; las hojas parecen algo a la hechura de las del *laurel o de naranjo*. Ocupará con *sombra más de ciento y cincuenta pasos en torno*. No parece a árbol alguno de los de España. En lo que [co]responde del suelo, a cada brazo y rama del árbol tienen hechas sangraderas corrientes, que van todas a dar a *un estanque o alberca o balsa* hecha por industria humana, *que está en medio y en circuito del árbol*. Aquella nubecita hace *sudar y gotear* todas las hojas y ramas del árbol toda la noche y día; más a las mañanas y a las tardes, algo menos a mediodía, cuando se alza el sol. *Llueve a sus tiempos* en esta isla; y, *para recoger esta agua llovediza*, tienen los vecinos hechas *algunas lagunillas* en muchas [*sic*] partes de la isla donde se recogen las lluvias; y desto beben mucha [*sic*] parte del año hombres y ganados. *Y cuando se les acaba el agua llovediza* tienen recurso al agua del estanque que ha goteado del árbol, *sin la cual no podrían vivir* ni los hombres ni las bestias. Entonces dan a cada vecino por medida tantas cargas o cántaros de agua, conforme a la gente y ganados que tiene y ha menester. Cabrán en el estanque o alberca más de mil pipas, que serían veinte y cinco o treinta mil cántaras de aguas. Es agua dulcísima toda la que gotea del árbol. Está allí una casa, en la cual vive un hombre que es guarda del estanque, porque se pone en la guarda de aquel agua mucho recaudo)<sup>34</sup>.

Obsérvese que Fray Bartolomé, obispo de Chiapas (México, 1543), etc., usa aquí dos fragmentos de procedencia distinta: el originario y el que pongo entre paréntesis, que ya figura así en su original. Y esto le lleva a contradecirse en un mismo párrafo. Porque, si en el primer párrafo afirma que no tienen “agua llovediza”, y que “hombres y bestias” se abastecen de agua divina o milagrosamente (que viene a ser lo que había escrito en 1535 Gonzalo Fernández de Oviedo en la primera parte de su *Historia general y natural de las Indias*, ed. 1851, p. 36), en el segundo nos dice que

*llueve a sus tiempos en esta isla*, y, para recoger esta agua llovediza tiene los vecinos hechas algunas *lagunillas en muchas partes de la isla* donde se *recogen las lluvias*; y desto beben mucha parte del año hombres y ganados.

En la versión de Bernáldez no termina de aclararse de donde procede el agua que “suda” con tanta abundancia el Árbol (ya único), mientras que en esta aparecen ya la niebla y una especie de nube-esponja que suelta el agua sobre él continuamente, lo que, a grandes rasgos, concuerda con la realidad (modalidad lluvia *horizontal*). Lo que en Bernáldez “parecía bien que es misterio de Dios”, aparece aquí ahora, “por mejor decir”, como “un milagro patente”.

---

<sup>34</sup> CASAS, Fray Bartolomé de las (1527-1556): *Historia de las Indias. Primera ed. crítica. Transcripción..., Fijación de fuentes..., Estudio preliminar*, MEDINA, Miguel Ángel et alii, Tomo I, Madrid, 1994, cap. XX, folios 57r y 57v.

Por las mismas décadas, el citado capitán y naturalista Gonzalo Fernández de Oviedo (1535), en su *Historia general y natural de las Indias*, en un párrafo que ha sido copiado muchas veces después, lo calificaba también de *milagro*:

Aquel *miraglo* de la Isla del Hierro [...]. Y porque es cosa mucho digna de saber, diré lo que en esto he entendido de algunas personas fidedignas, e aún porque *es cosa notoria* [...], é todos los días del mundo la provee Dios de *agua celestial, no lloviendo* [...]. Y allégase tanta agua al pie del árbol, *que basta para toda la gente* que en aquella isleta vive e *para sus ganados e bestias*<sup>35</sup>.

El capitán y gobernador Oviedo (madrileño de origen asturiano) escribe por relación ajena, según confiesa. Pero, en esta ocasión, el *naturalista* fue sin duda hombre de grandes tragaderas intelectuales, ya que tras admitir como explicación el *miraglo* da por bueno que un solo árbol, no muy grande (Bernáldez y Las Casas) es capaz de producir por condensación “agua para todas las personas y animales de la Isleta”.

No todos pensaban o decían lo mismo, sin embargo. Y, así, el cronista soriano López de Gómara (1554), después de referirse más de paso a este Árbol, suprimiendo la mencionada exageración y otras, concluye sobre el caso escribiendo: “rareza admirable de *natural*”<sup>36</sup>.

En cuanto a las dimensiones del árbol Milagroso, que a pesar de ser único por distintos conceptos sigue sin tener nombre propio ni ser Santo, no se dan en estos autores indicaciones sobre su altura, pero en Las Casas se sugiere que era más grande de lo que daba a entender Bernáldez: “muchos brazos y ramas muy gruesas y extendidas”. Si el grueso del tronco, “tres cuerpos”, lo interpretamos como brazas, estaríamos sumando una braza más en el trascurso de 30 a 40 años. Y la superficie sombra cenital, un perímetro “de más de 150 pasos castellanos”, supone un diámetro equivalente de unos 6 m, casi el doble del espacio físico disponible que grosso modo se aprecia en la mencionada foto del satélite.

Los 30.000 cántaros castellanos de capacidad del estanque (no diarios) suponen unos 48 metros cúbicos, lo que equivaldría a una habitación de 4x4 m de suelo y 3 de alto. Nada imposible o extraordinario para un depósito semejante que se precie. Pero hay un pequeño inconveniente físico: no cabría en el hueco o espacio que vemos en las fotos referidas bajo el Árbol. (Otros autores escribieron después que el depósito estaba aguas abajo del Árbol, sobre la misma barranquera). Por otro lado, la cantidad de agua que se ve ahora nada tiene que ver con tales dimensiones. Otra novedad del relato que presenta Las Casas es que el Árbol está en el centro de la alberca. No tendría sentido negarlo,

---

<sup>35</sup> FERNÁNDEZ DE OVIEDO Y VALDÉS (1535): *Historia natural y general de las Indias*. Ed. de José Amador DE LOS RÍOS. Madrid 1851, p. 36. No figura en la primera edición, cap. I, 1526, fols. III y IV, en que se ocupa de este mismo asunto.

<sup>36</sup> LÓPEZ DE GÓMARA, Francisco (1554): *Historia general de las Indias*, Zaragoza, 1554. *Transcrip. moderna por* Pilar GUIBELALDE. Ed. Madrid, 1982, t. I, p. 383.

puesto que así sucede con el nuevo, repuesto. No obstante, otros informantes dicen (el P. Alonso García, p.e., en 1613) que estaba sujeto por una pared, o que “nacía en el mismo risco” (Abreu, 1592, 1632). Y, en cuanto a simbolismo de tal centro, cabe recordar que varios autores notables escriben después que estaba, además, en el propio “centro de la Isla”<sup>37</sup>, cuando, según podrá comprobar cualquiera en los mapas o la aplicación informática mencionada, es patente que está claramente al noroeste.

El Padre Las Casas confiesa que, aunque estuvo varias veces en Canarias, nunca llegó a pisar en El Hierro, y, al parecer, tenía algunas dudas sobre la exactitud de esta información. En un párrafo que quitó, tachado en su manuscrito, para poner el que, como hemos dicho, figura ahora entre paréntesis, se lee:

“No he preguntado que tal grande es [el árbol]”. “Tampoco he advertido en preguntar si en algún tiempo, como en las otras islas, en esta del Hierro llueve”.

Luego parece que le dijeron que sí. En suma, todo esto nos indica que en la primera mitad del siglo XVI circulaban ya por España informes de cierta extensión, versiones diversas, habladas y escritas, sobre el problema del agua en El Hierro y las distintas formas utilizadas históricamente para solucionarlo.

Sobre la elaboración y transmisión de esta obra tenemos información abundante de calidad en la primera edición crítica de la misma (1994)<sup>38</sup>. Fray Bartolomé comenzó a recoger materiales para prepararla hacia 1520, empezó a escribirla en La Española (actual Haití-Santo Domingo) en 1527 y, ya en España, terminó el “Primer libro”, en cuyo capítulo 20 está el párrafo reproducido aquí, entre 1547 y 1556. Al parecer dio la obra completa por terminada, a reserva de alguna corrección ocasional, en 1561. Intentó publicarla en vida, sin éxito, “y muerto él en 1566, el manuscrito [que llevó siempre consigo en sus traslados de residencia en España] permaneció más de tres siglos [como tantos otros] sin ser impreso”: hasta 1875.

Pero esto no significa que no lo viera, leyera o estudiase nadie antes de esa fecha. Sabemos, así, que existe un manuscrito *autógrafo*, completo, desde 1561, y otro llamado *semi-autógrafo* desde, al menos, 1563; que Felipe II mandó en 1571 al Colegio de San Gregorio de Valladolid, donde se conservaba el original, que entregara al Consejo de Indias “los libros, tratados y papeles del Padre Las Casas [...] para que se

<sup>37</sup> El primero en divulgar tal error parece haber sido el comerciante y viajero inglés Thomas NICOLS (1526), en *A Pleasant Description of the Fotunate Islands, callled the Islands of Canaria [...]*, publicada en 1546. Vid. referencias de SANTIAGO, Miguel (1960), en CASTILLO, Pedro Agustín (1737): *Descripción histórica y geográfica de las Islas Canarias*, Madrid, 1960, p. 2412, y MARTÍN FERNÁNDEZ, Carlos S. (2006): *Visiones del agua*, p. 19. Pero le han seguido al menos medio docena de autores hispanos posteriores.

<sup>38</sup> CASAS, Fray Bartolomé de las (1527-1556): *Historia de las Indias. Primera ed. crítica. Transcripción [...]. Fijación de Fuentes [...]. Estudio preliminar y análisis crítico por el Dr. Isacio PÉREZ FERNÁNDEZ*, Madrid, 1994, pp. 22-45.

vea que son y se impriman las que se deben publicar”, que el segoviano Antonio de Herrera, cronista oficial de Indias en esos años, hizo una copia del original (1598-1599), y que lo utilizó para escribir, por encargo del rey, su *Descripción de las Indias Occidentales*, publicada en 1601, y su *Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra Firme del nuevo Océano que llaman Indias Occidentales*, publicadas en 1601, 1615, etc.

Existen, además, dos o tres copias del manuscrito *semiautógrafo* en el siglo XVI (Palacio Real, British Library y Newberry), más las de los siglos siguientes, que por razones de fechas nos interesan mucho menos aquí. En cuanto a las ediciones, a la primera mencionada (1875) siguieron las de 1877, 1927, 1951, 1957, 1986 y la *crítica* (1994), que es la que estamos usando. Hay, también, una en ruso de 1968, otra en inglés de 1971 y una japonesa que se fue imprimiendo por tomos entre 1981 y 1992.

En todo caso, lo que importa aquí es que, a mediados del siglo XVI el prodigioso Árbol de El Hierro era ya conocido por los lectores y los curiosos de toda Europa. A la difusión del problema del agua en las famosas obras de Plinio el Viejo y Lucio Marineo Sículo, que le replica en *Grandezas de España* (1530), hay que añadir la más conocida sobre las *maravillas del mundo* de Julio Solino, como he advertido en páginas anteriores. Pero en estas obras no se habla de *un árbol*, sino de árboles, en plural. Ahora bien, como es natural, el género *maravillas* ha continuado gozando del fervor del público indefinidamente. Y, así, en 1551 el gran humanista sevillano Pedro Mexía, cronista del emperador desde 1548, publicaba en Valladolid la versión completa de su *Silva de varia lección* (9ª edición), que, a pesar de ser un libro voluminoso, gozó de una difusión extraordinaria. En la edición de 1551 (la primera está fechada en Sevilla en 1540) y sucesivas se lee:

Aquí [en España] sabemos todos por cosa muy cierta, por infinitos testigos de vista, que en una yslla de las Canarias, llamada El Hierro, ay un lugar donde ay hartos vezinos, en el qual ni en algunas leguas alrededor dél no se sirven de otra agua sino de la de una *fuelle o pila* que es de la que *suda un solo árbol* que está *en medio* della. Y en el pie y en derredor no ay fuente ni manantial alguno, sino que el árbol está siempre húmido y llovioso, *como acá* quando ha hecho muy grande *niebla*, y las gotas de agua de sus hojas y ramas, que dél caen, se recogen en aquella pila en tanta cantidad, que entre noche y día se junta la que *basta para el servicio y uso* de aquel pueblo. Lo qual, si halláramos escrito, no lo quisiéramos creer. E, por esto nadie tenga por imposible ni falso lo contado [sobre ésta y otras fuentes prodigiosas]. Es tan poderoso el elemento del agua, que las fuerças y calidades dél nunca se acaban de conoser<sup>39</sup>.

Obsérvese que, en contraste con lo que aparece en Las Casas (1527-1556), esta versión se atiene al relato de Gonzalo Fernández de Oviedo (1535), o similares, ignorando la presencia del agua de lluvia en la Isla y las lagunetas, charcas, estanques, maretas, cisternas, etc. existentes para recogerla y conservarla. Al parecer porque no tenía noticia de él, más que para resaltar la importancia del Árbol. Porque, aunque se

<sup>39</sup> MEXÍA, Pedro (1551): *Silva de varia lección*, Silva II.31, 1989. Ed. de Antonio CASTRO, t. I, p. 734.

dedica en este libro a contar “maravillas”, no era Mexía hombre que copiara y aprobara todo lo que leía. Nótese que, aunque sitúa el árbol en el centro de la pila, lo que podría ser cierto, equipara ya el fenómeno esencial al de la “gran niebla” en la Península. Y, en cuanto a que el agua bastaba para el “uso de aquel pueblo”, no se aclara si se refiere sólo a Valverde o a toda la Isla, ni si sólo a personas o a personas y animales, como según acabamos de ver, afirmaba el naturalista Fernández de Oviedo (1535).

La *Silva de varia lección* de Mexía es un libro bastante voluminoso. Trata de lo que se decía o sabía en su tiempo de centenares de cosas interesantes de todos los tiempos y lugares del mundo, con especial predilección por lo que parecía sorprendente, raro o maravilloso. Obsérvese que insinúa una explicación natural razonable (la niebla), que resalta el papel del Árbol, pero que, dadas las imprecisiones advertidas, deja en el aire la importancia que verdaderamente le atribuye. Por otra parte, el Árbol “maravilloso” sigue sin nombre propio. Y no dice que sea obra de Dios, milagroso, santo o providencial.

Según Pedro Castro, su editor en 1989, esta *Silva* (selva) “alcanzó en algo más de un siglo la poco corriente cifra de 32 ediciones en castellano y 75 en lenguas extranjeras, como mínimo (30 italianas, 31 francesas, 5 inglesas, 5 holandesas y 4 alemanas<sup>40</sup>). Entre 1551 (Valladolid, 9ª edición) y 1587 se publicaron en castellano otras nueve ediciones, y en 1603 el libro iba ya por la vigésima cuarta edición, contando sólo las castellanas. Ni en las tertulias literarias que según se dice se hacían en Sevilla en torno a Argote de Molina o en Las Palmas en torno al canónigo Cariasco de Figueroa, ni por tanto, el Dr. Troya, Torriani o Viana (1604) podían ignorarlo. Y, en cuanto a Abreu Galindo (1592-1632), sea quien fuere este “autor”, lo menciona expresamente, según veremos a continuación.

### **Entre la explicación naturalista del mito y su justificación ideológica**

En los años noventa del siglo XVI aparecen, en los manuscritos, dos versiones bastante completas del problema del agua en El Hierro. Ahora bien, no deja de ser curioso que si, por una parte, dan una explicación racional del mismo, e incluso sugieren la comprobación *in situ* de los hechos narrados, por otra parte, esos mismos textos sirven, como se verá más adelante, para perfeccionar y consolidar el mito.

Los investigadores de las últimas décadas del siglo XX mantienen que la versión de Torriani procede de 1590, mientras que la de Abreu Galindo, fechada en su

---

<sup>40</sup> *Íb.*, “Introducción”, III.1, pp. 52-53.

manuscrito en 1632, estaría ya elaborada en 1592. Las pondremos, pues, en dicho orden. Para que el lector pueda seguir por sí mismo la discusión, y por si sirviese de algo para atajar las “boberías” que siguen apareciendo indiscriminadamente sobre el caso que nos ocupa en *Internet*, las reproduciré resumidas, aunque por extenso.

Leonardo Torriani, un notable ingeniero militar italiano (Cremona o Milán) al servicio de los reyes de España, fue encargado por Felipe II de estudiar la defensa y fortificaciones de las Islas Canarias ante posibles ataques piratas o de gobiernos extranjeros<sup>41</sup>. En su *Descripción e historia del reino de las Islas Canarias* [...], en italiano, y en lo que ahora nos concierne, dejó escrito un relato (1590-1592), que desafortunadamente no fue conocido por el gran público hasta que, en 1940, lo publicó en su original italiano el investigador austriaco Josef Wölfel, conocido estudioso de la antropología social de las Islas Canarias.

Este gran ingeniero y humanista, versado en mitología clásica, parte de las confusas noticias de Plinio, es decir, de la sorpresa y admiración que producía la isla de *Ombrios* u Ombrio (que él, al igual que Las Casas, identifica con El Hierro) por obtenerse en ella el agua de los *árboles*, según se decía. Pero se aprecia en seguida la influencia de otros autores, sea la traducción de Marineo Sículo (1530) al castellano, la de los textos que usase el Padre Las Casas, o la de los atribuidos al Dr. Troya, a Gonzalo Argote de Molina o las de otros autores coetáneos o anteriores.

Lo primero que hace Torriani es desmentir que los árboles sean la única fuente de aprovisionamiento de agua de estos isleños:

En los últimos doscientos años [escribe el ingeniero] se han descubierto tres fuentes, Acof [que en bimbache significa río], Apio y El Pozo. Además, la industria a enseñado a los hombres como recoger las *aguas llovedizas* [Pluvialia: Ombrios] en unas cisternas de madera, que las gentes de estas islas llaman tanques: están hechos a modo de cajas grandes, cuadradas, y en ellas se conservan las aguas que una o dos veces caen con las lluvias<sup>42</sup>.

---

<sup>41</sup> Según el conocido investigador de la historia canaria Alejandro CIORANESCU, en la “Introducción y notas” a L. TORRIANI (1520-1592): *Descripción de las Islas Canarias*, Tenerife, 1999, Torriani estuvo ejerciendo de ingeniero militar en la isla de La Palma en 1584; y entre 1587 y 1594 (seis años) residió de nuevo en Santa Cruz de La Palma. Después, entre 1598 y 1628, ejerció como “Ingeniero Mayor de Portugal”, donde dejó varias obras públicas de importancia reconocida. Y nos ha dejado más detalles relevantes sobre la isla de El Hierro que cualquier otro escritor de su época: “Mapa de la isla de Hierro”, vista en perspectiva desde el mar, del conjunto de la Isla; dos dibujos con las “Hojas y frutos del Árbol del Hierro”, lo que ha permitido después identificar su especie; dos dibujos, al menos, con la imagen y vestimenta, supuesta, del hombre y la mujer bimbaches, herreños aborígenes, etc. No tenemos, lamentablemente, la imagen gráfica del “Árbol Santo” en esos tiempos que, a juzgar por su descripción, habría dejado en evidencia a las que empezaron a divulgarse por entonces y siguen publicándose ostentadamente (portadas de libros, etc.) en nuestros días.

<sup>42</sup> TORRIANI, L. (1590-1592): *Descripción de las Islas Canarias* [...], Tenerife, 1999, cap. LXIV, pp. 272-273.

Y, tras emplear un breve capítulo en los modos de vida, trajes, costumbres, creencias, etc. de los aborígenes, dedica otro entero a lo que él llama “El Árbol *Santo* de la isla del Hierro”. Comienza también aquí desmintiendo a Plinio en lo que se refiere a la clase de árboles que producen el agua y a que sean blancos y negros:

Ambas cosas son falsas [escribe], porque este árbol Garoe [no Garoé] y otros de su misma naturaleza y de su propio efecto ni se parecen con las férulas [cabañejas en Marineo, en 1530; *cañaleja* en Hernández, traductor de Plinio, 1624], ni son negros ni blancos, ni se saca de ellos agua buena o amarga.

Y a continuación explica el fenómeno en términos exhaustivos, completamente naturales, identificando la especie y el árbol notable concreto, el lugar donde se encuentra, y el modo en que producen el agua todos los árboles, arbustos y hierbas de ese mismo entorno. (Pongo en cursiva, como de costumbre, las palabras o ideas que requieren aquí mayor atención):

La verdad es que este árbol [Garoe] *no es otra cosa que el incorruptible til*, con que se adorna el agradable Partenio del divino Sannazaro<sup>43</sup>. Este árbol busca los montes y es duro, nudoso y odorífero. Tiene hojas llenas de nervios y parecidas a las del lauro. *El fruto es medio pera y medio bellota*; las ramas, intrincadas; nunca pierde las hojas y *no alcanza grandes alturas*.

*En estas tres islas occidentales se hallan muchísimos tiles que dan buena agua*; pero sólo se tiene en cuenta del que los herreños llaman *Árbol Santo*, por ser *el mayor de todos*, y también porque da mayor cantidad de agua. Este árbol es tan *grueso*, que apenas lo pueden abrazar *cuatro hombres* [5 m = 1,58 m de d.]. Está lleno de ramas muy intrincadas y espesas. Su tronco está completamente cubierto con una pequeña yerba [musgo y líquenes] que crece en todos los árboles que tienen mucha humedad. Está situado encima de un barranco, en la banda del norte. Está tan *torcido en su parte baja* que los hombres que van a verlo suben y pasean por encima de ella; y *debajo tiene un gran foso* en el que se recoge el agua que gotea de este árbol.

*La maravilla del gotear agua no es otra cosa, sino que*, cuando reina el viento levante, allí en este valle se recogen muchas *nieblas* que después, con la fuerza del calor solar y del viento, suben poco a poco, hasta que llegan al árbol; y éste detiene *la niebla* con sus numerosas ramas y hojas, que se empapan como si fuese guata y, *no pudiéndola conservar en forma de vapores* [a causa del descenso de la temperatura, como consecuencia del aumento de la altitud], la convierte en gotas que recaen espesísimas en el foso.

*Todos los otros árboles de esta clase producen el mismo efecto* cuando pasa la niebla encima de ellos, *e igual lo hace la carrasca* [árbol negro verdoso]<sup>44</sup>. En esta isla, el agua que así se produce se reparte con buena cuenta entre los isleños, porque en toda la tierra, aunque haya las tres fuentes mencionadas no hay agua bastante para sustento de la gente.

Y a continuación expone las razones por las que él, en línea con el Padre Las Casas, y Argote de Molina (o Abreu Galindo), considera, aunque no sin incurrir en

---

<sup>43</sup> SANNAZARO, Giacomo (1504): *Arcadia*. Este autor, de origen napolitano, estuvo un tiempo al servicio del rey de Aragón.

<sup>44</sup> En relación con la noticia de PLINIO, convendría, pues, probar el agua de encina (alcornoque), brezo, etc., por si fuese amarga. Al parecer de Max Steffen se trataba de alcornoques.



cierta contradicción (ya que el fenómeno es natural y no es el único origen del agua) que este Árbol debe ser considerado como “santo y maravilloso”:

Ninguna cosa de este árbol parece tan digna de *maravilla*, como lo es *su incorruptibilidad*. En efecto, por la diferencia que su grosor tiene con los demás, así como su grandeza y sus efectos, se debe pensar que había nacido mucho antes de Plinio<sup>45</sup>. Y esta cosa no se debe atribuir sino a la perfecta proporción de los cuatro elementos que lo componen. *Merece sin duda considerarse como santo y maravilloso* entre cuantos han sido celebrados por Pigafetta<sup>46</sup>, por Münster<sup>47</sup> y por otros naturalistas, pues con esta planta rara y perenne *la divina providencia quiso asegurar la vida* de aquellos hombres que desde el principio vinieron a vivir aquí. Gracias a ella se conserva hasta el presente su descendencia; y por lo mismo colegimos de su inmutable naturaleza que deberá conservarse por toda la duración de los siglos futuros<sup>48</sup>.

*La Historia de la conquista de las siete islas de Canaria*, por el reverendo fray Juan de Abreu Galindo de la Orden de San Francisco, está fechada en su manuscrito originario en 1632. La crítica moderna mantiene, sin embargo, que no existió en esos años ningún fraile franciscano con ese nombre, y que se trata, en realidad, de una obra inacabada escrita por Gonzalo Argote de Molina, entre 1590 y 1595, completada o reelaborada por un falsario, tal vez un sirviente o conocido suyo, que decidió divulgarla con tales título y autor después de la muerte de Argote (1595)<sup>49</sup>.

Puesto que la obra no se imprimió por entonces, no se me alcanzan a mí que motivos pudo tener un supuesto Abreu para hacer tal cosa. ¿La preparó para la

---

<sup>45</sup> Lectura errada de PLINIO que, según se ha visto, alude a árboles, en plural, no a un árbol concreto. No he conseguido información sobre la máxima edad que ha logrado alcanzar un til en Canarias. Al parecer, los bosques de laurisilva no superan los seiscientos años. En cuanto a las deseables comparaciones, no he tropezado tampoco con fotos o medidas (altura, cuerda, envergadura) del til vivo más grande o singular de Canarias, o del Mundo.

<sup>46</sup> PIGAFETTA, Antonio (1536): *Il viaggio fatto da gli spagniuoli a torno a'l mondo*, Venezia, 1536, L.A. GIUNTA, donde se describen, entre otras plantas y árboles desconocidos entonces, “las hojas animadas”, en realidad un gusano mimetizado como hoja de morera, el canelo, el clavo de olor, la nuez moscada, la pimienta, etc. En cuanto a la isla de El Hierro, dice, sin nombrarla expresamente: “Detrás de la isla Canaria hay una donde no se encuentra agua, sino que una *niebla* viene del cielo de continuo, y rodea *un árbol grandísimo* que hay allí, de cuyas ramas y hojas se destila una gran cantidad de agua, la cual juntándose al pie del mismo, satisface abundantemente a todos los habitantes de la Isla y a todos los animales” (“Descrittione Seconda del Sopradetto viaggio”, cap. I.3. A 20 de sept. de 1519). Por lo demás, hay que lamentar que algunos editores que han hecho una valiosísima investigación en relación con la tradición manuscrita e impresa de este libro, no toparan con la existencia de esta primera edición italiana.

<sup>47</sup> MÜNSTER, Sebastianum (1550): *Cosmographiae universalis. Lib. VI: in quibus [...]*, Basilea. M. D. L.

<sup>48</sup> TORRIANI, L. (1590-1592): *Descripción de las Islas Canarias*, Tenerife, ed. 1999, p. 282. Obsérvese la coincidencia casi textual de este último párrafo con el de A. BARNÁLDEZ, que es unos 80 años anterior

<sup>49</sup> CEBRIÁN LATASA, José Antonio (2006): “Gonzalo Argote de Molina y su *Historia de Canarias* inacabada”, *Cartas diferentes. Revista canaria de patrimonio documental*, 4 (2008), pp. 17-104. “Se conocen varias copias manuscritas de esta obra, pero en ellas los copistas obvian, malinterpretan o añaden palabras o párrafos. En este artículo se trata de reconstruir el *desaparecido manuscrito original* de Argote mediante el análisis pormenorizado de las copias existentes” (p. 17). Y p. 20.

impresión con el fin de lucrarse y tuvo que abandonar tal intento? ¿Odio o venganza del verdadero autor? ¿Prestigiar a una familia de tal apellido o a la Orden de San Francisco, según ocurría a menudo entonces?

Sea como fuere, en lo que se refiere al Árbol del Hierro, a la falta de agua en la Isla, a la forma de obtenerla, conservarla y repartirla, debemos a este Abreu la información más completa y clarificadora de que se dispuso entre 1592 o 1632 y el citado Urtusástegui (1779). Vamos a recogerla, pues, por extenso, con algunos cortes, para poder analizarla y compararla con la de Torriani. (Pondré en cursiva, como de costumbre, las palabras e ideas que más nos interesan aquí):

[...]No produce esta tierra dragos. Es muy copiosa [esta isla] de herbaje para ganados, y en esto excede a las demás islas. Las flores son de muy suave fragancia de olor, y en grande abundancia, a cuya causa es extremada la miel que en esta isla se coge, y las abejas enjambran y multiplican mucho.

*Las aguas en esta isla son pocas, aunque algunos escritores, tratando desta isla, la hacen tan estéril de agua, que afirman no haber otra agua en toda la isla, si no es la que destila del árbol, que tienen con mucha guarda. Y, cierto, debieron de ser informados de alguna persona que estuvo de paso en ella, y se debió contentar con simple relación, sin añadir pregunta para satisfacer el apetito de [saber], como lo dice Francisco de Tamara, mi maestro de gramática en Cádiz, en el libro que compuso de las Costumbres de todas las gentes, y Gómara, en la Historia general de las Indias. Porque realmente hay otras aguas de fuentes, aunque la principal de que se sustentan los vecinos y sus ganados es la que destila todo el día y la noche de un árbol, que está en un término que llaman los naturales Tigulahe, y al árbol llaman garoe [no garoé], y al presente los vecinos Árbol Santo, que cierto parece cosa maravillosa y sobrenatural; y así lo escribió por tal Pedro Mexía, en su Varia Lección. Pero, sabido qué distilación es, cómo y por qué causa se hace, se entenderá como cosa natural; lo que no quisieron investigar los autores, para lo escribir: antes lo dejaron a sabiendas, por que se apeteciese más su lectura [...]. Pero, si se nota y advierte bien, es cosa de las más maravillosas que hay; y así la escribiré, como mejor pudiere, para contento del lector.*

Este lugar y término donde está este árbol se llama Tigulahe, el cual es una cañada que va por un valle arriba desde el mar, a dar a un frontón de un risco, donde está nacido *en el mismo risco* el Árbol Santo, que dicen llamarse en su lengua *garoe*; el cual por tantos años se ha conservado sano, entero y fresco; cuyas hojas distilan tanta y tan continua agua, *que da de beber a la isla toda*, habiendo preveido *Naturaleza* esta milagrosa fuente a la sequedad y necesidad de la misma tierra. Está del mar como legua y media, y no se sabe qué especie de árbol sea, más de que quieren decir que es til. Está solo, sin que de su especie haya otro árbol *allí*. [No en las islas, como se ha dicho después a menudo].

El tronco tiene de circuito y grosor 12 palmos [2,52 m], y de ancho cuatro palmos [0,84 m], y de alto tiene cuarenta [8,4 m] desde el pie hasta lo más alto<sup>50</sup>, y la copa en redondo ciento y

<sup>50</sup> CEBALLOS, Luis y F. ORTUÑO (1951): *Vegetación y flora foresta de las Canarias Occidentales*, Tenerife, 1976, p. 326, describen así esta especie: Se encuentra, al menos, en las cuatro islas estudiadas en esta obra (Tenerife, Palma, Gomera y El Hierro). “Muy exigente en cuanto a sombra y humedad, se localiza en las gargantas y valles de la región afectada por las nieblas. Árbol de 20 a 30 m de talla y copa amplia; *madera* de color pardo oscuro, casi negra, de gran duración y belleza, aunque en fresco tiene olor

veinte pies en torno [30 m; d.e. 9,56 m.]; las ramas, muy extendidas y coposas, una vara [0,84 m] alto de la tierra. Su *fruto es como bellotas*, con su capillo y fruto como piñón, *gustoso al comer y aromático*, aunque más blando. Jamás pierde este árbol la hoja, la cual es como la hoja del *laurel*, aunque más grande, ancha y encorvada, con verdor perpetuo, porque la hoja que se seca se cae luego, y queda siempre la verde. Está abrazada a este árbol *una zarza*, que coge y ciñe mucho de sus ramas. Cerca de este árbol, en sus contornos, hay algunas hayas, brezos y zarzas. Desde su tronco o planta, a la parte del Norte, están *dos tanques o pilas grandes*, cada uno de ellos [121 m<sup>3</sup>] *de veinte pies [6 m] de cuadrado* y de hondura de 16 palmos [3,36 m], hechos de piedra tosca, que los divide, para que, gastada el agua del uno, se pueda limpiar, sin que le estorbe el agua del otro.

La manera que tiene en el destilar el agua este Árbol Santo o *garoe*, es que todos los días por las mañanas se levanta una *nube o niebla* del mar, cerca a este valle, la que va subiendo con el viento Sur o Levante de la marina por la cañada arriba, hasta dar en el frontón; y, como halla allí este árbol espeso, de muchas hojas, asíéntase en él la nube o niebla y recógela en sí, y vase deshaciendo y destilando por las hojas todo el día, *como suele hacer cualquier árbol que, después de pasado el aguacero*, queda destilando el agua que recogió; y *lo mesmo hacen los brezos* que están en aquel contorno, cerca de este árbol; sino que, como tienen la hoja más disminuida, no recogen tanta agua como el til, que es muy más ancha; y *esa que recogen, también la aprovechan*, aunque es poca, que sólo se hace caudal del agua que destila el *garoe*; la cual es bastante a dar agua para los vecinos y ganados, *juntamente con la que queda del invierno recogida por los charcos* [cisternas] de los *barrancos*. Y, cuando el año es de muchos levantes, hay aquel año mayor copia de agua, porque con este viento Levante son mayores las nieblas y las destilaciones más abundantes. *Cógense cada día más de veinte botas de agua* [90 metros cúbicos].

Está junto a este árbol una guarda que tiene puesto el concejo, con casa y salario, el que da a cada vecino siete botijas de agua, sin la que se da a los señores de la isla y gente principal, que es otra mucha cantidad. *Serán los vecinos desta isla del Hierro como 230, y en ellos más de mil personas; y a todos sustenta y da de beber este árbol*. Y, porque junto al pueblo, que antiguamente llamaban Amoco y al presente Valverde, no había otra agua de que se proveer, la llamaron los antiguos que escribieron Ombrion y los demás nombres, dando a entender que de sola agua llovediza se sustentaban, sin que tuviesen otra agua. Pero en efecto *tiene otras aguas de fuentes, aunque, como es la fuente de Acof, que en su lenguaje quiere decir 'río'*, no por la copia de agua, que harto poca tiene; y otra fuente, que llaman del Hapio [o Gapio], más a la banda del Norte, y otra fuente, que llaman, se descubrió año de 1565, en medio casi de la isla, que dicen de Antón Hernández, del grueso de un dedo el caño de agua.

Los ganados que se hallaron al tiempo de su conquista fueron cabras, ovejas y puercos. Después, Diego de Herrera trujo yeguas, vacas, perdices y conejos, que son aventajados a los demás de las otras islas, por los buenos herbajes que en ella hay [...].

No acostumbra el ganado cabrino, ovejuno y porcuno a beber en los veranos, por la falta de las aguas; y está tan amaestrado con la necesidad que, después que las yerbas se agostan,

---

repugnante, que ha originado su nombre específico [*Ocotea foetens: fétido*]. Todos los que vimos se hallaban entre los 400 y los 1000 m. Con esta especie se ha identificado el famoso Garoé, árbol de la lluvia o árbol sagrado del Hierro, que existió en el sitio llamado El Mocanal, donde aún pueden verse las *cuevas* aljibes [véanse las citadas fotos de Darias Padrón, 1929, ed. 1980, p. 30] donde almacenaban el agua”.

para soportar y llevar el trabajo de la sed, con las manos las ovejas y cabras, y los puercos con los hocicos, cavan la tierra donde hay helechos y gamones, y se hartan de sus raíces y, con la humedad que tienen, mitigan la sequía; y así, con esto y con salir del verano [primaveral] muy gruesas, se sustentan el estío<sup>51</sup>.

Se trata, según puede verse, de un relato muy detallado, que, partiendo de las confusas noticias de los antiguos, explica el fenómeno de El Hierro, aparentemente misterioso, como un suceso cotidiano y general, completamente natural, a la vez que, como si se propusiese blindar los flancos débiles que dejaban las versiones anteriores, responde con detalle a las preguntas de cómo era el Árbol, dónde estaba o cómo conseguían los herreños en esos años, y por extensión los bimbaches (o bimpaches) aborígenes, el agua necesaria para personas y animales. Mas, por si no fuese bastante con esto para aclarar el mito, nos advierte, en *términos muy modernos*, de que “*los autores no quisieron investigar para lo escribir, antes lo dejaron a sabiendas, porque se apeteciese más su lectura*” [en clave mítica].

Eso es precisamente lo que hizo, entre otros muchos después que él, hasta llegar a nuestros días, el médico poeta Antonio [Hernández] de Viana (1604), que, en sus *Antigüedades de las Islas Afortunadas [...]. Conquista de Tenerife [...]*, obra hecha por encargo para encumbrar a la familia Guerra<sup>52</sup>, muestra conocer la explicación natural sobre la obtención, conservación y reparto de agua en la isla de Hierro, pero, en línea con el tono mítico-histórico y el propósito general de su poema, prefiere envolverla en el misterio. Niega Viana, primero, dicha explicación natural, y sugiere a continuación que toda el agua necesaria sale de un “árbol maravilloso” que la absorbe de la gran fuente sobre la que ha nacido o está plantado:

Decían los *antiguos naturales*  
 que alguna nube en sus espesas ramas  
 destilaba las gotas que resuda;  
 más *engañóse* la opinión *gentilicia*,  
 que si en *filosofía* ha de fundarse,  
 se ve que *la virtud* que tiene *oculta*  
 atrae por su virtud del centro estético  
 al húmedo elemento, *como suele*

<sup>51</sup> ABREU GALINDO, F. J. de (c. 1592-1652): *Historia de la conquista de las siete islas de Canarias*. Ed. *crít., con Intro., Notas e Índice* por Alejandro CIORANESCU, Tenerife, 1977, cap. XVII, pp. 82-86.

<sup>52</sup> CIORANESCU, Alejandro (1970): “El poema de Antonio de Viana”, *Anuario de Estudios Atlánticos*, 16 (1970), p. 69, 74-75, 88-89 y otras.

mover la piedra imán al tosco hierro<sup>53</sup>.

Comparemos ahora los datos que nos ofrecen ambos textos, el de Abreu, que pongo ahora primero, por ser más completo, y el de Torriani.

---

<sup>53</sup> VIANA, Antonio de (1604): *Antigüedades de las Islas Afortunadas*. “Canto primero”, vv. 246-319. La Laguna, 1996, facsímil.

Conceptos	Abreu	Torriani
<u>Características del Árbol</u>		
Grosor del tronco:		
Perímetro o cuerda	p.e.: 2,52 m	p.e.: 5 m
Diámetro equivalente	d.e.: 0,84 m	d.e.: 1,58 m
Envergadura equivalente	e.e.: 9,56 m	-
Aspecto del tronco.	Ramificación a 0,84 m, tronco y ramas abrazados por zarzas.	Suben por ramas (¿con zarzas?). Torcido en su parte baja. Cubierto de yerbas [musgo, líquenes].
Altura	H: 8,4 m	No alcanza grandes alturas.
Especie	Til (vulgo tilo).	Til (vulgo tilo).
Edad estimada	Laurel sano, entero y fresco; 1.600 años (a. Plinio)	Lauro incorruptible (a. Plinio)
Fruto	Bellotas amargas como hiel (Bernáldez). Bellotas gustosas al comer, aromáticas.	Medio pera medio bellota
Producción diaria de agua	90 m <sup>3</sup> /día	-
Modo de producción	Condensación de nube o niebla	Condensación de niebla
Depósitos anejos	Dos tanques o pilas grandes	Un gran foso
Situación de los mismos.	Al norte, a partir del tronco	Debajo [?] tiene un gran foso
Profundidad de los estanques	3,36 m	-
Capacidad de los depósitos	121+121 m <sup>3</sup>	-
Posición del Árbol en el estanque	En un extremo o fuera, dadas las dimensiones. ¿En el mismo risco?	¿Debajo del árbol o aguas abajo? No dice que esté en el centro.
Ubicación orográfica	Frontón de un risco, en lo alto,	En lo alto de un barranco, en la banda Norte.
Nombre del lugar	Tigulahe o Tigulache	-
Valoración social del Árbol	Árbol Santo	Árbol Santo
Valoración del autor	<i>Parece</i> maravilla y cosa sobrenatural, pero provee la Naturaleza	<i>Merece</i> considerarse santo y maravilloso. Naturaleza, más divina providencia.
Nombre indígena del Árbol (o la especie)	Garoe	Garoe
Población (toda la Isla) en 1592-1632.	200 vecinos, 1000 personas.	-

Comparando sistemáticamente la parte que nos interesa de ambas versiones, como se acaba de hacer, puede verse enseguida que el informe de Abreu, fuese quien fuese este autor, es mucho más completo y detallado (tal vez innecesariamente para lo que se pretendía) que el de Torriani. Las coincidencias son abundantes, sobre todo en lo que podríamos llamar los aspectos sociales del asunto. No tiene nada de extraño, ya que se están refiriendo a un mismo fenómeno. Pero las diferencias, en particular en lo que vendría a ser la parte física o métrica del problema son también llamativas.

¿Cómo explicar qué, en los mismos años (1590-1595), dos autores que parecen, cada uno por su lado, tan lúcidos, racionales y solventes, en principio testigos de vista de toda confianza que incluso miden o calibra de vista el Árbol, lo encuentren el uno de tronco casi doble de grueso que el otro? ¿Diámetro: 0,84 ó 1,58 m?

¿Cómo explicar que si había *dos* grandes pilas o estanques *bajo la fronda* del Árbol, de 3,36 m de profundidad, las confundiera Torriani con “un gran foso” único?

¿Cómo explicar que los visitantes tuvieran la costumbre de subirse al Árbol por el tronco y las primeras grandes ramas si estaban cubiertas de musgo y de zarzas?

¿Cómo explicar el desacuerdo, y en su defecto la indefinición respecto de si el Árbol estaba o no *en el centro* de un estanque (¿de 3,33 m de hondo?) como divulgaron poco después, y siguen divulgando hoy a placer, las supuestas representaciones gráficas del mismo, que le ponen en el centro de una poza, en forma de gran palangana, de unos veinte cm de profundidad?

La crítica moderna, que no ha dudado de la autenticidad de hechos y medidas tan contradictorias bajo el Árbol (véanse de nuevo las fotos mencionadas en la aplicación *Google-Earth*), se ha planteado el problema de quién partía de quién. ¿Acortó y embelleció Torriani el relato que vemos en Abreu? ¿Amplió y detalló Abreu para disimular una copia o procedencia de Torriani? Como ya sabemos, un relato aproximado era ya conocido desde los años del Padre Las Casas (1520, 1527, 1556, 1561), que confiesa paladinamente no haber estado nunca en El Hierro. Actualmente se piensa que ambos, Torriani y Argote (por Abreu) se basaron en una fuente común: el Doctor Troya<sup>54</sup>, autor, según Torriani (cap. LXV), “de una obra histórica en la que había un capítulo sobre la historia primitiva de El Hierro”.

En las páginas precedentes, he aludido ya a la deuda de Torriani con Bernáldez. En cuanto a Abreu, este autor se queja de que otros escribieron sobre el caso “informados de alguna persona que estuvo de paso en la isla”, pero su texto, sobre declarar la lectura de Mexía (1551), de Tamara (1550) y de López de Gómara (1552), incurre en repeticiones y contradicciones impropias de un informe completamente

---

<sup>54</sup> RUMEU DE ARMAS, Antonio (1947): *Canarias y el Atlántico. Piraterías*, II, p. 346: “Más natural parece que ambos se inspirasen en un fuente común”.

original. Obsérvese, así, el párrafo en el que menciona por segunda vez el nombre del Árbol, en el que además escribe, contra lo que aclara después, “que da de beber a toda la isla”. Y, por otra parte, como ya advirtió Alejandro Cioranescu<sup>55</sup>, ni Torriani ni Abreu han escrito que ellos visitaran personalmente el lugar.

Torriani, dice además, que “El doctor Troya *escribió* que entre estos bárbaros, cien años antes de que los sometiese [B]etancurt [...]”. Y, antes (cap. L.XIII), que “sacó la tradición relativa al adivino Yone [véase más adelante] [...] de una obra, hoy desconocida, del doctor Troya, canario”<sup>56</sup>. Según el citado Alejandro Cioranescu (1999), “parece fuera de duda que esta obra común es la historia perdida del doctor Antonio de Troya [...] (1530-1577), canario, Abogado de la Real Audiencia de Las Palmas [...]. Tal vez dicha obra aparezca un día, pues hay razones para suponer que hubo de ella más de una copia. De todos modos, parece posible afirmar que los datos de Torriani, así como los de Abreu Galindo [en su caso de Argote de Molina] que coinciden con él vienen de la obra histórica del doctor Troya, escrita allá por 1560; como también es posible que las demás obras de carácter histórico insular, y en particular las crónicas de Gran Canaria, procedan directamente de Troya”<sup>57</sup>.

A primera vista, el relato sobre el Árbol Santo de El Hierro que circula a nombre de Abreu, tiene que haber sido hecho por un testigo ocular muy interesado en el mismo, y así lo pensó inicialmente el propio Cioranescu (1954 y 1977), que escribe: “Es evidente que la descripción del Árbol Santo [de Abreu] es de alguien que lo ha visto y examinado de cerca”<sup>58</sup>. Pero, ¿quién fue ese investigador, observador o testigo, Troya, Torriani, Argote o Abreu?

En principio, parece que no cabe dudar de que Torriani visitó el Árbol, puesto que nos ofrece una perspectiva de la isla desde el mar, en una de cuyos vallecillos o cañadas estaba el Árbol, y el dibujo de una ramita con hojas y frutos del mismo, lo que ha permitido, mucho después de que desapareciese (1610), identificar la especie a que pertenecía (*Oreodaphne foetens*). Pero pudo encargar el informe, leerlo en Troya, en Argote o en alguna de las “Relación” que sin duda circulaban. Y mandar hacer esas imágenes, como suele ocurrir a menudo entre los arquitectos, a sus distinguidos dibujantes. Además, los dibujos que nos presenta, también por partida doble, de los “Indígenas de El Hierro”, sobre no ser creíbles en cuanto a las diferencias en la vestimenta del varón (cubierto únicamente con una rústica y calurosa piel de cordero

<sup>55</sup> TORRIANI, L. (1590): *Descripción de las Islas Canarias. Intro. y notas de Alejandro CIORANESCU*, Tenerife, 1999, p. 26.

<sup>56</sup> ABREU GALINDO, Fr. J. (1592-1632): *Historia de la conquista de las siete islas Canarias. Introd. [...]* de Alejandro CIORANESCU, Tenerife, 1977, p. 93. Citando a Torriani.

<sup>57</sup> TORRIANI, L. (1590): *Descripción de las Islas Canarias. Intro. y notas de A. CIORANESCU*, Tenerife, 1999, p. 31.

<sup>58</sup> ABREU GALINDO, Fr. J. (1592-1632): *Historia [...] Canarias. Introd. [...]* de A. CIORANESCU, Tenerife, 1977, p. VII.



que prolonga hasta cubrirle públicamente los genitales) y la de la mujer (bella joven descalza, pero con bonita blusa semitransparente hasta el ombligo y falda a juego hasta debajo de las rodillas), están lejos de concordar con lo que nos cuenta Abreu (¿Troya – Argote?): “Las mujeres traían a manera de saya de los mismos pellejos [de oveja que los varones], hasta media pierna, plegadas a las cinturas, y encima otro como capotillo; y estas vestiduras traían sin otra cosa debajo” (cap. XVIII, 1977, p. 88) o lo que había escrito el portugués João do Barros (1562-1563), en su *Asia*, sobre el vestido y costumbres de los isleños de Gran Canaria, autor que no menciona, al menos por su nombre, la isla de El Hierro: “su vestido era únicamente la piel o cuero de sus carnes; y en los lugares deshonestos llevaban una a manera de bragas de hojas de palma teñidas de colores”<sup>59</sup>.

Y más lejos aún, desde luego, con lo que escribe para Tenerife por esos mismos años (1594), sin duda con intención moralizante, Fray Alonso de Espinosa, autor que confiesa haber leído al ingeniero Torriani: “*El vestido era común a hombres y mujeres; salvo que las mujeres por honestidad traían debajo del tamarco unas como sayas de cuero gamuzado que las cubría los pies, de que tenían mucho cuidado, porque es cosa deshonesto de las mujeres descubrir pechos y pies*”<sup>60</sup>.

Pero, sobre todo, de la comparación sistemática de las versiones que acabamos de ver se desprende, a mi juicio, que si el detallado informe de Abreu se correspondía con la realidad, el de Torriani indicaría que este autor no llegó a ver personalmente ni el Árbol ni su entorno. Por otra parte, he leído también que Argote, Torriani, Abreu [¿?], Viana y otros intelectuales notables de esos años concurrían a la tertulia *Apolo Delfico* que mantuvo, en su casa de Las Palmas, “durante más de veinte años” el notable canónigo y conocido escritor canario Bartolomé Cairasco de Figueroa (1538-1610). En suma que, contra lo que escriben al respecto al menos media docena de autores<sup>61</sup>, ni siquiera tenemos evidencia de que alguno de estos dos historiadores haya contemplado el Árbol *in situ*. Y, en fin, que, como diría K. Marx a propósito de las relaciones económicas, “si las cosas fuesen siempre como *parecen* a primera vista no sería necesario investigarlas”.

A los libros de viajes falsos, y a las geografías fantásticas de la Edad Media (dejando ahora al margen los verdaderos, que también los hubo), con los relatos sobre las *maravillas* que se podían ver en reinos extraños y lejanos, siguieron versiones más fiables, en particular la del viaje del veneciano Marco Polo a Extremo Oriente (1271-

<sup>59</sup> BARROS, João do (1562-1563): *Asia. Dos feitos que os portugueses fizeram no descobrimento e conquista dos mares e terras do Oriente. Primeira década*, libr. I, cap. XII, ed. 1945, p. 53.

<sup>60</sup> ESPINOSA, Fray Alonso de (1594): *Origen [...] Candelaria*, Sevilla, 1594, p. 10.

<sup>61</sup> Sirva como botón de muestra el brillante escritor HERNÁNDEZ GUTIÉRREZ, A. Sebastián (1998): *Garoé. Iconografía del Árbol del Agua*. Tenerife, 1998 p. 23, que entre otros varios errores de hecho, incluye: “Leonardo Torriani [...] el gran testigo [...] ofrece en su informe una serie de datos que *demuestran* que sí estuvo personalmente frente al árbol...”.

1295) que, no obstante, apareció también con el título de *Libro de las maravillas* o *Libro de las maravillas del mundo*, y a éstas las exploraciones históricas de los conquistadores portugueses y españoles, cuyos relatos hablaban también de los hombres, animales y plantas nuevas, extrañas, *maravillosas*, con que se encontraban. Desde los siglos XVI al XVIII, la noticia del árbol que manaba agua bastante, *misteriosamente*, para abastecer a toda una isla, en Canarias, fue tema de conversación en las cortes reales y entre los escritores de toda Europa. Docenas, tal vez más de una cincuentena de autores, se ocuparon del caso. Pero casi siempre hablaban de oídas, es decir, sin otra información fidedigna que la de las conversaciones o la de los autores que les precedían.

Aunque circularon versiones manuscritas, siempre contadas y más o menos inacabadas o incompletas, el mencionado libro de Torriani no apareció impreso hasta 1978, y el de Argote o Abreu hasta 1764, en inglés, y 1848 en español.

De todos los modos los cronistas, historiadores, naturalistas, científicos, viajeros y curiosos que lo citan [escribe M. Trapero, 1995], solo unos pocos –poquísimos– pusieron sus pies en la isla de El Hierro, y menos aún fueron los que llegaron a ver con sus propios ojos aquel árbol milagroso. De donde se deduce que lo que se escribe, se debe más al comentario y a las referencias que se habían oído que a lo que los ojos habían visto, y así, poco a poco, invención tras referencia, y fantasía tras naturaleza, se ha forjado el mito del Garoé, siendo éste generalmente el único tema que se cita de la geografía y de la historia de El Hierro<sup>62</sup>.

Por otra parte, parece pertinente advertir aquí que, si bien tanto la versión de Torriani como la de Abreu, con independencia de que sean o no originales (en cuanto a fiables testigos de vista y no interpoladas), permitían formarnos una idea bastante realista de en qué consistía la *maravilla* de El Hierro, por otro lado, al recoger en sus respectivas versiones el nombre indígena del Árbol (o de su especie), así como la tradición cronística religiosa católica, que lo calificaba implícitamente de Santo, ambos autores consolidan el mito, es decir, los aspectos fabulosos del mismo, dejándolo así preparado para las versiones exageradas o fantasiosas de los artistas gráficos y de ciertos poetas y escritores en prosa, que vendrían después.

## Iconografía del Garoé

Si “una imagen vale más que mil palabras”, entonces una imagen falsa multiplica por más de mil el efecto del error o el engaño que conlleva. Es lo que sucede con la iconografía del célebre “Árbol del Hierro”.

---

<sup>62</sup> TRAPERO, Maximiano (1995): “La mítica isla del mítico Garoé”, *Espejo de paciencia* (Las Palmas), nº 0 (1995), p. 89.

La primera representación del mismo que conocemos aparece al final del libro, en el extraño añadido sobre Canarias, de la edición de 1572 de *La Historia del Mundo Nuevo* de Girolamo Benzoni. Se trata de una xilografía ilustrativa, descriptiva, del mismo estilo que las 17 que figuran en la primera edición (1565). Como ya sabemos y contra lo que escriben ciertos autores mal informados o muy descuidados, Benzoni no estuvo jamás en la isla de El Hierro y la citada edición es, al parecer, póstuma: obra de sus editores. La figura de este Árbol es aquí de mano o al menos de momento distinto que las aludidas 17 anteriores, ya que, entre otros detalles, va recuadrada con doble trazo (grueso exterior y fino interior), mientras que las demás llevan sólo el trazo grueso.

La imagen se basa en lo que se dice en el propio texto: “Este árbol es de *regular tamaño*, con hojas parecidas a las del nogal [...], está *rodeado de un muro*, como si fuese una fuente, dentro de la cual cae y se recoge el agua”. Podría estar inspirada en representaciones de árboles similares que aparecen en la *Cosmographiae universalis Lib. VI* de Sebastianum Münster (1552) o en obras sobre plantas<sup>63</sup>. En todo caso, si las descripciones de Abreu o Torriani se corresponden con la realidad, esta representación tiene que ser necesariamente falsa, imaginaria. El árbol, a juzgar por el tamaño de las personas bajo el mismo, tendría unos 3,5 m de alto por 2 de envergadura, y el entorno es completamente distinto al que pergeñan dichos escritores.

Se supone que el impresor y grabador Theodor de Bry (1597, otros 1594) se basa en este mismo texto para elaborar su divulgada imagen. Pero, en realidad, introduce a conveniencia un pequeño cambio: el “árbol de regular tamaño” del texto de 1572 se transforma aquí en “es dicho árbol, como muchos escriben, de bastante altura”, lo que le permite desplegar una escenografía espectacular, en línea, con la que usa en el resto de su obra sobre *América*<sup>64</sup>.

Este Árbol, de más de 4 m de fuste, no se parece en nada al nogal, ni al til descrito por Torriani o Abreu. Los supuestos bimbaches aparecen como *indios* atléticos, y la imagen, en su conjunto, como una representación monumental académica de estilo clásico. El “foso” o “alberca” sería aquí una suerte de gran palangana de unos 15 a 20 cm de profundidad, y no está en un recoveco de la montaña, sino en espacio abierto, una suerte de prado o llanada. Los bellos jóvenes y atléticos bimbaches (hombres y mujeres)

---

<sup>63</sup> Vid. en BARRIOS GARCÍA, José (2008): “La imagen del Garoé en la literatura y la cartografía. Apuntes para un catálogo cronológico (1572-1924)”, *XVIII Coloquio de Historia canario-americana*, Las Palmas, 2010, p. 1694, una imagen de “Árbol del Agua”, que representa efectivamente un til, tomada de DURET, Claude (1605): *Historie Admirable des Plantes et Herbes*, Paris, cap. XV.

<sup>64</sup> BRY, Théodor de (1590): *América de Bry (1590-1634)*, Madrid, 1992. Ed. Siruela.

aparecen desnudos cuando están de perfil, pero con una minibraga, tipo cabaret o moda femenina joven de estos últimos años, cuando aparecen de perfil<sup>65</sup>.

A finales del siglo XVII el ingeniero y escritor Allain Mansson Mallet (1603-1706), que comenzó su carrera militar en Portugal, utiliza la misma composición, pero cambiando ligeramente algunos detalles: el fuste del Árbol se hace más alto, los indios-bimbaches que antes aparecían de frente o mirando a la derecha están ahora mirando a la izquierda, el escaso taparrabos de algunos se transforma ahora en un discreto calzón de baño (años cincuenta del siglo XX) para todos; etc.

En 1748 el inglés J. Hilton mezcla ambas composiciones, la de Bry y la de Mallet: los “modelos” conservan las poses de Mallet, pero vuelven a estar desnudos cuando están de perfil y con un ligerísimo taparrabos cuando aparecen de frente. Modificaciones parecidas, mínimas, se ven en el tronco, ramas y hojas del Árbol. Lo que antes estaba en formato vertical, pasa ahora a ser más bien apaisado y enmarcado en un elipsoide redondeado.

Del mismo origen es el grabado de Edward Chorton (1857), por más que Sebastián Hernández afirme otra cosa. Tiene en común con el de Hilton el formato, la gran poza-palangana y las poses y vasijas para el agua de algunos “modelos”, aunque el Árbol, ciertamente, es menos artificioso.

En suma, “el timo de la estampita”. De modo que no entiendo la propensión de ciertos escritores y editores canarios a reproducir tales imágenes<sup>66</sup>, en especial la de Bry (1597), sin advertir previamente al lector de que se trata de ficciones, más o menos artísticas, es decir, de representaciones *falsas: imaginarias*.

## **Sobre los nombres del Árbol de El Hierro y su significado**

Como ya he sugerido, otra de las vías de *santificación* del Árbol singular bimbache de El Hierro ha sido la del nombre que se le atribuye. Pero veamos que es lo que aparece en los textos que venimos manejando<sup>67</sup>.

---

<sup>65</sup> Todas estas figuras pueden verse ahora en un único texto: HERNÁNDEZ GUTIÉRREZ, A. Sebastián (1998): *Garoé. Iconografía del Árbol del Agua*, Tenerife, 1998, pp. 33 a 39, donde figuran las referencias originarias. No siempre correctas ni coincidentes con las que yo doy aquí.

<sup>66</sup> Miguel SANTIAGO (1960 p. 2449), GARCÍA DEL CASTILLO (ed. 2003, portada), DARIAS PADRÓN (ed. 1982, portada), BARRIOS (2008, p. 1698), que no tiene aún claro el fraude iconográfico, etc. Berta PICO y D. CORBELLA (1997, p. 212).

<sup>67</sup> Datos sacados, en su mayor parte, de las citadas colecciones de textos de Miguel SANTIAGO (1960) y de Carlos S. MARTÍN FERNÁNDEZ (2006): *Visiones del agua*, donde podrán verse completas las referencias

*Le Canarien* (1402) no menciona árbol singular alguno, ni en consecuencia nombre. Según Miguel Santiago (1960), a finales del siglo XV (si es que de tales fechas, o de comienzos del XVI, es la narración básica de las *Crónicas de la conquista de Gran Canaria*, otros la suponen de mediados del XVII), en el llamado manuscrito *matritense* (porque se conserva en Madrid) aparece, junto al disparate de que “todos los vecinos de toda la Ysla y sus ganados beben [exclusivamente] de él”, la primera alusión al nombre indígena del Árbol: “que los ysleños llamaban *Gan*”. El narrador de viajes portugueses Valentín Fernandes (1506-1507) dice sólo que “tienen un árbol”. Bernáldez (c. 1510) repite lo mismo: “un árbol”. Pigaffeta (1519, ed. 1536) habla de oídas de “un árbol grandísimo”, en alusión, se entiende, al de El Hierro.

El poeta peregrino Vasco Díaz Tanco (1520) lo llama “arbolingto” y “un árbol”. El comerciante y viajero británico Thomas Nicols (1526) dice ya que “*en medio* de la Isla crece *cierto* árbol”. Para el naturalista Fernández de Oviedo es, simplemente, respecto al nombre, “un árbol” o “el árbol que allí hay”. El cosmógrafo Alonso de Santa Cruz (1545), lo distingue ya con el nombre de “Árbol del Agua”. Francisco de Tamara (c. 1550) alude de nuevo a “un árbol”. Y lo mismo hacen el filósofo Pedro Mexía (ed. 1550), que, como ya he dicho, no lo llama “sobrenatural”, el cronista López de Gómara (1552) o el Padre Las Casas (1527-1556), por más que éste lo considere “admirable secreto” y “un milagro patente”.

Para el P. Ignacio Martín (1564) se trata de “un árbol grande no conocido”. Girolamo Benzoni, o sus editores (1572), recoge ya la versión legendaria de que hablaremos en seguida, pero el Árbol sigue sin nombre. Ni común (“parecido al nogal”) ni propio. El autor conocido como “el tío de Cristóbal de Valcárcel (1585), lo cree “un árbol grande [...] hechura de un ciprés [...], como laurel”.

El primer relato que recuerdo haber visto en el que el Árbol figura ya con nombre, sin que sepamos si ese nombre es común (especie) o propio (individualizado) es el del citado ingeniero militar italiano Leonardo Torriani, cuyo manuscrito se suele fechar en 1590: El árbol “que en lengua herreña se llama *Garoe*” [...], “porque este árbol *Garoe* [sin acento en la *e* final] y otros de su misma naturaleza”. Lo interpreta ya como un *til* (plural *tiles*) y, repito, justifica en términos convencionales su singularidad o *santidad*: “En las tres islas [Canarias] occidentales se hallan *muchísimos tiles* [no era, pues, *único* ni desconocido] *que dan buen agua*; pero sólo se tiene cuenta del que los herreños [¿actuales o bimbaches?] al presente llaman *Árbol Santo*, por ser *el mayor* de todos, y también porque *da mayor cantidad* de agua”.

Fray Juan Abreu Galindo (c. 1592, manuscrito de 1632) parece que quiere concretar un poco más: “y al árbol llaman *garoe* [con minúscula y sin acento final], y *al*

---

correspondientes. No se entra, pues, en discusiones sobre las fechas originarias correctas, ni sobre si se trata o no de interpolaciones posteriores, etc.

*presente* los vecinos [herreños en Torriani] *Árbol Santo*, que cierto *parece* cosa maravillosa y sobrenatural [...]; el *Árbol Santo* que *dicen* llamarse en su lengua *garoe*". Y más adelante: "la manera que tiene de destilar el agua este *Árbol Santo* o *garoe*".

De estos detalles parece deducirse que, según estos dos solventes autores (o su probable fuente común, c. 1560), los aborígenes llamaban a este árbol *garoe* (tal vez aludiendo al nombre común de su especie) o *Garoe* (no *Garoé*), con nombre propio, individualizado; aunque caben otras posibilidades. Pero no contamos con indicación alguna de que existiese un culto a los bosques o a los árboles, ni de que lo venerasen o apreciaran ritualmente<sup>68</sup>. Sin embargo, la calificación de *Santo* queda referida a "los herreños", a "los vecinos" del "presente", cuya cristianización había comenzado con el conocido "catecismo de Béthencourt" en 1402. Y, en cuanto a quién se encargó de cristianizar el "*Árbol del Agua*", fuese en la realidad o sólo en las "crónicas", bastará con releer los párrafos que acabo de transcribir.

En 1602, Cayrasco, el celebrado canónigo primado canario, que aprovecha la ocasión para enaltecer a su familia, de origen italiano, dedica un extenso poema al "*árbol Santo*, que los antiguos veneraron tanto", pero no le da otro nombre propio. En 1604, Antonio de Viana, un joven poeta que escribía por encargo de sus patrocinadores, como suele suceder muy a menudo, lía aún más estas cosas diciendo, por un lado, que "*Capraria*, o *Hero* [se llamaba antiguamente la isla]<sup>69</sup>, que ahora llaman *Hierro*". Y, por otro, "que en aquel tiempo *Capraria* se llamaba al árbol fértil".

En 1613, el misionero jesuita Alonso García, que visitó efectivamente el lugar, nos advierte de nuevo "que no era *único*, como decían, porque hay otro más abajo". Y no le llama *Garoe* ni *Árbol Santo*. En 1646, Francisco López de Ulloa escribe: un árbol "al cual los Herreños llaman *Garo*". En 1676, Núñez de la Peña pone: "un árbol llamado *til*", pero vuelve a llamarle *Capraria*, como el poeta Viana. En 1678, el P. Fray José de Sosa escribe: "el *árbol del agua*, que los naturales llaman *Garao*". En 1687, Marín y Cubas, siguiendo a Abreu (1592, 1630), dice: "el árbol *garoe* [...], que también llaman *Santo* [...], similar al *til*".

La primera edición de la *Descripción [...] de Canarias* de P. A. del Castillo es de 1686. Nuestro *Árbol* aparece, simplemente, como "el árbol que destilaba agua". No se dice que se le llamase *Garoe* o *Santo*. Sin embargo, en la edición final de su obra, "acabada en 1737", leemos: "Los Herreños no pasaron sed, a pesar de no tener apenas

<sup>68</sup> PALAO PONS, Pedro (2004): *Gran Libro de los rituales* [mágicos], p. 28, alude en términos vagos a ritos: "Otro aspecto que merece la pena resaltar de la cultura guanche es su profundo respeto y amor mágico y reverencial a las plantas y los árboles. Así vemos que en la Isla de El Hierro *se rendía tributo* [...] al *garoé*, árbol del que según cuentan las leyendas manaba agua". Pero todo lo que he visto al respecto son las alusiones a su santidad o veneración que estoy anotando.

<sup>69</sup> *Capraria* parece aludir al carácter escarpado (*ex-capra*) de la Isla. Compárese con la isla italiana de Capri, la Cabrera balear y el centenar de lugares escarpados en los países mediterráneos que aparecen como *Cabra* o derivados.

agua, proveyéndola Dios de un *Árbol* que veneraron los Antiguos [...]: que dice una *'Relación' que llegó a mis manos [...]* que le llamaban los Antiguos Naturales *Garoe*". Y, en los titulillos del editor: "El árbol del Agua", "El *Árbol Santo* o *Garoe*".

La forma *Garoé*, con acento agudo, parece de origen francés: Los traductores al francés de Olfert Dapper (1686) escriben, en *Description de l'Afrique*: un árbol "llamado *Garoé* y los *españoles Santo*". Dos años después, en 1688, el Sr. De la Croix diría en *L'Afrique* que se llamaba "*Garoé* o *Garoa*". A él nos remite Thomas Corneill (1708), en su citado *Dictionnaire Geographique*. Y de Dapper parece tomarlo el jesuita francés Juan Arduin (1711) cuando lo califica ya de *sagrado*: "*arbor ex quam Sacrum vocat, Arbre Saint*". Sin embargo Guetard (1771) dice, citando al mismo Dapper: "añade que los isleños llamaban a este árbol *Garoe*, y los españoles *Santo*". Pero M. Dumont D'Urville, hacia 1840, escribe *Garöë*, y casi lo mismo hacen J. Picard y Ch. Proust (1909). "Una fuente fabulosa en el *Garöë*".

En 1770, Diego de Quesada y Chaves sugiere que *garoe* significa santo: "un árbol que ellos llaman *Santo* o *garoe* en su idioma". El punto de inflexión, en cuanto a la preferencia escrita por la forma francesa, se produce al parecer en Viera Clavijo<sup>70</sup>. En *Noticias [...] Islas de Canaria* (1772), en "Digresión sobre el *Árbol del Hierro*", escribe cuatro veces *Garoè*, incluso copiando incorrectamente a Abreu, y una *Garoe*: "Este *Árbol* sería un *Árbol Santo*, como decían los habitantes del país, pero no un *Árbol fabuloso*" (p. 141): "*Árbol Santo*, que dicen llamarse en su lengua *Garoè*" (p. 142): "La manera que tiene de destilar agua este *Árbol Santo* o *Garoè*" (p. 143): "del agua que destila el *Garoè*" (p. 143): "Porque si el *Árbol Santo*, *Tilo* ó *Garoè*" (p. 144). Pero más adelante, en "Anécdotas", y citando incorrectamente a Dapper: "habían cubierto su amado *Árbol Garoe*" (p. 356)<sup>71</sup>. Y repite la misma grafía en 1799, en su *Diccionario de Historia natural*: "*Arbor mirabilis Gave*": "*garoe*, y los españoles *árbol santo*", a la vez que ya aparece "terebinto", aunque como especie.

En el siglo XIX unos prefirieron usar *garoe* o *Garoe*, otros *Garoé* y otros *Árbol Santo*. Entre una veintena de textos manejados, me aparece nombre o calificación en los

<sup>70</sup> Lo mismo pensaba al respecto don Juan ÁLVAREZ DELGADO (1944): "Las palabras *til* y *garoé*", *Revista de Historia*, 67 (1944), p. 245, que escribe: "La acentuación aguda *Garoé* es totalmente moderna, de seguro no anterior al siglo XVIII y atribuible con gran seguridad a Viera o Castillo; porque ellos son los primeros que acentúan agudas *Aceró*, *Sigoñé* y otras voces dadas hasta entonces unánimemente sin acento. Por otra parte no veo fundamento alguno en la transmisión para suponer que efectivamente, la voz fuera aguda entre los indígenas [...]. Muy probablemente, pues, *Garoé* es una falsificación más que seguramente habrá que restablecer en su primitivo *garóe*". En la misma página incluye las variantes "*Garse* (Chil, 1876) y *Garas* o *Jarao* (Manrique)". He decidido poner lo subrayado aquí (cursivas) como nota nº 1 para que no produzca mayor extrañeza la forma *Garoe*, que es la que, como se verá, uso en mis textos propios.

<sup>71</sup> VIERA Y CLAVIJO, Joseph (1772): *Noticias de la Historia general de las Islas de Canaria*, Madrid, MDCCLXXII. BNE. Biblioteca Digital Hispana.

siguientes: el etnógrafo Berthetot (1831) escribe: “el famoso *garoe*”. Pascual Madoz (1847): “Pocos ignoran la historia del *Arbol Santo* de la Isla de Hierro”. Benigno Carballo Wangüemert (entre 1852 y 1861): “pudiera yo hacer mención del árbol *santo* de los herreños”. Álvarez del Risco (c. 1860): “Sólo por tradición se conserva la noticia del punto donde se halla [por hallaba] el *Árbol Santo*”. Juan Puerta Canseco (1897): “el *Árbol Santo*, que también llamaban *Garoe*”.

Y en el siglo XX, sobre una masa de registros semejante:

Juan Maluquer i Viladot (1906), comentando los textos que reproduce: “Todos recuerdan al viajero la historia del *Árbol del Agua* [...], que en lengua guanche [le dice su cicerone local] se llama *Garoe*”. Pero obsérvese que escribe, a su vez, Tegulahé, por Tegulahe o Tegulaxe. En 1924, el historiador herreño Dacio Victoriano Darías Padrón publica un artículo con el título “El *Árbol Santo* de la isla del Hierro”. Y en otro de 1929, sobre el mismo tema, escribe: “su famoso árbol *Garoe* o *Garsé* [...], en Los Lomos y sitio designado Charcos del *Árbol Santo*”. En 1940, Simón Benítez Padilla, Ingeniero del Cabildo Insular de Gran Canaria, pone en su informe: “las hojas de un *laurel* o [*orodaphne*] o *Árbol Santo*, llamado *Garoe* por los aborígenes”. En 1940 (1982 y 2001), Leoncio Rodríguez titula así un capítulo de su libro: “El *Garoe* o *Árbol Fuente*”. Max Steffen (1944): “El *garoe* [...]”. J. Álvarez Delgado (1945): “Otra vez el *Garoe* [...]”. Idem (1944): “Las palabras *til* y *garoe*”. Idem (1945): “Las férulas y el *Garoe*”. L. Ceballos y F. Ortuño (1951, ed. 1976): “*Garoe*, árbol de la lluvia o árbol sagrado del Hierro”. Pero, si las transcripciones de los títulos que uso son correctas (no solían acentuarse las mayúsculas, etc.), otros investigadores canarios del tercio central del siglo usan *Garoe* en sus libros o artículos. Contra lo que ha escrito algún autor, la *Enciclopedia* [...] *Espasa* (1924, 1988), que es fuente bien informada de los usos lingüísticos, pone *Garoe*. Buenaventura Bonnet (1922): “El *Garoe* y el Atami-Caspi”. Hardisson (1943): “El *garoe* [...]”. A. Romeu de Armas (1943): “El *Garoe* [...]”. J. Mainar (1943): “Sobre la especie botánica del *Garoe*”.

Sin embargo, en las últimas décadas los autores al uso prefieren utilizar la forma francesa, tal vez porque han pensado que figuraría así en *Le Canarien* (1402), aunque no es el caso. Y de ahí ha pasado a los varios cuentos y leyendas para niños que toman el *Árbol del Hierro* como motivo:

Félix Duarte (1981): “El *Garoe*”, en *Leyendas*. Maximiano Trapero (1995): “La isla mítica del mítico *Garoe*”. Hernández Gutiérrez, A. S. (1988): *Garoe. Iconografía del Árbol del Agua*. S. Martín Fernández (2006), *Visiones del agua*, que usa siempre en sus textos propios, y con mucha frecuencia en los ajenos que transcribe, *Garoe*. Emilio González Déniz (1996, 2006): *el garoe. Leyenda del Árbol del Agua*. Lorena Marín (2013 y 2014): *La leyenda del Garoe*. Ect., etc.



Ahora bien ¿qué significa *garoe* o *garoé*? El Dr. canario Max Steffen (1944), que ha estudiado con detenimiento los aspectos botánicos de este Árbol, no tiene claro que estemos ante un nombre propio. Para él, podría tratarse del nombre común de la especie<sup>72</sup>. El tinerfeño don Juan Álvarez Delgado (1944), avezado filólogo, empieza y termina su artículo de contestación a Steffen, “Las palabras til y garoé”, advirtiendo de que se trata de “un enrevesado y oscuro problema”. En su autorizada opinión se trataría de un nombre común (no propio) de origen beréber. Y propone que se traduzca por *Santo*. Pero, para llegar a esta idea se ve obligado a dar saltos bastante arriesgados (véanse las formas consignadas en la transmisión). Entre ellos, el más importante consiste en proponernos que leamos *haroe*, *haraa*, etc., con h aspirada, donde pone *garoe*, *garaa*, etc. Una transformación que, según nos dice, se produce varias veces en el guanche. No obstante, concluye tan dubitativo como Steffen:

El problema es muy oscuro y la hipótesis osada, pero habrá que tomarla en consideración para resolver el asunto. Y de seguro hay que establecer que la voz *garoe* no tiene acento agudo, y con gran posibilidad es epónimo o nombre peculiar del árbol de Tigulahe y no nombre común de la especie, que siempre se llamó til<sup>73</sup>.

Más osado aún soy yo, sin duda alguna, al pretender meter baza en el plato de tales autoridades filológicas. Pero me pica el gusanillo de la curiosidad y, como la discusión no está aún cerrada, me atrevo a dar otra opinión, por si les sirviera de algo a futuros investigadores. Aunque he extraviado la referencia, recuerdo bien que, cuando hace unos años empecé a interesarme por este Árbol, leí en algún libro o revista que *garoe* era voz éuskara, llevada por conquistadores vascos, lo que se ponía en relación con el nombre o apodo del capitán de la leyenda: *Vizcaíno*, como solía llamarse en esos siglos en España, en particular en Castilla y Andalucía, a los vascos en general. Pero parece muy poco probable que, puesto que se trató de una *razia*, que la citada incursión vizcaino-guipuzcoana-sevillana de 1393 dejara tal suerte de topónimos en esta isla.

Sobre esa base, sea indoeuropea, vascuence o beréber, pienso que *garoe*, *garaa* podría estar emparentado con *gar-*, *go-*, *gara*, *gallo* (o con el más conocido *gálibo*), topónimos que, como ya he dicho en otras ocasiones, suelen aparecer sobre los *altos* en varios países europeos. Y este Árbol Garoe estaba, en efecto, en lo alto de una montaña. De modo que Árbol Garoe: Arbol *del Alto*, y en su defecto Árbol Alto, podría ser otra posibilidad a considerar. De hecho, para no entrar aquí en más detalles toponímicos

---

<sup>72</sup> STEFFEN, Max (1944): “Otra vez el *Garoe*”. *Revista de Historia*. La Laguna, Nº 65 (1944), pp. 39-45, p. 42.

<sup>73</sup> ÁLVAREZ DELGADO, Juan (agosto 1944): “Las palabras til y garoé”. *Revista de Historia*. La Laguna. Nº 67 (1944), p. 247.

*Gara-Jonay* (Parque Nacional, leyenda, etc.), en la vecina isla de la Gomera, se suele traducir por *Alto* (1.487 m) o *Pico* de Jonay<sup>74</sup>.

Por otra parte, el origen beréber de una parte de la toponimia antigua de esta Isla (Ta-, Te-, Den-, Guada-, -que, etc., y la capital de Punt-*land*, Somalia, se llama *Garowe*) no entra en contradicción con la idea de que gar- remita a alto. Porque, las conexiones genéticas, sanguíneas, y lingüísticas entre los beréberes y los vascos, más o menos intensas, divulgadas ya varias veces en conferencias (Ateneo de Madrid) y periódicos de calidad de gran tirada, hace ya varias décadas que están siendo estudiadas por autores especializados en tales materias<sup>75</sup>.

## Desaparición y reposición del Garoe

El *Garoe* del mito, al que varios escritores supusieron milenario (desconozco, como ya he dicho, la edad máxima que pueden alcanzar los árboles de esta especie en Canarias) desapareció en las primeras décadas del siglo XVII, como consecuencia de un gran huracán<sup>76</sup>. Los distintos autores no logran ponerse de acuerdo en el año exacto. Hay “relaciones” o *testigos de vista* para varias fechas (1604, 1605, 1610, 1612, 1625, 1629, etc.) e incluso versiones, que, con error manifiesto, dicen haberlo visto vivo después de las mismas. En cuanto a notarios, poetas y certificaciones forzadas, bastante sospechosas en sí mismas, y además desaparecidas, tal vez baste con recordar los casos de la Sindona, la célebre Sábana Santa de Turín, las veneradas *lignum crucis* [madera de la Cruz] de los señores obispos católicos o las no menos numerosas “muelas de San Cristóbal”. Según es bien sabido, nunca faltan laboratorios, doctores y catedráticos en diversas ciencias que certifiquen lo que se quiera certificar.

En 1957, más de trescientos años después de que cayera el Árbol, los herreños tuvieron la buena idea de plantar otro de su misma especie en su lugar. Se dice que se hizo “para conmemorar la 54ª bajada de la Virgen de los Reyes”, advocación o deidad a

<sup>74</sup> Otros escriben Gara-gonay. En cuanto a “*Cumbes de Gara-gonache*” y “*Cimas de Gara-gonache*”, véase en *Internet* (>redundancia toponímica pdf<) mi (2006) “Redundancia Toponímica (España y Portugal)”, *El Nuevo Miliario*, 2 (2006), pp. 44-56. Compárese este *gonache* con el vasco *-gache*, que traducen por roca o pico.

<sup>75</sup> ALONSO GARCÍA, Jorge (2011) y Antonio ARNÁIZ VILLENA: *Egipcios, bereberes, guanches y vascos*, Madrid, 2011. IDEM (2012): *Diccionario ibérico-euskera-castellano*, Madrid, 2012. MIRA TORMO, Bernat (2006): *El origen ibérico-tartésico del euskera*. Madrid 2006, p. 227: “Tanto Gan, como Can y Kan significan monte, y en mi opinión son variantes de la misma palabra [...]. Se convierten en Gar-, Gal-, etc.”

<sup>76</sup> DARIAS PADRÓN, Dacio (1936): *Los condes de la Gomera*, Tenerife, 2004, p. 144, registra otro gran huracán casi cien años después: “En el año 1721, de infausto recuerdo, un espantoso huracán arruinó la isla del Hierro y destruyó sus hermosos pinares, pérdida que afectaba al conde, en cuanto aquellos le pertenecían”.

la que se acude en rogativas implorando la lluvia. Pero estas rogativas, al igual que las que hacían los antiguos bimbaches en los claros del monte, entre grandes piedras, en los que se concentraban con sus ganados<sup>77</sup>, ponen en evidencia la productividad del *Garoe* hispano o prehispano.

Según Maximiano Trapero (1995), “el plantón hubo de traerse de La Palma, porque en El Hierro no había [tiles adecuados? ], del lugar que en aquella isla se llamó Los *Tilos*, uno de los rincones verdaderamente maravillosos, mágicos, que hay en Canarias”<sup>78</sup>.

Pero tampoco hay acuerdo en estos detalles. Ni en cuanto al origen del Nuevo *Garoe* ni en cuanto a la fecha y motivo de la plantación. Según el ingeniero forestal Juan Guzmán Ojeda (2014):

En plena guerra civil española [1936-1939], el ingeniero de caminos Simón Benítez, de ascendencia herreña, remitió a la isla unos pocos ejemplares de tiles procedentes de Moya (Gran Canaria) [...]. Pero fue un ejemplar de til procedente de Anaga (Tenerife) el que acabó plantándose en este enclave [...], exactamente 338 años [después], en 1948 [no en 1957], coincidiendo ya con la inflexión entre explotación y recuperación de bosques. En dicha empresa fue de destacar la decidida labor del noble guarda forestal local de nombre Zósimo Hernández. Y allí ha prosperado este digno sustituto del tótem-maravilla, para rememorar la relación hombre bosque más estrecha que jamás ha existido en Canarias.

Actualmente el entorno cumple una importante función de uso público e histórico, siendo el único árbol canario que cuenta con certificado de visita [...]. Por supuesto, este árbol no tenía ningún carácter *milagroso*<sup>79</sup>.

Según podrá verse en *Internet*, forma parte de las rutas turísticas habituales de la Isla, siendo uno de los diez lugares más visitados de la misma. Esperemos, pues, que el lector que tenga esa oportunidad, no desaproveche la ocasión de visitarlo. Y, si gusta de estas cosas, de recordar sobre la marcha tanto la historia verdadera como la historia mítica o literaria del *maravilloso* Árbol de El Hierro.

## **De la propagación del mito a su negación.**

Los autores que escribieron sobre el problema del agua en la isla de El Hierro y su mítica solución en los siglos siguientes a su desaparición pasan del centenar. Miguel Santiago (1960), investigador paciente de las cosas de las Islas Canarias, y bibliotecario

<sup>77</sup> TEJERA GASPAS, Antonio (1988): *La religión de los guanches. Ritos, mitos y leyendas*, p. 66 y otras.

<sup>78</sup> TRAPERO, Maximiano (1995): “La isla mítica del mítico *Garoe*”, *Espejo de Paciencia*, Las Palmas, Nº 0 (1995), p. 93.

<sup>79</sup> GUZMÁN OJEDA, Juan (2014): “El sustituto de un tótem-maravilla, llamado *Garoe*”. *Pellagofio*, 25 (2014), pp. 2 y 3 de la versión digital.

meticuloso, que, como ya adelanté, estuvo unos treinta años recopilando y poniendo en orden cronológico las distintas versiones y estudios al respecto, se excusa con modestia de no haber podido llegar a todas las que se refieren a este *Árbol*, sobre

el que se ha escrito ya y se sigue escribiendo a verdaderos raudales. Y, sin embargo, hubo un momento en que eruditos del siglo XVIII, y sus seguidores en el XIX, pretendieron negar su existencia real o efectiva; nos referimos al *Árbol Santo*, *Árbol del agua* o *Garoe*, o *Til*, que de todas esas maneras y aún otras se ha denominado a ese *prodigio* de la Naturaleza [...]. Hacer aquí la *antología* de textos referentes al *Árbol del Hierro* es desproporcionado, pues formaría un voluminoso volumen por sí sola; pero sí abordaremos los textos más importantes al asunto referentes, aunque sin agotar la materia [...] <sup>80</sup>.

A pesar de esta impagable ayuda, la lectura de esta valiosa recopilación de textos con fines críticos o simplemente progresivos resulta fatigosa y desalentadora. Porque, a falta de un estema o árbol genealógico de los mismos, o de una comparación sistemática en cuanto a los puntos más relevantes (medidas del *Árbol* y del estanque, estanques o *taza*, cantidad diaria de agua producida, etc., etc.), ¿cómo retener en mente las variantes o diferencias de detalle (inclusiones o exclusiones, cambios en los mismos, matices lingüísticos aparentemente inocuos, etc.) de un centenar de relatos sobre unos mismos hechos, que pueden contar, además, en un mismo autor, con distintas versiones en diferentes libros o ediciones de un mismo libro, o en las distintas copias (con sus respectivos errores de copia, alteraciones, interpolaciones a investigar, etc.) de un mismo texto originario manuscrito?

Téngase en cuenta que, al igual que ocurre hoy en día en las llamadas redes sociales informatizadas, cada cual, sea un político profesional, una persona famosa o un ciudadano común, expone al público, en el mejor de los casos, lo que él sabe, ha entendido o cree saber, y, en el peor, lo que le interesa que piense o crea sobre su versión su auditorio o sus lectores. Sorprende, en efecto, en el particular caso que nos ocupa, que autores notables afirmen unas cosas u otras sin preocuparse, en absoluto, de que lo que dicen concuerde o no con las realidades físicas comprobables, si es posible o imposible, verosímil o inverosímil, y, de un modo más general, si se atienden o no al llamado sentido común.

Entre los errores, descuidos, fábulas y, en su caso, engaños más relevantes que he advertido en dicha colección de textos, señalaré por su importancia las siguientes afirmaciones:

- La existencia de un *Árbol maravilloso*, único, excepcional, que proveía de agua a la Isla de El Hierro es conocida y está acreditada desde Plinio (c. 70

---

<sup>80</sup> SANTIAGO, Miguel (1960): En CASTILLO, Pedro Agustín del (1737): *Descripción [...] Canarias*, Madrid, 1960, pp. 2430-2431.

e.c.)<sup>81</sup>. Cuando, según hemos visto en los primeros párrafos de este trabajo, en el mejor de los casos (que *Ombrios* y *Pluvialia* remitan a El Hierro), Plinio habla de *árboles*, en plural, semejantes a *cañas*, de las que se obtendría el agua exprimiéndolas o por exudación.

- No existía en la Isla ningún modo, distinto de *Árbol*, de obtener el agua. Cuando es bien sabido que su agua procedía, sobre todo, de “la lluvia del Cielo”, y que existieron más de cuatrocientas cisternas para conservarla, públicas o privadas; que era habitual que cada familia tuviese un aljibe en su casa o en su choza, y que, en ciertas épocas, se compraba y vendía el agua (como en otras partes el vino) para beber personas o animales, e incluso, para, en lo posible, regar algún pequeño cultivo.
- *Un sólo Árbol*, visible, conocido, moderadamente grande según casi todas las versiones (otros arbolito) era capaz de condensar agua de niebla bastante para todas las personas y animales de la Isla (otros “el pueblo”) en todas las épocas del año, que, en tiempos en que aún estaba vivo (1610), se cifran en unas cinco mil personas (4.580 en 1842) y cien mil cabezas de ganado. Cuando es conocido que cualquier árbol o arbusto frondoso, e incluso la propia roca, se utilizaban a menudo para obtener agua por condensación, y que, repito, existían más de cuatrocientas cisternas distribuidas por toda la Isla para conservarla.
- Suponer que fulano o citano ha estado *in situ* observando el *Árbol prodigioso*, cuando lo que escribe tal autor es que “le contaron”, que “dicen”, que conoce o vivió en Canarias, que vio la Isla desde el mar o que estuvo, en efecto, en El Hierro, pero no que se tomase la molestia personal (placer para verdaderos curiosos o senderistas) de subir a ver lo que había realmente en “Los Lomos”, “Tigulahe” o “Mocanal”.
- Explotar, en los libros de leyendas al uso, como “secreto bimbache” por excelencia, lo que venía a ser la fuente *pública* más conocida de las Islas Canarias, tanto en El Hierro como en todo el Mundo.
- Y todo ello sin contar las conocidas apuestas verbales entre los viajeros sobre qué escritor decía más tonterías sobre el agua y el *Árbol* de El Hierro.

Son pocos, poquísimos, en efecto, los autores de quienes pueda asegurarse que vieron y observaron el *Árbol* y su entorno. Como advierte Miguel Santiago (1960), “las

---

<sup>81</sup> Entre los autores citados por M. SANTIAGO (1960) que han divulgado este error tengo anotadas los siguientes: el propio M. SANTIAGO (pp. 2410, 2435, 2460, 2468), Pedro MEXÍA (1550), J. E. NIEREMBERG (1633), Diego GARCÍA DE HERRERA y J. PELLICER TOVAR (1647), el P. ANDRADE (c. 1650), Fray José DE SOSA (1678), Anónimo: *Relación* [...] (1720), S. MAÑER (1729).

informaciones de Torriani [1590] y Abreu [1592] parecen veraces y de primera mano, si bien ninguno de los dos dice taxativamente que haya visto el árbol [...]”. Tampoco Fructuoso [ ], “que parece reflejar noticias de testigos directos más que los tradicionales”<sup>82</sup>. Algunos escritores comentan disgustados que no lo vio Plinio. Pero, de lo que llevamos dicho se desprende que semejante reproche o pretensión carece de sentido.

Los autores modernos que dicen haber visto el Árbol maravilloso, o al menos el entorno donde estaba, que no se contradicen en sus propias versiones, que no hacen afirmaciones inverosímiles o físicamente imposibles o descripciones incompatibles con la realidad observable en las fotos mencionadas (aplicación *Google Earth*) son, en cuanto a mi opinión y conocimientos, los siguientes (textos más amplios disponibles en las recopilaciones citadas):

En cuanto al poeta peregrino Vasco Díaz Tanco, que en 1520, en su *Triunfo canario isleño* [...], hace una curiosa descripción poética de este Árbol, al que llama “arbolingo” (¿arbolejo, arbujuelo?), en la que compara el “agua que viene al suelo” por el mismo con el mítico maná del éxodo de los israelitas: “Allí vi el manjar que a los de Israel dio Dios en la tierra de promisión / y cúbrese todo de bruma y de yelo, y en medio parecía no menos de miel”<sup>83</sup>, digamos que, en principio, no se aprecia en sus versos contradicción alguna con la realidad. Pero, aparte de que se podría tratar de una *visión* metafórica, sorprende que lo llame *arbolingo*, y que hable de *yelo*, detalle que no he visto en ningún otro autor.

En 1613, el P. Alonso García, S. I., que, estando doce días de misiones en la isla, aprovechó una tarde de asueto para organizar una excursión al lugar del Garoe, en compañía del vicario de Valverde y del P. Simón de Torreblanca, escribió:

Yo le vi derribado, que él se cayó por no ponerle los naturales un puntal o algunas piedras en que estribase [...]. Y para que yo pudiese testificar de vista el caso, quiso Dios que estando yo allí presente viniese la neblina el valle arriba, y con ella vi que los árboles que allí había destilaban gotas de agua, y también las peñas [...], pero el descuido de los naturales fue tan grande, como ya tenían muchos estanques de agua del cielo, que se olvidaron de este árbol y lo dejaron sin cuidar de ponerle algún estribo, y así desmoronándose la pared de donde él salía con el aire grande que hizo, se cayó esta memoria del Hierro, tan celebrada de antiguos y modernos, y yo vi sus pedazos [...]<sup>84</sup>.

El gobernador ilustrado Juan Antonio de Urtusástegui (1779), que estuvo inspeccionando personalmente los distintos modos de obtención del agua en la isla, escribió en su *Diario de un viaje a la isla de Hierro*:

---

<sup>82</sup> *Íb.*, p. 2444.

<sup>83</sup> DÍAZ TANCO, Vasco (1520): *Triunfo canario isleño* [...]. En HERNÁNDEZ GUTIÉRREZ, S. A. (1998): *Garoe. Iconografía del Árbol del Agua*, p. 46.

<sup>84</sup> En ROMEU DE ARMAS, Antonio (1943): “Comunicaciones a la dirección. El Garoe”, *Revista de Historia*, La Laguna, IX, 64 (1943), pp. 330-341.

Dónde estuvo el árbol y sus alrededores; hállese en un alto o fuga, dominando un vallecito a cuyo pie había una taza o alberca, y descubriéndolo con la continuidad de los años y avenidas sus raíces, por estar colgado y no haber risco que lo sujetase, cayó por fin en 1610<sup>85</sup>.

El fiscal catalán Juan Maluquer y Viladot, que estuvo en El Hierro en los primeros años del siglo XX, en sus *Recuerdos de un viaje a Canarias* (1906), nos ha dejado un lucido relato de su paso por el archipiélago:

No es posible pisar los acantilados del Hierro y correr por aquellos campos que sólo conocen el agua de lluvia, [dice], sin que en una u otra forma se le ocurra a alguno de los herreños recordar el Árbol del agua [...].

No cabe duda de que Maluquer se interesó por las historias comunes sobre el Árbol, y de que conoció bien algunas de ellas. Cita así, las *Noticias* [Antigüedades] *del Hierro* del notario Bartolomé [García] del Castillo (1705), advirtiéndonos de que las célebres capitulares del Ayuntamiento de Valverde, en las que se daba noticia, en 1612, de la desaparición del Árbol en 1610, ya no existen: “Un incendio destruyo, hace muy pocos años, las Casas Consistoriales de El Hierro”<sup>86</sup>. Pero no afirma que subiese a “Tigulahé” a visitar el lugar o el entorno, ni aporta indicio razonable alguno que invite a mantener que lo visitó. Y, siendo así, nos quedamos sin saber si su brillante disertación procede de su experiencia directa, de lo que le cuenta su “cicerone”, de los libros consultados o de sus charlas al respecto con los cualificados colegas de Valverde.

Caso completamente distinto es el de Dacio Victoriano Darías Padrón, herreño de nacimiento y crianza, Oficial Mayor de la Isla e historiador de la misma, que en 1925 publicó un “Croquis de las Charcas del Garoé o Árbol Santo”, reproducido después (1929), acompañado de foto, en sus *Noticias generales de la Isla del Hierro*<sup>87</sup>.

No cabe dudar, tampoco, del corresponsal local de Pascual Madoz (1847), ni de los técnicos que redactaron después, a partir de 1942, los estudios botánicos e hidráulicos correspondientes. Y, en cuanto a los numerosos autores que han hablado posteriormente del Árbol, no parece que tenga ya mucho sentido hacer aquí un seguimiento equivalente de sus aciertos o errores.

En los siglos XVII y XVIII, con prolongaciones hasta el XX, la polémica intelectual sobre el caso consistió, tanto en España en su conjunto como en Europa, en mantener o negar la existencia real, histórica o presente, de tal Árbol. Además de cronológicamente, Miguel Santiago ordena los textos atendiendo a este criterio: autores a favor y autores en contra de la existencia física del Árbol. El documentado resumen de

<sup>85</sup> URTUSÁUSTEGUI, Juan Antonio de (1779): *Diario de viaje a la isla de El Hierro*, ed. 1983, pp. 36-40 y 42-50.

<sup>86</sup> MALUQUER Y VILADOT, Juan (1906): *Recuerdos de un viaje a Canarias*, Barcelona, 1906, pp. 71 y 76.

<sup>87</sup> DARIAS PADRÓN, Dacio V. (1925): “El Árbol Santo de la isla de Hierro”, en *Revista de Historia*, La Laguna, 1-8 (1924-1925), p. 126. IDEM (1929): *Noticias generales de la isla del Hierro*, Tenerife, 2ª. Ed., 1980, pp. 48-49.

esta polémica que hizo a finales del siglo XVIII el conocido presbítero ilustrado canario Viera y Clavijo (1772 a 1783), que el mismo Santiago reproduce, nos servirá aquí, aunque no sea completo ni perfecto, para dar una imagen adecuada del estado de la cuestión en esos años (las cursivas son mías):

Albercas o charcas [...] hubo en el Hierro, donde se recogía el agua del árbol; más [...] era muy poca cosa para haber merecido el pomposo nombre de lago [...]. La *férula* [de Plinio] [...] no tiene relación alguna con el famoso *árbol del Hierro*, que destilaba el agua de las nubes [...]. El *árbol* del Hierro era grande, frondoso y siempre verde, pues se asegura que *era un 'tilo'*. ¿Cómo podía Juba [...], ni Plinio [...] equivocarlo con una especie de cañahejas? Y ya [comenta SANTIAGO] trata [VIERA] concretamente del asunto que nos ocupa en la “Digresión sobre el Árbol del Hierro” (op. cit., lib. II, párr. 7, págs. 131-136). En el párrafo 6, al final, introduce la cuestión así (pág. 131): “[...] El famoso Árbol del Hierro, que destilaba el agua de las nubes es a la verdad una maravilla que *ha dejado atónito al Mundo*; y aquí parece ocasión oportuna tratar de este fenómeno agradable”. Y sigue dicho párrafo 7: “No hay cosa más cierta que la existencia de este árbol *extraordinario*, sus destilaciones y su ruina por efecto de un huracán. La fama y las plumas conspiraron como de acuerdo a hacerle conocer en el mundo. ¿Pero qué diremos cuando hallamos que los Críticos de mejores luces *se han conjurado para arrancar del medio del Hierro este árbol* singular? El célebre Bacon de Verulamio dice que es *fabuloso* (Bacon, *Novum Organon*, pág. 412), Monsieur Le Maire le da igual epíteto (Jacques-Joseph Lemaire, *Les voyages aux Isles Canaries, Cap-Vert, Sénégal et Gambie sous Monsieur Dancourt*, Paris, 1605, pág. 28). Tomás Corneille da a entender fue *soñado* (Thomas Corneille, *Dictionnaire*, verbo “Ferro”). Los geógrafos Sansones exclaman que *los viajeros apostaron a cuál mentiría más* en el asunto. Mons. Nablót, citando a Baudrand, que habla de la existencia del árbol, se inclina a creer que todo ha sido *una patraña*. Barbot y Martineau-Duplessis pretenden que su origen fue *una ficción* (Colección de Churchill, t. V, pág. 525; Duplessis, *Geographie*). El P. Taillandier (*Cartas edificantes*, t. VII, página 280), que estuvo en Tenerife en 1707, avisa que es *un cuento* inventado por los viajeros. El ilustrísimo Feijóo no duda que este fénix de las plantas sea tan  *fingido* como el de las aves (*Teatro Crítico*, t. II, disc. 2). El P. Maestro Sarmiento le trata de *novela, mentira, embuste y error* (*Demonstración apologética*, t. I, disc. 18). De suerte que cuando don Salvador Mañer se aventuró a ser la apoloquista del árbol, con armas desiguales, hubo de perder toda la buena opinión de Crítico y de Filósofo.

Sin embargo, yo diría [continúa Viera] que *el árbol* de la Isla del Hierro no ha tenido en contra suya sino a sus mismos admiradores. Un árbol *único en su especie*, que, según Gonzalo [Fernández] de Oviedo, Livio Sanuto, Juan Botero y Linschoten, sudaba agua por tronco, ramas y hojas (Oviedo, lib. II, cap. 9; Linschoten, pág. 717); que, según Luis Jacksons, manaba *en una sola noche 20.000 toneles de agua* dentro de la alberca mayor, desde donde *se distribuía por caños de plomo por todo el resto de la Isla*; que, según Antonio de Viana (canto I), extraía de la misma aridez del terreno el humor copioso que después destilaba; que, según Jerónimo Salusto, Señor Du Bartas, no era árbol, sino *un pequeño arbusto* (en el día 3º de su *Primera Semana* describió este árbol... [véase atrás, pág. 2442]); en fin, que, según el *Tesorero de las cartas*, es una maravilla que *excede cuantas maravillas hubo en el mundo*: todo esto, a la



verdad, compone un árbol que, con razón pareció *sobrenatural* a Pedro Mexía y, por consiguiente, fabuloso.

Más cuando se tuviere cuidado de *descartar las exageraciones* y se examinen con tranquilidad las verdaderas circunstancias del ‘Árbol del Hierro’, aunque hallaremos en él mucho de extraordinario, *nada nos podrá parecer increíble*. Este árbol sería un ‘árbol santo’, como decían *los habitantes* del país, pero no un árbol fabuloso. Véase aquí la relación pura y sincera que el P. Fray Juan de Abreu Galindo nos dejó en su *Historia* manuscrita de las Islas, quién tuvo la curiosidad de hacer al árbol *una visita en persona* [el lector está ya advertido de que no consta tal visita, y de que ni siquiera se sabe quién fue en realidad Abreu] y de observar con prolijidad todo el secreto... [sigue la descripción literal de Abreu]. Cualquiera Crítico que sólo hubiese leído esta sencilla relación, ¿no creería en la existencia de este árbol, admirándola? Porque si el ‘árbol santo’, ‘tilo’ o ‘garoe’ no debía toda su virtud destiladora sino a su misma frondosidad, a su situación ventajosa y a las nieblas que se levantaban con frecuencia del mar, es claro que *nada había en él de sobrenatural ni de inverosímil*. Así, el P. Eusebio Nieremberg, aquel hombre tan amante de lo maravilloso, no dudó confesar, en vista de *los informes que recibía de las Islas*, ‘que, aunque la propiedad del ‘árbol del Hierro’ era admirable por lo que beneficiaba al país, no tenía nada de irregular e inexplicable’ (*De occulta philosophia*, lib. II, pág. 350). Los Autores franceses de la *Historia* de Juan de Bethencourt tampoco usaron de *ningún entusiasmo* en la descripción de esta planta [en singular] y sólo dijeron [lo que ya sabemos] (*Conquete des Canaries*, cap. 65, pág. 123). Y véase aquí también por qué nuestro D. Bartolomé Cairasco, que era poeta, hablando del ‘Árbol del Hierro’, no quiso usar de expresiones más pomposas que las siguientes: “... y el Hierro, la postrera, -donde destila hoy día el ‘árbol santo’, - que los Antiguos veneraron tanto” (*Templo Militante*, día 2 de febrero). Dijo “que destila hoy día” porque Cairasco escribía en 1602 y la ruina del árbol no sucedió hasta ocho después [1610], en que un recio huracán robó a los Herreños y a todas las Canarias aquella preciosa posesión. Núñez de la Peña retarda esta desgracia quince años, pues la fija *en 1625*; pero el P. Nieremberg la difiere todavía más, poniéndola *en 1629*. Ambos se engañaron: Bartolomé García del Castillo, en su libro intitulado *Noticias del Hierro* (parte V, noticia 22, pág. 122), dice que consta el huracán que exterminó el árbol en el Libro II capitular de aquella Isla, de un Acuerdo que hizo su Ayuntamiento en 12 de junio *de 1612*, pág. 84, concebido en los términos siguientes: ‘Por cuanto el árbol santo se cayó [se había caído *en 1610*, según adición en un ejemplar de Viera de su misma obra], y con la madera d’él y rama tiene ocupadas las charcas donde se recogía el agua, y es necesario que todo se saque y se limpie la tierra que asimismo cayó, se ordena y manda...’ [se ejecute]... Así pereció, después de tantos siglos, uno de los árboles más apreciables del mundo, bien que su memoria será eterna entre el vulgo de Físicos y Naturalistas (*Testifican la caída del árbol*: Pellicer, en su *Memorial por el Señor de Fuerteventura*, año 1646; D. Iñigo Brizuela, Capitán General de estas Islas, en el Libro que presentó a don Felipe IV, de la visita que hizo de ellas, acompañado del Ingeniero Próspero Cazorla; y las *Relaciones* del P. Andrade y de Miguel Mompeon). En efecto: Davity, Drapper, Mallet, La Croix, Joseph del Olmo, etc., le describen como todavía existente. Más, ¿qué diremos cuando Tomás Corneille advierte que *personas dignas de fe que han escrito desde estas Islas* siendo preguntadas por cartas, respondieron que *no hay tal árbol milagroso*, sin añadir, *que lo hubo*? ¿Qué diremos también cuando el P. Taillandier afirma que *ni los mismos habitantes del Hierro oyeron jamás hablar de semejante árbol*? Las respuestas son cortas: Tomás Corneille, *ocupado en las piezas de su teatro*, tendría la desgracia de informarse de quien no se hallaba en estado de poderle satisfacer, y el P. Misionero quizá se valió de alguno de aquellos *Herreños poco advertidos* que sirven en las casas de Tenerife, quienes, por lo común, ignoran la Historia Natural de su país. Pero no todos los Hero no todos los Herreños se han olvidado de la existencia de su árbol: con motivo de la ruidosa controversia

principiada por el ilustrísimo Feijóo, se hizo, en 1753, a 28 de febrero, un reconocimiento jurídico en aquella Isla [por el Padre Leal, como se ha visto], de orden del Conde de la Gomera, su Señor; recibéronse las deposiciones de algunos *testigos* de 80, 84, 85 y 94 años de edad, quienes contestaron acerca de la verdadera y *constante tradición* de la existencia del árbol, *señalaron el sitio* en donde estuvo y mostraron las reliquias de las albercas. Concluyamos, pues, sin temor de ser desmentidos, que la bebida de los antiguos Herreños corría *en cierto modo* por cuenta de una Providencia poco común, y que los Isleños circunvecinos debían mirarlos como a unos hombres favorecidos de la Naturaleza<sup>88</sup>.

Obsérvese que Viera dice que si “se tuviese el cuidado al descartar las exageraciones [...], nada nos podrá parece increíble”, pero que él, en lugar de señalar y excluir tales exageraciones, se dedica a recoger lo que dicen unos y otros, repitiéndose incluso, pero sin indicar o discutir qué versiones serían verosímiles o concordantes con la realidad observable, y cuáles no. Se extraña Viera de que Plinio o Juba pudieran confundir este Árbol con unas cañas, como si Plinio (muerto mientras estudiaba la erupción del Vesubio) pudiera haber presenciado personalmente los miles de fenómenos de que nos habla, mientras que él ni siquiera se tomó la molestia de viajar desde Tenerife al Hierro para ver qué es lo que había de cierto en toda esa literatura. Antes bien, disuelve las dudas y contradicciones diciéndonos que “sería un árbol santo”.

Cuando el prolífico y célebre Padre jesuita Juan Eusebio de Nieremberg, con fama de *santo* en Madrid, ya había divulgado, al menos en seis ediciones (1630, 1633, 1634, 1643, 1649, 1699), “la verdad que en ello hay certificada por acreditados testimonios, de personas que vinieron de aquellas Islas, y ciertas *relaciones escritas* del mismo caso, todas conformes. Digo, que este *maravilloso* árbol por tantos siglos, aora poco ha esto es el año de 1628, combatido de un furioso temporal, cayó del risco donde estaba [...]; pero al fin *pasan sin él*”<sup>89</sup>.

Viera, gran experto en flora canaria, no pone objeciones a que el Árbol (según otros “un pequeño arbusto”, un arbolito, etc.) pudiera producir en una sola noche, en todo tiempo, “20.000 toneles de agua”, ni a que “se distribuyera por caños de plomo por *toda* la isla”, ni a que fuese el único medio de obtener agua, para, en sus días, unas cinco mil personas y cien mil cabezas de ganado, etc. Tampoco discute las muy *diferentes fechas*, todas “fidedignas” o “testificadas”, de caída del Árbol: 1604, 1610, 1612, 1625, 1629, etc., que, sin embargo, resulta que remiten a “la constante tradición”. No explica, por ejemplo, cómo se las arreglan los herreños entre 1610 y 1612, en su caso, cuando *un mismo Árbol anegaba dos estanques* [?], para obtener el agua necesaria para personas y animales. Por otro lado, la tantas veces divulgada muletilla “*Todos saben en El Hierro*”, entra en contradicción con “el herreños poco advertidos... que por lo común ignoran la Historia Natural de su país”.

---

<sup>88</sup> *Ib.*, pp. 2468-2471.

<sup>89</sup> NIEREMBERG, Juan Eusebio (1630): *Curiosa y oculta filosofía* [...]. En Alcalá. Año M.DC.XXXXIX, p. 318.

Y, en fin, la agudeza del presbítero ilustrado concluye en este caso con medias tintas y subterfugios retóricos que no le comprometen ni con la tradición ni con las autoridades eclesiásticas: “la bebida de los herreños [¿animales incluidos?] corría en *cierto modo* por cuenta de una Providencia” [con mayúscula] que no sabemos si considera Divina o Natural.

La versión del Padre Maestro Feijoo merece también aquí, en mi opinión, un comentario especial. A la luz de los relatos que circulaban entonces (1726) negó la existencia real de este árbol en su *Teatro Crítico*, pero no quedaba del todo claro si se había referido al presente o al pasado histórico. Cargó contra él don Salvador Mañer con un “librote” contra el *Teatro Crítico*. Negó después sin ambages Feijoo en un artículo publicado en *La Ilustración*. Salió el Padre Sarmiento en defensa de su correligionario benedictino. Pasado algún tiempo el citado Mañer terminó por hacerse partidario, en términos generales, de las tesis de Feijoo.

Viera y Clavijo trata este punto, según podrá verse en su texto, con extremada delicadeza: se limita a recoger su posición, llamándole por dos veces “ilustrísimo”. Pero otros autores canarios [¿hipocrito?] han cargado contra él acusándole de hiper crítico, etc.

Suele suceder a menudo en estos casos. Y, así, por ejemplo, en el concienzudo y escrupuloso Miguel Santiago (1960) se lee lo siguiente:

En 1770, Diego de Quesada y Chaves, en su obra *Las Canarias* [dice]:[...]un tanto incrédulo está el Benedictino gallego P. Maestro Feijoo, en sus *Disertaciones Apologéticas*, sobre el su error, a aver sido y no ser: sin reflexión de que el no permanecer [el Árbol] *avía sido un castigo de algunos pecados* [...]. Que si este Padre Maestro hubiera indagado el *Flos Sanctorum* que escribió el Dr. D. Bartolomé Cayrasco, Canónigo de esta Diócesis que vivía el 1599, hallaría en él la verdad del árbol, ultra de los otros dos monumentos, Capitular y Obispal – ya notados–, de los años 1612 y 1629, que anteriormente y exprofeso tratan del caso.

A lo que añade Santiago: “como se ve, en esta ocasión, Quesada y Chaves raciocina acertada y convincentemente<sup>90</sup>. Y unas páginas antes, al tratar directamente del caso, el mismo Santiago (1961) escribe:

Desde luego, parece mentira que el eximio Feijoo, que tantas muestras dio de sana crítica, a causa de la *hipercritica* aquí caiga en razonamiento tan falto de base. Por falta de información negó de plano *una cuestión que tan patente fue en el siglo XVI y comienzos del XVII*; y apoyándose sólo en el testimonio u opinión de Corneille fue causa del exceptismo ulterior de quienes creían a pie juntillas [a Feijoo], en especial el P. Sarmiento”<sup>91</sup>.

<sup>90</sup> SANTIAGO, Miguel (1960). En CASTILLO, Pedro Agustín del (1737): *Descripción [...] Canarias*, Madrid, 1960, p. 2467.

<sup>91</sup> *Íb.*, p. 2461.

Pero, ¿qué es lo que mantenía Feijóo, siguiendo a Thomas Corneille, y éste a “algunas *Relaciones* modernas dignas de toda fe y escritas por sujetos que han estado en aquella Isla”? Pues que, de todo lo que decían las versiones en circulación entonces sobre el *Árbol maravilloso* de El Hierro, “sólo es verdadera la carestía de fuentes, la cual suple con agua que cae del Cielo, recogida en cisternas”. Y, ¿qué es lo que negaba? Pues que dicho árbol “estuviese puntualmente en medio de la isla, que fuera único en su especie, y de quien cada hoja es una fuente, porque está siempre cubierto de una espesa nubecilla, la qual quexándose en las hojas, destila diariamente diez a doce toneles de agua sumamente sutil y cristalina [...]. Lo mismo certifica el Padre Taillandier [1715], Misionero Jesuita Francés [...], que visitó curiosamente aquella Isla. Así no dudo que este Fénix de las plantas es tan fingido como el de las aves”<sup>92</sup>.

En suma, a la luz de lo que dicen hoy las investigaciones posteriores, Fray Benito Feijóo falló aquí únicamente en cuanto a que cierta forma de *árbol singular* no hubiese existido jamás. Pero, en cuanto a todo lo demás, su *crítica* al respecto es la más solvente y acertada que se ha escrito hasta nuestros días en España. Hay que lamentar, pues, que no supiese aprovecharse como se entiende que deben aprovechar tales críticas los verdaderos investigadores: ateniéndose al sentido común, a las reglas de la lógica y a las *comprobaciones* empíricas, sean naturales o experimentales.

### **Del Árbol singular al Árbol legendario**

El Árbol de El Hierro fue, en efecto, un árbol *singular*<sup>93</sup>. Por varios motivos: su ubicación en un risco, en un recuenco de un alto, al final de una cañada por la que subían casi a diario, desde el mar nubes o nieblas cargadas de agua que se condensaba como consecuencia del choque y del descenso de la temperatura. A juzgar por las versiones conocidas y el espacio disponible, su tamaño era grande, en comparación con el de los árboles vecinos, aunque nada excepcional si le comparamos con los ejemplares de otras especies que aparecen en los libros al uso sobre árboles singulares de España o del mundo. Su edad *se suponía* más que milenaria. La especie (*Oreodaphe foetens*) era particularmente propicia para facilitar la condensación y el goteo del agua. Al parecer, escaseaban los árboles o arbustos de esa especie en su entorno, aunque no, desde luego, en las Islas Canarias, donde eran conocidas como *til* (tiles en plural), y según la mencionada toponimia como tilos.

---

<sup>92</sup> *Íb.*, p. 2461.

<sup>93</sup> Sobre las nociones, concepto y caracterizaciones de árbol singular véase la “Primera parte” de este trabajo.

Como consecuencia de dichas características, producía mayor cantidad de agua que cualquier otro árbol de su entorno, por lo que, como en casos semejantes de producción extraordinaria, era particularmente estimado. No obstante, no hay constancia alguna de que los bimbaches (herreños aborígenes) lo venerasen o adorasen antes de la colonización. Después de todo, era sólo un medio más de obtener agua a partir de las nubes (lluvia, “charcos”, aljibes, escasas fuentes, árboles y arbustos).

La apelación de Santo o Sagrado parece, por tanto, obra de los religiosos cronistas cristianos. Se va introduciendo con bastante timidez y precaución a comienzos del siglo XVI, se intenta justificar a finales del mismo siglo, se consolida en el XVII y, según vamos viendo, se ha venido utilizando con abuso notorio hasta nuestros días<sup>94</sup>.

En la versión más divulgada a mediados del siglo XX, la leyenda asociada al Garoe reza, en síntesis, así<sup>95</sup>:

A despecho de privaciones y calamidades tantas, resignados con su suerte adversa, jamás perdieron [los bimbaches] aquella propensión sentimental y amorosa, -hoy se reflejaba en sus primitivos romances, de sabor tan melancólico: *¿Qué importa la leche –el agua y el pan– si Agarfa no quiere mirarme?* [...]. Un poder patriarcal encarnado en Arniche, su rey blando, tolerante con sus súbditos, a excepción de aquellos que [robaban]. [...] Un falso profeta (Yañé), que había pronosticado que por el mar vendrían “en casas blancas”, los dioses que habían de tutelar la Isla<sup>96</sup>, cuando los que vinieron eran las aves siniestras de los conquistadores *normandos* y *flamencos*, más dañinas que aquellas otras que ya asolaban sus campos. Una montaña sagrada (Bentaica), donde los indígenas rendían culto a *Moreiba*, su diosa, la Virgen de sus adoraciones paganas. Un caudillo (Ferinto), el último *bimbache*, despeñado por un barranco para no caer en manos de los invasores. Y un nombre, una roca que recuerda al valeroso gesto. ¡*El Salto del Guanche!*<sup>97</sup> [...] De todas las referencias que se han dado sobre el *Garoe* herreño, la más fidedigna parece ser la del P. Abreu y Galindo [que ya conoce el lector en versión no legendaria], uno de los autores más versados en antigüedades canarias [...]. Justificábase, pues, que los herreños procurasen sustraer a la codicia de los extraños el árbol que en tal forma acorría sus necesidades. Y mayor era este empeño al abrigar la esperanza de que, acosados por la sed tuviesen los ingratos huéspedes que desistir de sus planes de dominación de la Isla, privándoles de todo sustento. A este fin, idearon una estratagema, tan bien urdida como desdichadamente fracasada por un inesperado revés. Cubrieron el *Garoe* con cañas y ramas, de forma que nadie

<sup>94</sup> La publicidad turística actual lo anuncia como *Sagrado*: “Visita al Garoé. El Árbol Sagrado”, “La bruma sagrada del Garoé”, etc. De modo que si la competencia quiere subir la apuesta religiosa, mágica, etc., tendrá que llamarlo sacrosanto, prometer la visión del Árbol de la Vida o del de la Ciencia del Bien y del Mal, etc.

<sup>95</sup> RODRÍGUEZ, Leoncio (1940): *Los árboles históricos y tradicionales de Canarias*, Tenerife, ed. 1982, pp. 40-43.

<sup>96</sup> Obsérvese el paralelismo con lo que, según el *Diario* de Cristóbal Colón, le dijeron los caribes cuando llegó a América, y con la misma versión aproximada sobre lo que pensaban al respecto poco después los aztecas, lo que, según se dice, explica la fácil conquista inicial de México por parte de Hernán Cortés.

<sup>97</sup> Obsérvese el paralelismo con el conocido relato del celtíbero que mató al pretor romano cuando viajaba por un monte cercano a Termes (Soria) y, descubierto mediante su caballo (el que se dejaba libre en la plaza de cada aldea, para que fuese por sí mismo a su cuadra), optó por suicidarse tirándose de cabeza contra una roca para no caer en poder de los romanos.

podiese descubrir fácilmente el sitio donde se hallaba, y amenazaron con pena de horca a quien osase revelar el riguroso secreto.

Mas no contaban los guardadores del árbol –aquí surge la leyenda, cuento o episodio auténtico– que el corazón de la mujer fue siempre frágil a los impulsos del amor. Y, en efecto, hubo, a lo que parece, *cierta moza* cortejada por un *soldado de la tropa*<sup>98</sup>, que poco precavida del mal que iba a hacer a los suyos, imprudentemente orientó al enemigo hacia una cañada que iba por un valle arriba hasta las faldas del risco de *Tigulahe*, donde la fuente providencial, el viejo *Garóe* herreño, se ocultaba a la ambición de los extraños. ¡Fatal imprudencia, loca temeridad que hubo de pagar con su vida la *atolondrada moza*, después de pasar por la afrenta de su traición a la patria!<sup>99</sup>.

[...] Aquel episodio de leyenda, que comenzó por un simple lance de amor, fue el inicio de graves sucesos y trágicas perturbaciones, que habían de dejar una huella sangrienta en la apacible vida de la pequeña isla. Dueños los invasores del árbol-fuente, en posesión ya de todos sus bienes, de sus dehesas y ganados, extendieron sus correrías en tal forma, con tales vejámenes y atropellos, que el sufrido pueblo tuvo que alzarse en airada y unánime rebeldía. Eran momentos que no admitían esperas ni vacilaciones. Porque cautivo el príncipe Augerón, llevados en rehenes los primates de la Isla y víctima de una traidora celada el rey Armiche, retenido a bordo de una barca en el puerto de Naos; viendo, además, sus hogares violados, sus mujeres escarnecidas y sus hombres reclutados en redadas para venderlos como esclavos, los pocos que en la tierra quedaban habían de sucumbir o rebelarse. Y optaron por luchar contra los opresores. Y del escarnecido pueblo surgió una mano joven y vigorosa, que clavó su daga en el corazón del tirano, el capitán Lázaro *Vizcaíno*<sup>100</sup>, jefe de las pandillas invasoras del conquistador *normando*. Y la isla, al fin, pudo verse libre de la ominosa tiranía que aún recuerdan los herreños al pasar por el sitio donde dicen sucumbió el odiado gobernador.

Un nombre, bien significado, lo ha grabado para siempre en la memoria del pueblo: “*El corral del capitán Lázaro*”<sup>101</sup>.

Veamos ahora el origen y curso de esta leyenda.

<sup>98</sup> La nacionalidad varía según las versiones: un francés, un holandés, un sevillano, un español, un castellano, un vasco, etc.

<sup>99</sup> Moraleja evidente para las bellas muchachas herreñas. Y, en cuanto a una significación más amplia, véase MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, Primitivo (1996): *Los mitos. Manipuladores ideológicos*. Puerto Rico, 1996, en cuyo “Prólogo” (p. XII), leemos: “El mito, en toda tribu o pueblo [o nación] con un germen de estratificación, tiene, entre otras, la función de mecanismo de control social, manejada por un grupo, y los que controlan los contenidos de los símbolos, los que administran los rituales, moldean los valores, la cosmovisión, la cultura y la misma vida humana”.

<sup>100</sup> Con independencia de que históricamente haya sucedido realmente muchas veces, parece alusión al protagonismo de los vascos en la conquista de las Islas Canarias. Recuérdese que en tiempos de Enrique III, año 1393, la razia castellana sobre Canarias fue obra de marineros vizcaínos, guipuzcoanos y sevillanos: “E salieron de la isla de Lançarote e tomaron el rey e la reyna de la isla, con ciento e sesenta personas, en un lugar, e trajeron otros muchos de los moradores de dicha isla”, aunque no de la de El Hierro. Pero LÓPEZ DE AYALA (c. 1396): *Crónicas*, ed. de José-Luis MARTÍN, Barcelona, 1991, pp. 532-533.

<sup>101</sup> En GARCÍA Y GARCÍA DE LA TORRE (1972): *Leyendas guanches de las Islas Canarias*, Barcelona, 1972, pp. 125-127, se cuenta que: “El Corral de Lázaro [se supone *Vizcaíno*] es su sepulcro-cueva, con pared delantera, donde, siguiendo la costumbre, depositaron el cadáver en posición de sentado”.

Según las colecciones de extractos bibliográficos que vengo manejando, esta historia se remonta, al menos, a 1572. El milanés Girolamo Benzoni dice en *La Historia del Mondo Nuovo* (1565) que, tras visitar Sevilla, se embarcó en Palos de Moguer para las Indias, pasando por las Islas de Gran Canaria y La Palma, en 1541. Nada hay en este libro sobre nuestro Árbol. Pero, en la edición de 1572 aparece al final un breve añadido sobre Canarias, anunciado como subtítulo en el libro, que no parece que tenga otro objetivo que el de divulgar esta leyenda. Dice así:

Me queda ahora por mencionar un árbol de la isla del Hierro, que siempre destila agua a través de sus hojas [...]. En los comienzos del dominio de *los españoles* [por los franceses] sobre esta isla, se quedaron muy sorprendidos al no encontrar agua, ni pozos, ni ríos; preguntaron a los indígenas donde se proveían y aquellos contestaron que se servían del agua de lluvia que recogían en vasijas y guardaban para sus necesidades. Antes, habían cubierto *el árbol* con cañas, tierra y otras cosas, considerando que si *los españoles* no encontraban agua se irían de la isla. Pero esta astucia de poco les valió, porque *un español* entro en conversación con *una mujer* del lugar, y ella le reveló el secreto del árbol; llevó aquel la noticia al Capitán, que no podía contener la risa, considerando todo una fábula. Más descubrieron el árbol, y al conocer la verdad, quedaron sorprendidos de tan grande *milagro*; la mujer no quedó inmune de su pecado, porque dándose cuenta de que ella había sido la delatora, los principales de la isla secretamente muy pronto la hicieron morir<sup>102</sup>.

En 1586, el viajero francés Andrés Thevet, cosmógrafo del Rey, que contra lo que afirman ciertos autores no vio el Árbol, traduce a su lengua en versión completa, en un escolio añadido al margen en su manuscrito de *Le grand Insulaire et pilotage* [...], el texto que suele girar a nombre de Benzoni. Pero añade, en referencia al árbol-fuente: “He aquí lo que se cuenta de las maravillas de este árbol, las cuales me resultan tan difíciles de creer como que las fuentes den agua con sabor a vino, y que emborrachan a los que beben más de la cuenta”<sup>103</sup>.

Obsérvese que, como en tantas otras ocasiones (Delfos, Covadonga, etc.) esta leyenda se basa en supuestos absurdos, falsos o imposibles, y que sirve para ocultar o invertir el sentido del verdadero relato histórico de lo sucedido:

---

<sup>102</sup> BENZONI, Girolamo (1572): *La Historia del mundo nuevo. Trad. y notas* Marisa VANNINI. *Est. preliminar* León CROIZAT. Caracas, 1967, pp. 274-275. HERNÁNDEZ GUTIÉRREZ, A. Sebastián (1998): *Garoe* [...], Tenerife, 1998, p. 66, que se extiende en la relación entre los textos de Benzoni y los de DE BRY (1597), suprime, sin embargo, en el texto de Benzoni (Venecia, 1572), al igual que varios autores/as actuales de cuentos para niños que omiten la condena y muerte de Agarfa, la leyenda propiamente dicha. Es decir, desde “En los comienzos del dominio [...]” hasta “la hicieron morir”. Pero, en este caso, no se me alcanza por qué. La versión italiana de 1565 está disponible en Biblioteca Digital Hispana, BNE. Y en el Instituto Cervantes. Contra lo que he leído en al menos dos autores, contiene ya, repito, 17 ilustraciones.

<sup>103</sup> THEVET, André: *Le grand Insulaire et pilotage d'André Thevet* [...]. En Anguleme. Ms., fol. 82, r. y v. *Cfr.*: PICO, Berta y D. CORBELLA (1997): “La tradición documental sobre el *garoe* y los relatos de viajeros franceses”, *Homenaje al Prof. J. Cantera*, Madrid, 1997, pp. 202-203.

En efecto, según hemos visto, el *Árbol maravilloso* funcionaba por condensación del agua contenida en las nieblas, por lo que, si se tapa con cañas y barro, no pueden llegar hasta él tales nubes, con lo que dejaría de producir agua. Si era la *única fuente* de producción de agua, no parece que les fuese difícil a los conquistadores descubrirla mediante vigilancia. Dada la forma real de obtener el agua, que el lector ya conoce, el cuento carece en sí mismo de sentido: los conquistadores históricos de El Hierro no fueron *los españoles* sino los normandos, que tal vez llevaran consigo algunos aventureros españoles, franceses en general, holandeses, italianos e incluso africanos. Por esos años estaba ya muy divulgado que, al igual que en otras conquistas, europeas o planetarias, Béthencourt había engañado a los nativos para someterlos, y que después les había despojado de sus bienes para repartirlos entre sus colaboradores, quedándose para sí el quinto de costumbre. Y que, al margen de algún romance amoroso, que pudiera haber surgido, incluso en tales condiciones y época, lo que predominó, en su caso, fue el abuso de las mujeres nativas por parte de ciertos conquistadores<sup>104</sup>. Además, si admitimos que los bimbaches “no ajusticiaban más que a homicidas y ladrones”<sup>105</sup>, no podemos aceptar sin contradecirnos que *ejecutaron* por traición a la mujer del cuento.

En cuanto a los sucesos de la conquista de El Hierro que pudieran estar en el germen del cuento, *Le Canarien* (cap. LXXXIV), poco clara al respecto, dice que “el rey de la isla, Armiche, vino a rendirse a Juan de Betancourt, quien le hizo esclavo, con muchos [ciento once] de los suyos”. Pero, según la versión del ingeniero militar italiano Leonardo Torriani (1590), circulaban otros relatos:

[Un capitán vizcaíno], Lázaro *Vizcaíno* se posesionó de la isla sin resistencia<sup>106</sup> alguna [...], pero este mismo, después, como consecuencia de la molicie y el veneno de Cupido, pareciéndole bellas y simples las mujeres, comenzó con desenfrenado deseo a forzar a las que le gustaban; lo cual fue causa de que los isleños se rebelaran y se defendiesen; pero el dicho capitán Lázaro apresó a algunos de los principales, y los hizo ahorcar, con cuyo temor todos se rindieron, y volvieron a la obediencia<sup>107</sup>.

<sup>104</sup> ABREU GALINDO, Juan (1592, 1632): *Historia de la conquista de las siete islas de Canarias*. Ed. crítica con *Introd., Notas e Índice* por Alejandro CIORANESCU, Tenerife, 1977, p. 94.

<sup>105</sup> *Íb.*, p. 89.

<sup>106</sup> Podría hacer alusión a la “Leyenda de Ico”, recogida por el propio ABREU (ed. 1977, I, 11, pp. 61-62), según la cual, en 1377 (trece años antes de la razia antes citada), “el caballero vizcaíno que se decía Martín Ruiz de Avendaño; el cual corría toda la costa de Vizcaya y Galicia y Inglaterra [...], navegando le dio temporal que les hizo arribar a Lanzarote, y tomó puerto. Y salió el capitán y gente en tierra, y los isleños le recibieron de paz y le dieron refrescos de lo que en la tierra había de carne y leche y queso, para refresco de su armada; y fue aposentado en casa del rey, que se decía Zanzamos” [...].

<sup>107</sup> ABREU GALINDO, Juan (1592, 1632): *Historia de la conquista de las siete islas de Canarias*. Ed. crítica con *Introd., Notas e Índice* por Alejandro CIORANESCU, Tenerife, 1977, p. 94. Citando a TORRIANI, L. (1590): *Descripción* [...] *Canarias*, cap. LXV, p. 194.



La misma noticia aparece, en esencia, en Abreu Galindo (1592, 1632), pero cambiando, entre otros detalles, la nacionalidad del grupo de malhechores:

Béthencourt [...] se volvió a Fuerteventura, dejando orden cómo [los isleños] fuesen bien tratados y adoctrinados en la fe. Quedaron también *algunos flamencos y franceses y vizcaínos*, todos mezclados en presidio; los cuales, con la demasiada conversación que los soldados y gente de guerra tienen, querían tomar las mujeres e hijas e aprovecharse de ellas; que fue causa de que se alzasen y amotinassen los vecinos naturales. Y, queriendo el capitán Lázaro tratar de aquietarlos y sujetarlos, y que se viniesen al pueblo, un herreño mancebo, poniéndose junto al capitán, se abrazó con él y le dio de puñaladas con un cuchillo y lo mató allí, sin poder ser socorrido de sus soldados. Visto por los herreños la muerte del capitán, alzáronse todos a lugares los más fuertes y fragosos de la isla. Está un corral cercado de piedra, donde fue muerto, que llaman el corral del Capitán Lázaro.

Sabido el desbarate y muerte del gobernador y capitán Lázaro por Juan de Betancur, envió otro gobernador, para que apaciguase la isla y castigase los culpados; el cual halló haber sido toda la culpa del capitán y soldados, y así degolló dos y ahorcó otros tres soldados; por lo cual, visto por los naturales el castigo que se había hecho por mandado y orden de su señor Juan de Betancur, y que ellos estaban vengados y satisfechos de su injuria, se volvieron al lugar y casas, a vivir como antes, con mucho más sosiego y quietud, todos juntos<sup>108</sup>.

En suma, al igual que en el caso de la conquista de América, de la que esta conquista francesa de Canarias no fue más que un precedente, estamos ante relatos de los sucesos históricos en los que, según la nacionalidad del autor o del patrocinador, los méritos y bondades de las conquistas se adjudican a los connacionales o correligionarios, y las lacras y miserias de las guerras a los rivales<sup>109</sup>. ¡Como en tantas y tantas otras ocasiones!

Por otro lado, ni los personajes del cuento ni el Árbol tienen aún nombre propio. Según León Croizat (1967), la segunda edición (1572) del libro de Benzoni la llevaron a cabo sus herederos, lo que indicaría que éste había ya muerto por entonces y, en consecuencia, que el “Breve discurso sobre algunas cosas notables de las Islas

<sup>108</sup> *Íb.*, p. 93-94.

<sup>109</sup> “Las antiguas poblaciones de canarias padecieron la desvertebración de sus sociedades por la esclavitud, las enfermedades y la progresiva destrucción o desvalorización de su universo simbólico. Las diferencias con el caso americano estriban en dos factores: el primero, el proceso de contacto con los europeos fue más lento; y el segundo reside en una cuestión de *dimensión*, dado el tamaño de las islas y de su población con respecto a América”. *Vid.* GUERRA PALMERO, Ricardo (2005), en CASAS, Fray Bartolomé de las: *La destrucción de los guanches*. “Estudio preliminar”, p. 54, que remite a TEJERA GASPÁR, Antonio (1997): “El contacto de las culturas canarias y los europeos. Un precedente americano”, en IDEM (ed.). *La sorpresa de Europa*, La Laguna, 1997, pp. 67-82, y, posterior en IDEM (2008): “El primer encuentro de los europeos con los insulares de Canarias y El Caribe”, *Anuario de estudios Atlánticos*, nº 54 – II (2008), pp. 131-165. Pero, y sin que eso signifique minusvalorar las pérdidas efectivas o justificar los conocidos y comprobados abusos, cabe recordar también la pregunta que, para una situación paralela, hizo en cierta reunión de historiadores de la Antigüedad una profesora italiana: ¿Cómo hubiera avanzado el mundo celtíbero si no hubiesen entrado los conquistadores romanos en Iberia-Hispania?

Canarias”, agregado “a esta reimpresión, consiste en notas, copiadas principalmente de [Fernández de] Oviedo, encontradas posiblemente entre los manuscritos de Benzoni por sus herederos”<sup>110</sup>.

Ahora bien, en las ediciones de la *Historia [...] Natural* de Fernández de Oviedo que he citado anteriormente, si bien figuran las noticias habituales sobre el Árbol (1535, 1547, 1851) no aparece la segunda parte, o sea, la leyenda propiamente dicha<sup>111</sup>. De modo que, como ni Benzoni ni sus herederos eran precisamente investigadores profesionales, nos queda por saber, quién, porqué y para qué recogió o inventó la leyenda.

Se me ocurren varias posibilidades: Que se tratase de borrar la memoria o de invertir el sentido de los abusos históricos, según los cronistas, de los invasores extranjeros contra las mujeres bimbaches. Que se pretenda alertar a las bellas nativas contra los amoríos con extranjeros que, según cuentan tanto versiones posteriores de esta leyenda como la de Iballa, van contra los amores e intereses de sus compañeros locales. Que se tratase de mantener y prolongar el interés narrativo del cuento del Árbol con nuevas variantes o añadidos una vez que, como consecuencia del nuevo tráfico y la convivencia con los españoles resultaba imposible ya seguir manteniendo el mito del Árbol del Agua entre gentes avisadas. Pero habrá que tener en cuenta que, entre las varias funciones sociales del mito está también la más simple de todas ellas: distraer, entretener o divertir al público que lo lee o escucha<sup>112</sup>.

En cuanto a la primera conjetura, el estudio del origen de la leyenda de Yvalla (o Iballa), de tema paralelo, podría contribuir a explicar ésta. En síntesis, cuenta lo siguiente:

Iballa, hermosa indígena gomera, fue querida (amante) del conde Hernán Peraza de Ayala (1452), según otros de su hijo, Guillén Peraza de Ayala (1565). Sus amores escandalizaron a los gomeros, hasta tal punto que decidieron dar muerte al conde aprovechando una de las visitas periódicas que este hacía a la cueva de Iballa, donde ella le esperaba<sup>113</sup>. De Guillén Peraza de Ayala (1585-1565), primer Conde de la Gomera, y Señor de El Hierro, dice su cronista contemporáneo, Darías Padrón (1936), que llevó fama de “tenorio”, aunque, tal vez para embellecer su historia, precisa que se

<sup>110</sup> BENZONI, Girolamo (1572): *La Historia del mundo nuevo* [...]. Estudio preliminar de León CROIZAT, Caracas, 1967, p. LXXVIII.

<sup>111</sup> FERNÁNDEZ DE OVIEDO Y VALDÉS (1535): *Historia general y natural de las Indias* [...], Madrid, 1851, Cáp. IX, p. 26.

<sup>112</sup> KIRK, G. S. (1969): *El mito. Su significado y funciones en la Antigüedad y en distintas culturas*, Barcelona, 1985, p. 21, advierte de que: “No existe una sola definición de mito, una forma platónica de mito, a la cual deba amoldarse cualquiera de los casos que se puedan presentar. Los mitos [...] difieren enormemente en su morfología y en su función social y se observan indicios de que una verdad tan obvia está empezando a ser ampliamente aceptada”.

<sup>113</sup> DUARTE, Félix (1981): *Leyendas canarias*, Tenerife, 1981, pp. 119-128 y 277.

ocupaba de jóvenes de la llamada “buena sociedad”: “Joven y galante [se dedicaba a] fáciles y afortunadas conquistas en doncellas de honestos y nobles antecedentes”<sup>114</sup>.

Lo que sí sabemos es que el libro de Benzoni, en su conjunto, fue uno de los ingredientes básicos de la propaganda protestante contra la versión oficial española católica, de la conquista de América, así como de la propaganda política de los propios países europeos que disputaban a España en los siglos XVI al XIX la explotación y el control de esos mismos territorios o el dominio político mundial. Es decir, de lo que suele conocerse con el nombre de *Leyenda Negra*<sup>115</sup>. Tal vez eso explique por qué no se tradujo y publicó antes (1967 en Caracas y 1989 en Madrid) este libro en español. Y, en el mismo sentido, por qué nuestros autores no recogieron antes, en versión íntegra, este relato.

El otro ingrediente básico fue la *Breve noticia de la destrucción de las Indias* del P. Las Casas. La posición de este fraile dominico, antes encomendero, esforzado adalid de la lucha contra la esclavitud y por lo que se llamaría después los derechos humanos, desde los supuestos de la ética cristiana, sobre los abusos que se cometían en las Indias, es bien conocida hoy en día por un gran número de hispanos, ya que se ha presentado sin ambages en la serie televisiva (TVE1, 2015-2016) titulada “Carlos, Rey Emperador”. En síntesis, “en la decimosegunda y última réplica [a Ginés de Sepúlveda], Valladolid, 1551) dice así: “Los españoles no van a las Indias para establecer allí el honor Dios y el celo de la fe; ni por socorrer y mejorar la salud de sus próximos, ni tampoco por servir a su Rey; de lo cual presumen siempre con falsas palabras: sino la avaricia y la ambición les llevan allí, a fin de dominar perpetuamente a los indios como tiranos y diablos, deseando repartírseles como bestias. Que no es otra cosa, por hablar llana y rotundamente, que despojar y deshacer a los Reyes de Castilla de todo aquel mundo, y apropiárselo ellos mismos, tiranizando y usurpando la soberanía real”. (En *Tyrannies et Crvavtez des espagnols perpetres e’s Indes Occidentales [...] par l’Euesque Don Frere Bartelemy de las Casas ou Casavs [...]*. Anvers. Chez François de Reveleghien. M. D. LXXIX, p. 184, final). Sobre la difusión de esta obra de Las Casas<sup>116</sup>, valga ahora con decir, a título indicativo, que en la BNE se conservan un centenar de ediciones, sobre todo de los siglos XX y XXI, de las que anoto aquí las más relevantes, históricamente hablando, para nuestro propósito: *Disputa [...]* con Ginés de Sepúlveda (Valladolid, 1552, BDH; 1908, etc.). [...] *Esto es un Tratado que [...]* (1552, BDH), *Breuissima relación [...]* (1552, BDH), *Brevisima relación [...]* (1630, etc.), *Breve relación [...]* (1821, BDH), *Breve resumen [...]* (1977), *Mss.* de 1675 (BDH),

<sup>114</sup> DARIAS PADRÓN, Dacio (1936): *Los Condes de la Gomera*, Tenerife, 2004, p. 25.

<sup>115</sup> Para un estudio actualizado sobre este tema, véase IGLESIAS CANO, Carmen (2008): *No siempre lo peor es cierto*, “España desde fuera”, Madrid, 2008, pp. 39-91 y “Bibliografía”.

<sup>116</sup> Su correligionario Fray Alonso de ESPINOSA (1594): *Del origen [...]* de N. S. Candelaria, p. 59, argumenta más o menos lo mismo: “Cosa averiguada es, por derecho divino y humano, que la guerra que los Españoles hicieron, así a los naturales destas islas, como a los Indios en las Occidentales regiones, fue injusta sin tener razón alguna de bien en que estribar, porque ni ellos poseían tierras de cristianos, ni salían de sus límites o términos para infestar o molestar a los ajenos. Pues decir que les traían el Evangelio, avía de ser con predicación y amonestación, y no con atambor y vanderas, rogados y no forzados, *pero esta materia ya está ventilada en otras partes* pase agora”. Ahora bien, los méritos del P. LAS CASAS crecen mucho cuando se tiene en cuenta que su postura no era compartida con gran parte de los eclesiásticos de su tiempo. El italiano Pedro MÁRTIR DE ANGLERÍA (1530), en su *Opus epistolarum*, epístola 806, año 1525, “Consulta a cerca de la libertad de los indios”, escribe: “Hemos llamado a nuestro Consejo de Indias a los colores frailes Dominicos y a los descalzos Franciscanos, que han residido largo tiempo en aquellas partes, y les hemos preguntado su parecer sobre este extremo. Todos, de acuerdo, convinieron en que no había mayor yerro que dejarlos en libertad”. *Cfr.*: TEJERA GASPAS, A. (1997): “El contacto de las culturas canarias y las europeas. Un precedente americano”, en IDEM (1997): *La sorpresa de Europa (El encuentro de culturas)*. La Laguna, 1997, p. 71.

1854 (BDH) y 1801, *Narratio regionum* [...] (1614, BDH, y 1664), *Très breve relation* [...] – 1552 (1987), la citada *Tyrannies et crvavtez (1579)*. A *Short Account* [...] (1992). Entre las obras derivadas conviene mencionar aquí, bajo el mismo nombre de autor, *Brevísima relación de la destrucción de África. Preludio de la destrucción de Indias*. Por el dominico Isacio PÉREZ FERNÁNDEZ, Salamanca, 1989; y *La destrucción de los guanches. Estudio preliminar de Ricardo A. GUERRA PALMERO*, Tenerife, 2005. Se trata de títulos facticios, bajo los que se transcribe o recoge lo que había dicho Fray Bartolomé en su *Breve noticia* [...] o en su *Historia de las Indias*. Pero, en lo que se refiere a la conquista de El Hierro, no escribió más que lo que ya hemos visto sobre el Árbol “milagroso”.

El tercer ingrediente libresco es de orden interno español, pero de ámbito igualmente europeo. Me refiero a *Artes de la Inquisición Española*, publicado por vez primera en latín, en 1567, por Reinaldo González Montano. Al parecer este nombre es el pseudónimo de uno o más frailes que tuvieron que huir, en 1557, del monasterio sevillano de San Isidoro del Campo de Santiponce como consecuencia de la represión de los primeros brotes de luteranismo en España. Este libro está considerado como un auténtico *best seller* europeo del siglo XVI. Dado su éxito editorial original, se tradujo en seguida (1568-1569) al holandés, al francés, al inglés y al alemán. Incluido en el *Índice de libros prohibidos*, la primera edición en español es de 1851. En lo que se refiere al origen y difusión de la leyenda de Agarfa, convendría, pues, investigar las posibles relaciones entre estos sevillanos exiliados y los editores protestantes de Benzoni.

En todo caso, por las razones advertidas, el relato de Benzoni fue también muy leído, tanto en Europa como en América. Entre los años 1654 y 1704 se publicaron “más de treinta ediciones, reimpressiones y traducciones en diversos idiomas [...]”; después cayó prácticamente en olvido y descrédito durante los últimos 250 años”<sup>117</sup>.

En 1597 el impresor y grabador belga Teodoro de Bry repite este texto de Benzoni (1572) con ligerísimas modificaciones, tal vez debidas a los traductores de los respectivos textos: “Una mujer que se había ayuntado con un español”, “mandáronla matar cubiertamente”, y poco más<sup>118</sup>.

Más de ochenta años después, en 1668, Olfert Dapper publica en holandés antiguo la versión inicial a nombre de Benzoni (1572) con mínimos cambios:

“Pero esta astucia no les sirvió apenas, ya que *una mujer natural del país*, que había tenido antes algunas privacidades con cierto *español*, le reveló el secreto, y este informó en seguida a su comandante”. Pero suprime tanto la supuesta reacción de *los*

<sup>117</sup> BENZONI, Girolamo (1572): *La historia del mundo nuevo* [...]. *Estudio preliminar de León CROIZAT*, Caracas, 1967, p. LXXXII y 3-7. Tercera ed., en latín, Ginebra, 1578; Cuarta ed., en alemán, Basilea, 1579 y en francés, Ginebra, 1579; Sexta ed., en latín, Ginebra, 1586; Séptima edición, “la famosa de Teodoro de Bry, Francoforte sobre el Meno, 1594”. *Vid.* también CARRERA DÍAZ, Manuel (1989): “8. Fortuna de la obra de Benzoni”, BENZONI, Girolamo (1572): *Historia del Mundo Nuevo*. Trad., ed. y notas de, Madrid, 1989, pp. 42-52 y 336-338.

<sup>118</sup> HERNÁNDEZ GUTIÉRREZ, A. Sebastián (1998): *El Garoé* [...]. Tenerife, 1998, pp. 66-67. MARTÍN FERNÁNDEZ, Carlos S. (2006): *Visiones del agua* [...], Tenerife, 2006, p. 37.

españoles al conocer tal “secreto” como lo relativo al castigo de la *mujer* bimbache. Y, en cuanto al Árbol dice: “Es el árbol que los naturales del país llaman *Garoé* y los españoles Santo, es decir *Saint*, es [por era] de *tamaño mediocre* [...]”<sup>119</sup>.

Lo mismo sucede veinte años después (1688) en la *Relation universelle de l’Afrique* del Sr. De La Croix, que añade algún detalle más sobre el Árbol, tomados de Abreu Galindo o de alguna “Relación” común: “Este árbol, que los naturales llaman *Garoé* y los españoles Santo es de un tamaño mediocre [...]. Lleva un fruto parecido a la bellota principalmente en su corteza, que tiene en el núcleo un gusto excelente, dulce y aromático”. Y en los titulillos al margen: “La fuente de agua extraordinaria. Árbol maravilloso, llamado *Garoa* o Santo”<sup>120</sup>. Y, esto es, a su vez, según nos advierte puntualmente su autor, lo que pone el *Dictionnaire universel géographique et historique* de Thomas Corneille en 1708<sup>121</sup>.

En 1772, el citado presbítero ilustrado canario José Viera y Clavijo recoge, en *Noticias de la Historia general de las Islas Canarias*, la versión de Abreu y Galindo (1592, 1632) sobre la conquista y cristianización de la isla del Hierro, con algunos añadidos y comentarios:

[Betencourt] los hizo esclavos sin exceptuar al mismo Príncipe; y el mayor favor que le concedió, fue ponerle en el número de los que se reservó para sí. Nuestros Autores disculpan esta acción injustificable, alegando que el conquistador se halló en la necesidad de contentar a sus soldados, y de establecerlos con deshago en aquel país; pero lo cierto es que *Juan de Bethencourt* se dexaba arrastrar de la barbarie del siglo.

En cuanto a la leyenda propiamente dicha, la reproduce íntegra, en esencia, es decir, tal y como figura en la edición a nombre de Benzoni de 1572 y seguidores, pero con curiosas modificaciones: Tanto lo relativo al Árbol del Hierro como lo del adivino *Yoñe* [no *Yoñé*] (que ya figura en Abreu<sup>122</sup>) aparecen calificados como “Anécdotas”. Y bajo tal encabezamiento escribe:

Algunos Escritores de Geografía, y otros admiradores del famoso *Árbol del Hierro*, nos refieren (tratando de la conquista de la Isla) cierta circunstancia, *que si no es pura ficción*, prueba que los Herreños no se habían rendido de buena fe, o al menos, que esperaban verse libres de la opresión de los extranjeros a beneficio de la sequedad del terreno y de su astucia [...]. Cierta

<sup>119</sup> DAPPER, D’O[lfert], (1668, en holandés antiguo): *Description de l’Afrique*, Amsterdam, M. DC. LXXXVI. La referencia p. 79, que dan algunos autores, está equivocada. En esa p. se habla de Egipto. Es p. 510. BNE. Bibl. Dig. Hisp.

<sup>120</sup> CROIX, Sr. De la (1688): *Relation universelle de l’Afrique*, Lyon, M.DC.LXXXVIII, t. IV, pp. 701-704.

<sup>121</sup> SANTIAGO, Miguel (1962), en CASTILLO, P. Agustín: *Descripción histórica [...] Canarias*, Madrid, 1962, pp. 1457-1458. No me aparece el *Dictionnaire [...]* de CORNEILL en la BNE.

<sup>122</sup> Por los mismos años, el dominico Fray Alonso de ESPINOSA (1595): *Del origen y milagros de N. S. de Candelaria que apareció en la isla de Tenerife*, Sevilla, 1595, p. 23, escribe que: “Havía en este tiempo entre los gentiles [de Tenerife] un profeta o adivino, que también decían ser *Zahorí*, que llamaban *Guañamene*, que prophetizaba las cosas venideras, y éste les avía dicho que avían de venir dentro de unos *pájaros grandes*, (que son los navíos) unas gentes blancas por el mar, y avían de señorear la isla”. BNE:BDH. *Guañamene*: *zahorí*, podría ser un caso de redundancia semántica.

Isleñita con quien un soldado de la *tropa Española se divertía*, confió a su amante aquel secreto [...]. Buscaron a la traydora de la Patria y la dieron muerte<sup>123</sup>.

Al parecer, Viera y Clavijo, que pica el anzuelo de los editores de Benzoni (1572), no se percató de que incurre en contradicción. Porque, si, por una parte, asigna la conquista de Canarias a los normandos franceses de Juan de Béthencourt, como es en sustancia el caso, por otra, en la página siguiente dice que el seductor o amante de la “Isleñita” enamorada del extranjero invasor, episodio que se desarrolla en el mismo contexto, era “un Soldado de la *tropa Española*”.

*Leyendas canarias*. Por Félix Duarte, se publicó en 1981. La página escasa, de los editores de Benzoni (1572) sobre el “Árbol de la isla del Hierro” o “Árbol de la lluvia”, como le llaman en sus subtítulos los citados editores de este libro en español, se transforman en este periodista palmeño en 16 páginas (letra de tamaño normal) de formato folio ampliado sobre el “*Garoe*”. Imagine, pues, el lector la cantidad de invenciones, ilustraciones “sexí” de Luis Carlos incluidas, que caben en semejante superficie.

La recreación idealizada de los sucesos, que no está exenta de repeticiones y contradicciones, se hace aquí mezclando la leyenda que ya conocemos con las versiones de distintos historiadores, prestando especial atención a los datos de carácter etnográfico que aparecen en las mismas. Para dar más arraigo geográfico al relato, aparecen, así, una docena larga de topónimos herreños, y además del rey Armiche, el adivino Yoñe, etc., que, como acabo de indicar, nos son ya familiares desde Alonso de Espinosa (1595) y desde Abreu Galindo (1592, 1632), otra media docena de nombres propios de los personajes de la trama; procedentes tal vez más versiones anteriores a él que no tengo a mano.

Al dios de los bimbaches se le llama unas veces Eraorhan y otras Alcorac (obsérvese el parecido con *Alcorán: El Corán*). La diosa aparece como Moreiba (derivado de Mora) y como Moneyba (posible alusión a Luna)<sup>124</sup>. El adivino Yoñe, a ratos amado y a ratos odiado, es aquí unas veces un “aurípice” [arúspice o aurispice] y otras un “zahorí”, un “notable zahorí” o “un zahorí de reputación envidiable”.

La “*mujer del lugar*” o “isleña” (dependiendo de la traducción) de los editores de Benzoni (1572) es aquí “una *doncella* bellísima”, una paradisiaca “hurí” (dos veces). Y tiene ahora nombre propio: se llama Agarfa, como en L. Rodríguez, 1940; etc. (Garfa en

<sup>123</sup> VIERA Y CLAVIJO, José (1772): *Noticias de la Historia general de las Islas Canarias*, Madrid, M.DCC.LXXII, pp. 354-357. Disponible en Bibl. Digital Hispana. BNE.

<sup>124</sup> Según TEJERA GASPARGAS, Antonio: *La religión de los guanches. Ritos, mitos y leyendas*, Tenerife, 1988, sus principales divinidades eran el Sol y la Luna. Por su parte Fray Alonso de ESPINOSA (1594): *Origen [...] Candelaria*, Sevilla, 1594, p. 8, escribe: Tenían los guanches un Dios confuso que, “como dicho tengo, llamaban Achguayaxerax, Acharon, Achaman, sustentador del cielo y la tierra [...]. Con todo esto conocían haber infierno, y tenían para sí que estaba en el pico de Teyda [Teide], y así llamaban al infierno Echeide, y al demonio Guayota”.

otras versiones). Los innobles conquistadores son, a veces, “normando-españoles”, a veces franceses y a veces españoles, más los precedentes piratas “aragoneses”, etc. Pero, el Soldado Seductor o amante de Agarfa, que empieza por ser “un guerrero expedicionario”, pasa enseguida a ser “un andaluz” (tres veces).

Al Árbol se le llama siempre *garoé*, con minúscula, y al modo francés. En cuanto al rapto de esposas o jóvenes para venderlas como esclavas o para abusar o intentar abusar de ellas, se señala a Gadifer, a “miseros navegantes [implícitamente españoles] de pérfidos ademanes, cuyo Dios era el Oro, y cuyas conciencias no estaban limpias de impuros desenfrenos”. Y del vizcaíno capitán Lázaro se dice “que viola sus domicilios escarneciendo a mujeres y apoderándose de sus ajuares”.

La mayor parte de los topónimos mencionados parecen de origen beréber. Y, en cuanto a la población aborigen, dice que “eran procedentes de Mauritania”<sup>125</sup>.

En suma, con esta suerte de versiones, establecer la diferencia entre lo realmente sucedido, sea lo que fuere, y las leyendas interesadas de los amigos, correligionarios o patronos de los autores parece cada vez más complicado.

El prolífico publicista gomero Manuel Mora Morales sacó en 2003 un libro titulado *Mitos y leyendas de las Islas Canarias*. No aparece ni en ISBN España ni en los portales habituales de venta de libros ni en la Biblioteca Nacional ni en las bibliotecas públicas de Madrid. Al parecer, se trata de “narrativa”. No he conseguido, pues, encontrarle.

Un librito delicioso en su género es *El Garoé. Leyenda*, de Emilio González Déniz (2006). Se trata, por así decirlo, de una novela rosa, de un cuento para niños muy bien escrito, en mi opinión. También, al parecer, para profesores de instituto e incluso de universidad españoles sin mayores alientos científicos o preocupaciones críticas<sup>126</sup>.

En esta versión de los “hechos”, la “mujer del lugar” de los editores de Benzoni (1572) pasa a llamarse *Moneiba*, como la diosa bimbache (ya equiparada a María, Virgen), es “la única que lleva el nombre de la diosa en la Isla”, “su belleza iba de boca en boca”, es “como la propia diosa”, en realidad “la propia diosa que se ha hecho mujer”; el adivino que anuncia la nueva civilización se llama ahora Yone (no Yoñe o Yoné o Guañamene), el seductor “extranjero” es el propio “Maciot *normando*”, lugarteniente y sucesor de Béthencourt en Canarias. Y el conflicto se plantea, con toda

<sup>125</sup> DUARTE, Félix (1981): *Leyendas Canarias*, Las Palmas, 1981, pp. 93-108.

<sup>126</sup> TEJERA GASPAS, Antonio (1997): “El contacto de las culturas canarias y las europeas. Un precedente americano”, *La sorpresa de Europa*, p. 71, indica que: “las Crónicas Canarias, de las que se han hecho buenos estudios de recopilación debidos a autores como E. Serra, L. de la Rosa, B. Bonnet, A. Cioranescu, F. M. Morales Padrón, entre otros, adolecen aún de una valoración crítica de su génesis, de la personalidad de sus autores, del contexto intelectual en el que fueron escritas, de los intereses políticos, económicos y religiosos con los que se llevaron a cabo también los cuestionarios y la selección de los informantes”.

claridad e intensidad, entre el modo de vida de la mísera Arcadia feliz de los pastores bimbaches y la próspera vida de los, por otro lado, inhumanos conquistadores europeos, civilización que, por vía amorosa, termina prefiriendo la bella Moneiba. Por ello, es condenada a morir “arrojándola al mar desde el más alto de los acantilados” de la Isla. El Garoé, el “Árbol del Agua”, en el trasfondo de toda esta trama para niños, adquiere aquí ya la indudable categoría de *Árbol Sagrado* (nombrado así al menos cinco veces) y Moneiba pasará a llamarse en adelante Adarga (por Agarfa o Garfa), “nombre vergonzoso e indigno” (Derivado de ¿Gafa?), que en el lenguaje nativo equivale a Traidora<sup>127</sup>.

En otra versión de 2011, la herreña Isabel Medina, en *Leyendas canarias*, amaña cuidadosamente el relato para que parezca coherente, a la vez que procura templar las gaitas para que no resulte molesto para nadie. Pero no consigue acabar con la contradicción básica del cuento: el *secreto* del Árbol que produce agua para *toda* la Isla. Tal vez porque, como en tantas otras leyendas civiles o cuentos religiosos, si se empezara contando al lector en general, y en particular a los niños, la verdad conocida (física o histórica) sobre el caso, desaparecería por sí sola la leyenda: “Los bimbaches [nos dice muy comprensiva y honrada esta autora] vivían felices, o *casi felices*, porque en eso de la felicidad nunca se sabe [...]. Los “invasores extranjeros” son al comienzo “piratas [...] comerciantes de esclavos”, según sabemos por otras fuentes. Pero se transforman enseguida, sigilosamente, en las tropas de Juan de Béthencourt. “El Garoé, el *árbol de la lluvia* [es] un *regalo de los dioses* para que nuestro pueblo nunca tenga sed” [...]. El Garoé [es] un árbol grande, un til *gigantesco y maravilloso* cuyas ramas destilan el agua necesaria para [*toda*] la isla”. Tanto la existencia del Árbol como el lugar donde se encuentra son *secretos*. Tan secretos que ni siquiera hay necesidad de taparlo con ramas y tierra. “El joven soldado de Betencourt” encuentra a Agarfa, en el monte, por sorpresa, cuando andaba agotado de tanto buscar agua inútilmente. Surge el inevitable flechazo (escenas rosas muy bien contadas o ideadas). La bella bimbache enamorada, en la tesitura de perder a su amor o revelar el secreto, claudica por amor y revela el secreto. El cuento termina con la condena y ejecución de la joven amante del “extranjero”. Pero se cuenta como de paso, con mucha delicadeza: “Cuando llegaron al claro del bosque [dice] vieron el cuerpo de la joven que *se mecía suavemente* desde la copa de un árbol frondoso”<sup>128</sup>. El Árbol, sigue siendo “maravilloso”, pero, al parecer, para las mentes lúcidas informadas o desarrolladas del siglo XXI no tiene ya sentido llamarle Santo o Sagrado.

Finalmente, en cierta versión que aparece en Internet (>guiadelplantabosques til<) (2 jun 2010), donde, de paso, podrá verse en foto la ubicación del Nuevo Garoe, la

<sup>127</sup> GONZÁLEZ DÉNIZ, Emilio (1996): *El Garoé. Leyenda del Árbol del Agua*, 3ª ed. Gran Canaria, 2006. El calificativo de *Sagrado* en las pp. 24, 26, 54, 60 y 67. Agarfa, nombre bastante usado con anterioridad, en la p. 64.

<sup>128</sup> MEDINA, Isabel (2011): *Leyendas canarias: “El Garoé”*, Tenerife, 2011, pp. 107-115.



expedición de conquista fue franco-española y Agarfa se enamoró de un joven expedicionario *andaluz* al que revela el secreto del Árbol. Pero sin consecuencias para ella. Tal vez con el fin de que el cuento sea más agradable, ya que no termina con su condena y ejecución.

## BIBLIOGRAFÍA

ABREU GALINDO, Fr. J. de (c. 1592, 1632): *Historia de la conquista de las siete islas de Canaria*. Ed. crítica con Intr., Notas e Índice por Alejandro CIORANESCU, Tenerife, 1977.

ALONSO GARCÍA, Jorge (2011) y Antonio ARNÁIZ VILLENA: *Egipcios, bereberes, guanches y vascos*, Madrid, 2011.

IDEM (2012): *Diccionario ibérico-euskera-castellano*, Madrid, 2012.

ÁLVAREZ DELGADO, Juan (1944): “Las *ferulae* de Plinio y el Garoé”, *Revista de Historia*. La Laguna. Nº 66 (1944), pp. 137-143.

IDEM (1944): “Las palabras til y garoé”, *Revista de Historia*. La Laguna. Nº 67 (1944), pp. 243-247.

BARRIOS GARCÍA, José (2008): “La imagen del Garoé en la literatura y en la cartografía. Apuntes para un catálogo cronológico (1572-1924). XVIII Coloquio de historia canario-americana. Las Palmas. 2010, pp. 1690-1698.

BARROS, João do (156-1563): *Asia. Dos feitos que os portugueses fizeram no descobrimento e conquista dos mares e terras do Oriente*. Lisboa, 1552-1553.

BECKMANN, Ioanne (1786) *et alii: Aristotelis liber de mirabilibus avscultationibus a Ioanne Beckmann, Gotinga. M DCC LXXXVI*.

BENÍTEZ, Fernando (1950): *La ruta de Hernán Cortés*, México, 2014, 4ª ed. FCE.

BENZONI, Girolamo (1565): *La historia del mondo nuovo*, Venetia, 1565.

IDEM (1572): *La historia del Mundo Nuevo. Traducción y notas de Marisa VANNINI. Estudio preliminar de León CROIZAT*, Caracas, 1967. BANH.

IDEM (1572): *Historia del Nuevo Mundo. Trad., ed. y notas de Manuel CARRERA DÍAZ*, Madrid, 1989. Alianza Ed.

BERÁLDEZ, Andrés: Cura de Los Palacios (c. 1510): *Memorias del reinado de los Reyes Católicos que escribió el bachiller [...]. Cura de Los Palacios. Ed. y estudio por M. GÓMEZ-MORENO y J. de MATA CARIASO*. Madrid, 1962.

BRIZUELA HURBINA, Íñigo de y Próspero CASOLA (1634-1637): *Visita de las Yslas y Reyno de la Gran Canaria: Hecha por [...]. Estudio y ed. de Juan TOUS MELIÁ*, Madrid, 2000.

CASAS, Fray Bartolomé de las (1527-1556): *Historia de las Indias. Primera ed. crítica. Transcrip. del texto autógrafa por [...] M. A. MEDINA. Fijación de fuentes por [...] J. A. BARREDA. Est. preliminar y análisis crítico por el Dr. Isacio PÉREZ FERNÁNDEZ*, Madrid, 1994, 4 vols. Alianza Ed.

IDEM (1556): ‘*La destrucción de los guanches*’, Título y edición de Ricardo A. GUERRA PALMERO, Tenerife, Sevilla, 2005.

CASAS, Fray Bartolomé de las, O. P. (1556) e Isacio PÉREZ FERNÁNDEZ, O. P. (1989): ‘*Brevísima relación de la destrucción de África*’. *Preludio de la destrucción de Indias. Primera defensa de los guanches y negros contra su esclavitud*, Salamanca, 1985.

CASTILLO, Pedro Agustín del (1737): *Descripción histórica y geográfica de las Islas Canarias. Ed. crítica, estudio bio-biográfico y notas de Miguel Santiago. Prólogo de [...] Ramón MENÉNDEZ PIDAL*, Madrid, 1948-1960, 5 volúmenes, pp. 2411-2475.

CEBALLOS, Luis (1951) y Francisco ORTUÑO: *Vegetación y flora forestal de las Canarias Occidentales*, Madrid, 1976.

CIORANESCU, Alejandro (1970): “El poema de Antonio de Viana”, *Anuario de Estudios Atlánticos*, 16 (1970), pp. 67-141.

COLÓN Cristóbal (1492): *Diario de Colón. Facs. y transcripción del manuscrito original por Fray Bartolomé de LAS CASAS*. Madrid, 2005.

CROIX, Sr. de la (1688): *Relation universelle de l’Afrique, ancienne et moderne*, 4 vol. en 8ª, Lyon, M.DC.LXXXVIII.

DARIAS PADRÓN, Dacio (1936): *Los condes de la Gomera*, Tenerife, 2004.

DARIAS PADRÓN, Dacio Victoriano (1924-1925): “El Árbol Santo de la isla del Hierro”, *Revista de Historia*. La Laguna. Nº 1-8 (1924-1925), pp. 124-128.

IDEM (1925): “El Árbol Santo de la isla del Hierro. II y último”, *Revista de Historia*, La Laguna, Nº 807 (1925), pp. 189-192.

IDEM (1929): *Noticias generales históricas sobre la Isla del Hierro. Por [...]. Cronista de la Villa de Santa María de Valverde y Oficial de la expresada isla*. Tenerife, 1980.

DUARTE, Félix (1981). *Leyendas canarias*. Las palmas, 1981.

*Enciclopedia Universal Ilustrada [ESPASA]*, Madrid, 1925, 1989.

ESPINOSA, Fray Alonso de (1594): *Del origen y milagros de N. S. de Candelaria, que apareció en la isla de Tenerife, con la descripción de esta isla*, Sevilla, 1594. BNE.BDH.

FERNÁNDEZ DE OVIEDO Y VALDÉS, El capitán Gonzalo (1535, 1547): *Historia general y natural de las Indias, Islas y tierra-firme del mar océano*. Madrid, 1851. Ed. de José AMADOR DE LOS RÍOS.

GARCÍA DEL CASTILLO, Bartolomé (c. 1700): *Antigüedades y ordenanzas de la Isla de El Hierro*, Ed. de M. TRAPERO, A. ANAYA y R. BLANCO. Madrid, 2003.

GONZÁLEZ MONTANO, Reginaldo (1567): *Artes de la Inquisición Española*. Ed. de Luis de USOZ (1851), *actualizada*. Introducción de David GONZÁLEZ ROMERO, Córdoba, 2010.

GUZMÁN OJEDA, Juan (2014): “El sustituto de un tótem-maravilla, llamado Garoé”. *Pellagofio*, 25 (2014, noviembre, 2ª época), 9 pp.

HERNÁNDEZ GUTIÉRREZ, A. Sebastián (1989): *Garoé. Iconografía del Árbol del Agua*, Tenerife, 1998.

IGLESIAS CANO, Carmen (2008): “España desde fuera”, en *No siempre lo peor es cierto*, Madrid, 2008, pp. 39-91.

JIMÉNEZ FUENTES, Juan Enrique (2006): *Ferro. La visión europea del siglo XVI*, Tenerife, 2006.

KIRK, G. S. (1968): *El mito. Su significado y funciones en la Antigüedad y en otras culturas*, Barcelona, 1968. Paidós.

KUNKEL, G. (1981): *Árboles y arbustos de las Islas Canarias. Guía de Campo. Dibujos de Mary Anne KUNKEL*, Las Palmas, 1981.

LAZURTEGUI MATEOS, Itziar (2011): “Ventejís (1.139 m)”, *Mendikat.net/monte*.

*Le canarien. Retrato de dos mundos. Segunda edición*. Ed. de Eduardo AZNAR, Dolores CORBELLÁ, Berta PICO y Antonio TEJERA. La Laguna, 2007.

*Leyendas de las Islas Canarias. Vídeos y textos: “El Árbol Garoé”*. En Internet: >leyendascanarias/blogspot.com.es<

LÓPEZ DE AYALA, Pero (c. 1396): *Crónica de Enrique III*, cap. XX. En *Crónicas de los Reyes de Castilla*. Ed. Cayetano ROSELL, Madrid, 1875, v. II, p. 214. BNE:BDH.

LÓPEZ DE GÓMARA, Francisco (1554): *Historia general de las Indias*, Zaragoza, 1554, Ed. facs., 1982.

MADOZ, Pascual: *Diccionario geográfico, estadístico e histórico de España* [...]. Madrid, 1847 y ss.

MARIANA, Juan de (1592, 1601): *Historia general de España*. Ed. 1950, Madrid.

MARINEO SÍCULO, Lucio (1530): *De las cosas memorables de España*, Madrid, 2004.

- MARTÍN FERNÁNDEZ, Carlos S. (2006): *Visiones del agua. Fuentes documentales. Selección, introd. y notas de [...]*, Tenerife, 2006.
- MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, Primitivo (1996): *Los mitos. Manipuladores ideológicos*. Puerto Rico, 1996.
- MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, Marcos (1992): *Canarias en la mitología. Historia mítica del Archipiélago*. Tenerife, 1992.
- MAYNAR, Jesús (1943): “Nota sobre la especie botánica del Garoe”, *Revista de Historia*. La Laguna. Nº 61 (1943), pp. 41-44.
- MEXIA, Pedro (1550): *Silva de varia lección*. Ed. de Antonio CASTRO, Madrid, 1989. Ed. Cátedra.
- MORALES PADRÓN, Francisco (1993): *Canarias: Crónicas de su conquista*, Las Palmas, 1993, 2ª ed.
- MÜNSTER, Sebastianum (1550): *Cosmographiae universalis. Lib. VI: Inquibus, [...]*. Basilea. M.D.L. Al final, M.D.LII. Ed. facs., A Coruña, 2009.
- NIEREMBERG, Ivan Evseviov de (1633): *Cvriosa y ocvlta filosofía. Primera, y Segunda parte de las Marauillas de la Naturaleza examinadas en varias questionnes naturales*. Alcalá. MDC.XXXIX, facs.
- PALAO PONS, Pedro (2004): *El gran libro de los rituales [magia]*, Barcelona, 2004.
- PICO, Berta y Dolores CORBELLA (1997): “La tradición documental sobre el garoe y los relatos de viajeros franceses”, *Homenaje al Prof. J. Cantera*, Madrid, 1997, pp. 201-205.
- PIGAFFETA, Antonio (1536): *Il viaggio fatto da gli spaggnivoli a torno a'l mondo*. Venezia, M.D.XXXVI. L.A. Giunta.
- IDEM (1882): *Primer viaje en torno del Globo. Trad. de José TORIBIO MEDINA. Estud. prelim. y notas de Armando BRAUN MENÉNDEZ*, Buenos Aires, Santiago de Chile, 1970.
- REBUFFAT, René (1976): “*Arva beata petamus arva divites et insulas*”, *Mélanges offerts à Jacques Heurgon. L’Italie Préromaine et la Rome Républicaine, II*, Rome, 1976, pp. 877-902.
- RODRÍGUEZ, Leoncio (1940): *Los árboles históricos tradicionales de Canarias*, Tenerife, 1982 y 2001.
- SAN ISIDORO DE SEVILLA (c. 634): *Etimologías. Ed. bilingüe preparada por José OROZ RETA y Manuel A. MARCOS CASQUERO*, Madrid, MCMLXXXIII, BAC.

SÁNCHEZ, Isidoro (2015): “El Garoé, proyecto internacional de El Hierro”, *Diario de Avisos* (2015, sept. 03).

SANTIAGO, Miguel (1960): “El agua en la Isla del Hierro” y “El Árbol del Agua, Árbol Santo o Garoe”, en CASTILLO, Pedro Agustín del (1737): *Descripción histórica y geográfica de las Islas Canarias. Ed. crítica, estudio bio-biográfico y notas de Miguel Santiago. Prólogo de [...] Ramón MENÉNDEZ PIDAL*, Madrid, 1948-1960, 5 volúmenes, pp. 2411-2475.

SOLINO, Cayo Julio (c. 350 e.c.): *Colección de hechos memorables o El Erudito*, Madrid, 2001. Ed. Gredos.

STEFFEN, Max (1944): “Otra vez el Garoé”, *Revista de Historia*. La Laguna. Nº 65 (1944), pp. 39-45.

TEJERA GASPAR, Antonio (1988): *La religión de los guanches. Ritos, mitos y leyendas*, Tenerife, 1988.

IDEM (1997): “El contacto de las culturas canarias y las europeas. Un precedente americano”, en *La sorpresa de Europa (El encuentro de culturas)*, La Laguna, 1997, pp. 67-82.

IDEM (2008): “Primer encuentro de los europeos con los insulares de Canarias y El Caribe”, *Anuario de Estudios Atlánticos*, nº 54-II (2008), pp. 133-165.

TORRIANI, L. (c. 1590): *Descripción de las Islas Canarias. Intr. y notas de Alejandro CIORANESCU*, Tenerife, 1999.

TRAPERO, Maximiano (1995): “La isla mítica del mítico Garoé”, *Espejo de Paciencia*, Las Palmas, nº 0 (1995), pp. 88-94.

URTUSÁUSTEGUI, Juan Antonio (1779): *Diario de viaje a la isla de El Hierro en 1797*, Tenerife, 2004.

VIANA, Antonio de (1604): *Antigüedades de las Islas Afortunadas*. La Laguna, 1996. Ed. facsímil.

VIERA Y CLAVIJO, Joseph de (1772): *Noticias de la Historia general de las Islas Canarias*, Las Palmas, 1866-1869, 2 v. BNE. BDH.



**Rama del Garoe. Dibujo de Leonardo TORRIANI (c. 1590) que ha permitido identificar la especie del Árbol. En TORRIANI, L.: *Descripción de las Islas Canarias*. Introducción y notas de Alejandro CIORANESCU, Tenerife, 1999, cubierta.**